







Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com info@novacasaeditorial.com

- © 2014, Carlos Felipe Martell
- © 2014, De esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Cubierta:

Vasco Lopes a partir de imagen de: © kandserg / istockphoto

Maquetación

Alpha e Omega

Impresión

QP Print

Revisión

Carlos Felipe Martell

Primera edición: Septiembre del 2014

Segunda edición: Febrero del 2015

Depósito Legal: DL B 20206-2014

ISBN: 978-84-942904-6-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/ 93 272 04 47)







CARLOS FELIPE MARTELL

PALÍNDROMO I. El asesino del rap

Nova Casa Editorial







Agradecimientos

Tras la publicación de mi primera novela, Los Privilegiados del Azar, son muchas las personas que han estado esperando, ansiosas, la publicación de la trilogía "Palíndromo". Los comentarios, a veces desproporcionados, de los lectores de Los Privilegiados del Azar, reforzaron mis intenciones de seguir apostando por el psicothriller adictivo. Ahora siento un enorme orgullo al poder ofrecer a ese público "Palíndromo I. El asesino del rap".

Quiero dar las gracias a mi representante, Carmen Martell, porque, sin su implicación, mi primera novela no habría tenido la expansión que la llevó a convertirse en el libro de un novel más vendido en la Feria del Libro de Santa Cruz de Tenerife. Sin su apoyo, quizá, la trilogía "Palíndromo" lo hubiera tenido más complicado para salir a la luz.

En momentos tan difíciles para el mundo editorial, contraigo una deuda con mi editor, Joan Adell i Lavé, por su apuesta personal y por la alfombra de facilidades que ha extendido para que este libro camine con paso firme. Espero, de corazón, poder recompensar su generosidad.

Agradezco al Club Palindromista Internacional (en particular, a Jesús Lladó y a Pere Ruiz) que me haya aceptado como







socio y, por supuesto, que me haya servido como principal fuente de inspiración para elaborar mis palíndromos.

Gracias, también, a la meticulosa Carolina Mesa Rodríguez, quien, con una precisión forense, escudriñó, detectó y se atrevió a sugerirme una serie de observaciones que enfrentaron mi ego a la existencia de gente más perfeccionista que yo.

Por último, vaya mi reconocimiento a mis alumnos de Estadística (Grado en Geografía y Ordenación del Territorio) y de Técnicas Estadísticas (Grado en Turismo) por su complicidad y su paciencia a la hora de permitirme robar y convertir unos minutos de sus clases en un laboratorio para fabricar palíndromos. Ellos saben que mi intención era entretenerles para equilibrar el poco motivador temario de la asignatura.







¿Es la vida un palíndromo?

Ocurre que, si bien la vida es un segmento acotado (tanto inferior como superiormente) por la inexistencia, sin embargo, no puede leerse al revés, porque sus baches son irreversibles.

Definiciones palindrómicas de "palíndromo":

El bis reversible

Al revés, a él léase, verla

Acote ralo, cada cola retoca

¡Eh! Cabecera-cola tal, o carece bache

Yo defino, repita a ti, pero ni fe doy

Sarta origino, yo digo, cerrado rodar, recogido yo, ni giro atrás

A Isaac









Partes y Capítulos

Agradecimientos
Ese CERO a ese trece remita, a ti merecerte sea o récese 11
PARTE et rap
UNO a la ONU
A DOS para la rapsoda
PARTE letra P
Supe de TRES, otro por toserte de pus 87
Al amainar, CUATRO pasos aporta Ucrania mala
La mala PARTE trápala, mal 145
Saja, ni toc ni cloc, a la col CINCO tinajas
Si es oca saco SEIS
La tetra PARTE tal
Sal SIETE islas







¡Oh! Con IPC año cero memore coñac PinOCHO285
Su PARTE de "trapus"
O ir a las NUEVE se ve un salario
Dad, Ivana, lee DIEZ e idee la Navidad
o PARTE de trapo
ONCE tecno
Acaso DOCE recodos acá
Ese cero a ese TRECE remita, a ti merecerte sea o récese487







Ese CERO a ese trece remita, a ti merecerte sea o récese

Febrero 1993

Santa Cruz de Tenerife

Amanece, y emanan sus deseos, sus miedos y sus sentimientos.

Cuando el director apretó el interruptor, la ruidosa señal acústica del "Instituto de Enseñanza Secundaria Poeta Viana" terminó de despertar a los aletargados alumnos que entraban para enfrentarse a una jornada escolar más, la rutina de cada día. Había amanecido un día caluroso, en pleno mes de febrero, y las dos adolescentes, a sus trece años, sentían emanar los primeros ardores de la pubertad, consecuencia de unas incontrolables y revueltas hormonas. Ambas, Susana e Ivana, cuchicheaban en la puerta de entrada, señalando y mirando a los chicos más apuestos y, sobre todo, a los que, por algún inexplicable proceso de







selección aleatoria, habían logrado ponerse de moda, y solo tenían que esperar a que las niñas más guapas y espabiladas se los rifasen.

Eran los primeros escarceos amorosos, donde cada una le confiaba a la otra qué chico le gustaba más, comprometiéndose a sellar un pacto sobre la inviolabilidad de sus secretos más trascendentales. Encaraban la edad perfecta, merecían amar y ser amadas para sacarle partido a la juventud.

Desde dentro de su coche, en la otra esquina de la calle, Jorge Nara, que acababa de dejarlas allí, las observaba furtivamente. Ivana se dio cuenta de su presencia y, sobre todo, de su inquietante mirada. ¿Por qué no se había marchado aún? La joven se sonrojó. El policía municipal, de treinta años de edad, arrancó su vehículo rumbo hacia su trabajo, en San Cristóbal de La Laguna.

Palíndromo:

Se roe por amanecer emanar, Ivana, Susana, viran a "merecen amar" o peor es









PARTE et rap











Enero 2012

TF-5 (Autopista del Norte), Tenerife

Posiblemente estaba rozando una situación de desacato a la autoridad. Como mínimo, era consciente de que la pareja de guardias civiles de Tráfico estaba tensa e incómoda como consecuencia de su burlona sonrisa, que exhibía con descarado pitorreo. Pero lo cierto era que Susana, de pie junto a su vehículo de gasoil y tambaleándose como un tentetieso, no se sentía capaz de soplar. Cuando los miraba a la cara, le entraba la risa tonta y le costaba disimular.

- ¿Qué dice usted que haga, agente?
- ¡Haga el favor de soplar de una vez!

Susana trataba de ganar tiempo, aguantando la risa, para evitar estallar. Cuando su cabeza se serenase, soplaría y todo terminaría, para bien o para mal. El problema consistía en que, tal vez por su estado de embriaguez, le parecía morbosa y ridícula aquella situación: ¡un guardia civil le ofrecía el aparato y la obligaba a metérselo en la boca!

— Ya voy...







Hizo acopio de fortaleza y se llevó el pitorro a la boca, dispuesta a cumplir la orden, pero, nada más rozarlo con los labios, tuvo que retirarlo y taparse la boca con la mano para frenar la carcajada, ante la impaciencia de su interlocutor. Avergonzada por su falta de control, bajó la mirada hacia su falda, aguantando la risa, pero enseguida se dio cuenta de que mirarse la entrepierna era un error porque, lejos de aislarlo, su calenturienta mente intensificaba el matiz sexual de la situación.

- No... ¡Ja, ja, ja!... puedo...
- ¡O se controla o nos veremos obligados a pedirle que nos acompañe!
 - De acuerdo. Creo que ya puedo hacerlo.

¡Era el momento! No volvería a reírse, porque se le ocurrió que la ridícula era ella, no la situación en sí. Por lo menos, pensaría eso mientras soplaba, y no metería más la pata. Agarró con ambas manos la boquilla, se esforzó en evitar identificarla con un pene y comenzó a soplar.

El guardia civil la observaba atentamente. Y su compañero... ¿qué estaba haciendo? Con el tubo dentro de la boca, Susana lo miró. Se encontraba de pie, observando el paso de los coches por la autopista, muy estirado y con unas piernas extremadamente delgadas. Observó su estrecho y apergaminado pantalón de tergal y concluyó que era igual que los leotardos de una tuna universitaria. Y ese culo tan apretado... "¡Joder con el picoleto!". ¡Esto era demasiado! Dejó caer la boquilla y empezó a carcajearse a pleno pulmón, sin contenerse, ante la atónita mirada de su "carcelero". El otro ni siquiera se inmutó, lo que redobló el festejo de Susana, quien lo imaginaba tocando la pandereta con un tricornio y un







traje verde de tuno, dando saltitos al compás, con un semblante circunspecto.

— ¡Me cago en...! —se le escapó al agente que tenía a su lado—. Señorita, será mejor que nos acompañe al furgón policial —añadió, tratando de mantener la calma.

Sentía dolor en la zona abdominal (como consecuencia de las contracciones generadas por las risotadas) y tuvo que agacharse para mitigarlo, pero no podía parar de reír. Desde el carril de deceleración en que se encontraban, cerca del municipio de La Matanza (en la cara norte de Tenerife), Susana vio (antes que los agentes), a lo lejos, un vehículo que se acercaba a gran velocidad por la autopista.

Ambos agentes la intentaban sujetar por los brazos para incorporarla e invitarla a acompañarlos, pero notaron que los músculos de la joven se tensaron y su risa se esfumó, de sopetón, dejando un vacío repentino en el ambiente. Susana parecía contener la respiración, y tenía la mirada clavada en un punto de la autopista; instintivamente, ambos enfocaron hacia allí.

*

Ivana soñaba que ella y su hermana giraban en el tiovivo del Parque de Atracciones temporal, que habían acomodado en la explanada adyacente a la Avenida Marítima, en Santa Cruz de La Palma. Ale tenía entonces seis años, y ella quince. Fue en las Fiestas Lustrales de la Bajada de la Virgen del noventa y cinco, cuando habían viajado a la "isla bonita" con sus tíos. En el sueño, el tiovivo giraba cada vez más aprisa, exponencialmente, e Ivana supo que algo iba mal. El agitado movimiento la zarandeó, y ella



despertó, volviendo a la realidad. El BMW en que viajaba parecía fuera de control, zigzagueante; sin estar segura de haberse despertado del todo, observó, a través de la luna delantera, que la línea central de la autopista no se mantenía constante a la izquierda del coche. Giró la cabeza hacia el asiento del conductor para ver qué estaba ocurriendo.

— ¡Ricky! —gritó de terror.

Su marido, supuestamente al volante, yacía inconsciente a su lado, sin despegar el pie del acelerador. En décimas de segundo, Ivana vio un automóvil gris, guiado por un rostro aterrado y descompuesto, que los adelantaba por el arcén con mucha dificultad; y, ante ellos, un motorista haciendo eses, como intentando adivinar (y esquivar) la trayectoria de Ricky para evitar así la colisión.

Instintivamente, Ivana se quitó el cinturón de seguridad, levantó la pierna izquierda e, incorporándose, la arrojó impetuosamente contra el pedal de freno.

Susana y los agentes sabían que el motorista, quien llevaba apenas unos metros de ventaja al BMW, no podía prever los aleatorios bandazos y cambios de dirección del coche, por lo que, si no lograba acelerar más, su destino iba a ser rubricado por el azar. Oyeron un chirrido estridente, procedente del roce de los neumáticos con el asfalto, al frenar el BMW y comenzar el impreciso derrape. Los diferentes conductores que venían por detrás, aunque en las milésimas anteriores habían tratado de tomar precauciones (incrementando la distancia de separación







con el BMW), tuvieron que frenar bruscamente, generando una estrepitosa colisión en masa. Un Citroen rojo no pudo esquivar el frenazo de Ivana y chocó contra la parte trasera del descontrolado automóvil.

El BMW describió una trayectoria lineal, pero desplazándose de costado. Con una violencia que sobrecogió a Susana, impactó contra la motocicleta y el motero fue despedido por los aires, cayendo su cuerpo y rotando como un trompo hacia la zona central de la autopista. Al llegar a la mediana, pasó por debajo del guardarraíl y su brazo derecho quedó allí, cercenado; el resto del cuerpo acabó en las vías de sentido contrario, donde dos vehículos le pasaron por encima, generando otro caos paralelo.

La moto se desplazó hacia adelante, pero el BMW enfiló hacia Susana y sus acompañantes. Petrificada, tuvo que ser empujada y arrastrada a lo largo del carril de deceleración, pero tropezó y los tres cayeron al suelo. El vehículo se les acercaba rápidamente.

¡Por culpa del alcohol! Susana se había metido en un gran lío; lo único que ella había pretendido era agradar a los policías para que le dejasen arrancar su coche de gasoil y marcharse. Pero ahora... ¡estaba a punto de ser arrollada!

El guardia civil de la tuna universitaria fue quien tiró de la joven cuando el coche colisionó contra el muro de contención, a su lado, y rebotó, desplazándose unos metros hacia ellos. Cuando una lluvia de cristales le cayó encima, perdió el conocimiento. Pero había salvado la vida por escasos metros. Gracias a la Guardia Civil. Aunque, claro, también era cierto que estaba en el lugar de la tragedia por culpa de la Guardia Civil. No, no era





19



cierto; estaba allí por haber bebido más de la cuenta para celebrar que había conseguido un trabajo.

Palíndromo:

Líos: Agradar a poli, dilo, para dar gasoil

Aula Veranos, Taco

La joven Alejandra, con tan solo veintidós años, era una auténtica promesa (a nivel nacional) como confeccionadora de crucigramas, anagramas y pasatiempos de todo tipo. Su editor, aunque muy modesto, tenía una fe ciega en ella, y en más de una ocasión había arriesgado editando tiradas largas y colocándolas en el mercado. Los resultados no siempre habían sido buenos, pero podría considerarse que la balanza de pérdidas y ganancias, con Ale, estaba equilibrada. Su talento era genético, heredado de su padre, Waldo, quien había sido un auténtico profesional del pasatiempo y uno de los más agudos e ingeniosos constructores de palíndromos. Hacía varios años que Waldo había publicado, a través de una agencia editorial, un manual titulado Claves para elaborar criptogramas, justo unos meses después de que dicha agencia le desestimara un primer intento de publicación con su obra *Pasatiempos encriptados*. Mientras saboreaba un café, Alejandra recordaba la atrevida y licenciosa carta que, su padre, adjuntó al manuscrito para tratar de sorprender, con ella, al agente editorial.







Estimados señores:

La desestimación por parte de vuestra agencia de mi primera obra, "Pasatiempos encriptados", me hizo sentir estafado. No por vosotros, claro, sino por mis propias expectativas. Supongo que es el síndrome de todo escritor novel. Aunque la "moda" actual "borra" casi toda posibilidad de dar salida a escritores noveles, aún así, someto mi obra para ver "si le dan bola".

Palíndromo 1 (al agente editorial):

La moda borró tu ala acá; someto mi tal obra, debe dar bola, timo temo, saca al autor robado, mal

A pesar de todo, la desestimación no me ha desmotivado para intentarlo de nuevo con "Claves para elaborar criptogramas"; no he talado el árbol de la ilusión, al contrario, lo he abonado.

Palíndromo 2 (al agente editorial):

Ni famosa es la ruta ni me dejé árbol atrás, atara para tasar tal obra, eje de mi natural "se asoma fin"

Alejandra estaba con Julieta (la vecinita de diez años para la que trabajaba de canguro) en el pequeño habitáculo trasero de la planta superior del "Aula Veranos", donde solía encerrarse para intensificar su concentración. Tenía que terminar el "Cuaderno de Pasatiempos Extra" de enero antes de que su editor perdiera la paciencia. "No me hagas coger nervios", solía decirle él cuando se retrasaba.

Ya eran las ocho de la noche. Alejandra introdujo la mano derecha por el escote de su top y extrajo la cadena que rodeaba







su cuello, de la que colgaba su amuleto de placer bucal. Se trataba de una pequeña piedra caliza, que conservaba desde niña, y que le proporcionaba mayor placer que un chute de heroína o que una fantasía sexual con orgasmo incorporado. La acercó a la boca y, con la lengua, lamió y saboreó la cal. Sus amistades solían decirle que era una manía suya, y que ya se le pasaría al desprenderse de la piedra. Alejandra sabía que no se trataba de eso, porque un tic nervioso (o algo similar) era una defensa del organismo para calmar (engañosamente) la ansiedad, pero no daba gustito.

- ¿Por qué estás temblando, Ale? —preguntó Julieta.
- Tengo frío.

Se levantó y cogió su capa de color mostaza, que descansaba en el respaldo de una silla de mimbre que hacía las veces de ropero (para albergar las prendas de "quita y pon" de los visitantes del "Aula Veranos"), ya que estaba bastante desvencijada y, además, cojeaba, por lo que, sentarse en ella, conllevaba un riesgo innecesario de accidente.

Ocho y quince minutos. A través de las ventanas se filtraba el tenue eco de la invasiva noche. ¿Por qué todavía su hermana no había venido a buscarla? Tendría que llamar a los padres de Julieta para que se encargaran de recogerla. Ella se quedaría esperando a Ivana.

Palíndromo:

; Eh! Conoce eco noche









Hospital Universitario de Canarias, La Laguna

Susana despertó en la Sala de Urgencias del Hospital Universitario de Canarias. Se encontraba mareada y le dolía mucho la cabeza, lo que le impedía pensar con claridad. Estaba tumbada en una dura e incómoda camilla, en un recinto muy estrecho, limitado por tres paredes y una cortina de color garbanzo. Trató de incorporarse, pero el martilleo dentro de su cráneo se lo impidió. El acné que salpicaba estratégicamente su rostro (que, curiosamente, lo hacía muy atractivo) le estaba picando, pero, para evitar que enrojeciera y se extendiera, no pensaba rascarse.

La realidad la asaltó en forma de fotogramas consecutivos: trabajo, alcohol, Guardia Civil y...; Una pesadilla! Se llegó a plantear si estaba soñando o si estaba muerta por atropello. Tras unos minutos de reflexión, comprendió que todo era real. Una enfermera abrió enérgicamente la cortina y, tras poner cara de sorpresa al verla despierta, le dirigió una explosiva sonrisa.

- Me alegro de que hayas despertado.
- ¿Cuánto tiempo llevo...?

La enfermera consultó un reloj blanco y barato que había en la pared (aspirando, sin éxito, a decorarla). Marcaba las once cincuenta.

- Pues... unas tres o cuatro horas. ¿Recuerdas el accidente?
- Sí —respondió Susana, muy a su pesar—. ¿Puedo marcharme?
- Te haremos una prueba toxicológica y te marcharás. Lo siento, pero la Guardia Civil la ha solicitado. Aunque tal vez tengas suerte y se olviden de ti, después de la que se ha liado en









la autopista. Creo que lo único que tienes tú es un resacón de campeonato. ¿Has caído en la bebida o esto ha sido excepcional? —trató de bromear.

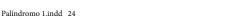
- No, hacía tiempo que lo había dejado gracias a "Alcohólicos Anónimos", pero hoy he recaído —dijo Susana, también en broma, tratando de sonreír—. ¿Qué ocurrió? Me refiero al accidente.
- Bueno, han fallecido dos personas. Justo en la planta de arriba hay dos familias viviendo una tragedia.
 - ¡Qué horror!
 - ¿Tienes náuseas?
 - No... Bueno, sí, un poco, pero lo controlo.
- Bien, mañana tendrás que regresar al hospital para que firmes la autorización de la analítica y contestes a un par de preguntas; estará la Guardia Civil. Será mejor que hables con ellos aquí, y no en el cuartelillo. Hoy están muy ocupados con el accidente.
 - ¿Y si me niego a firmar? —preguntó Susana.

La enfermera la miró, divertida, con cara de complicidad.

- Yo que tú lo consultaría con un abogado. Si logras eludir la prueba de alcoholemia, no te retirarán el carnet —dijo, guiñando el ojo derecho.
 - ¿Puedo irme ya?
- Descansa unos minutos mientras voy preparando el papeleo y te extraigo la sangre. Tu nombre completo es...
 - Susana Mesa Serafín. Por cierto, ¿y mi coche?



24





- La Guardia Civil se ha encargado de él. Ya te lo devolverán, Susana Mesa Serafín.
- ¡Qué amables! —rió, recordando cómo un agente bailaba con la pandereta mientras el otro le hacía proposiciones indecentes.

Palíndromo:

Se decae su anonadar, recaí, resaca seria cerrada, no náusea cedes

Océano Atlántico, LN 19° - LO 19°

La bandera ucraniana del carguero *Lyaksandra* ondeaba orgullosa por el Atlántico, a su paso frente a la costa de Mauritania, a diecinueve grados de latitud norte y diecinueve grados de longitud oeste, a punto de atravesar las aguas que separaban el continente del archipiélago de Cabo Verde. El viejo (pero remodelado) barco pertenecía a una ONG internacional, la FWIB, siglas de "Food Without International Borders" (alimentos sin barreras internacionales). El fundamento de la FWIB consistía en que "la comida sobrante o la que alguna institución (o país), generosamente, quiera donar, no acabará en la basura si alguien puede impedirlo". Y ese alguien era la FWIB. A grandes líneas, su labor consistía en transportar masivas cantidades de alimentos desde un "punto origen" hasta un "punto final", haciendo escalas en "varios puntos receptores", mediante unos compromisos que facilitaban al donante una salida cómoda y gratuita para sus









excedentes y/o una recompensa espiritual a su dadivosidad; y al receptor le permitía la adquisición de productos a muy bajo precio. Así, la FWIB se financiaba (amén de varias ayudas públicas y privadas) básicamente de la venta de un producto que había comprado a precio cero. Receptor y donante (que podían formar parte de la propia ONG o no), además, solían contar con ayudas gubernamentales (en sus correspondientes países) gracias a la labor social que desempeñaban. El Gran Compromiso radicaba en asegurar cada línea comercial de forma indefinida, y siempre entre los mismos dos puntos concretos, y con las mismas escalas.

La específica misión del *Lyaksandra* consistía en llevar pescado congelado, desde Japón, para surtir a diferentes puntos de las zonas asiática y africana, terminando habitualmente su recorrido en las Azores, aunque, una de cada tres travesías, en lugar de virar al noroeste, cruzaba el estrecho de Gibraltar y se internaba en aguas mediterráneas hasta Cerdeña. A su vez, en cada puerto de escala obtenía otros alimentos gratuitos para repartir a lo largo de su trayecto. A su paso por el Atlántico, el *Lyaksandra* recalaba en Canarias, proporcionando pescado congelado a varios centros benéficos y geriátricos de las islas. Así que, para la función que desempeñaba, el nombre del buque mercante le venía que ni pintado, pues ese nombre de mujer, de origen griego, significaba algo así como "defensa de la humanidad".

En la zona de depósito provisional de mercadería, tumbados encima de un palé de madera hinchado por la humedad, Yaros-lav y Kazimir fumaban sendos cigarrillos americanos de la cajetilla que Kazimir acababa de ganarle a un oficial en la matutina partida de póker. El bielorruso solía ganar un setenta por ciento de las partidas, y sus contrincantes lo achacaban a que era un magnífico









jugador. Solo Yaroslav sabía la verdad: Kazimir era un magnífico tramposo; tan magnífico que se dejaba ganar un treinta por ciento de las veces, para disimular. Ambos llevaban una camiseta de asillas y unos pantalones de lona azul (los de Yaroslav tenían unos tirantes incorporados).

- ¿Te has puesto crema solar? —preguntó el ucraniano.
- No. Pásame la tuya, que no me queda.
- ¡Maldito gorrón...!
- ¿Gorrón? ¿Lo dices tú, que te estás fumando uno de mis cigarros?
- ¿"Tus" cigarros? Vamos juntos en esto. Tú ganas y yo no me chivo de las trampas que haces.

Kazimir se colocó la mano izquierda sobre la frente, a modo de visera, para defenderse del sol. Miró a un punto perdido del horizonte y disfrutó de las últimas caladas. Hacía unas cuantas horas que habían salido del Puerto de Santa Cruz de Tenerife. Esta vez no había sido el Puerto de la Luz; a veces descargaban en Gran Canaria y otras en Tenerife. Kazimir no entendía a qué se debía, pero suponía que era un acuerdo para que ambos puertos pudieran beneficiarse de las tasas de atraque. Lo más llamativo de aquella escala era que, no solo se había hecho a la ida, sino también a la vuelta, y era la primera vez que el Lyaksandra recalaba en Canarias en su pesado regreso hacia el cabo de Buena Esperanza.

A sus treinta y ocho años, Yaroslav estaba considerado como un auténtico maniaco entre la tripulación. De joven solía meterse en todas las peleas de su barrio, y había pasado una buena temporada en una prisión de Ucrania, donde le habían asestado







tres puñaladas en la pierna izquierda. Había quedado cojo para toda la vida. Por eso lo llamaban "el maniaco cojo".

- Pareces preocupado, Kazimir. Llevas unos días... Demasiado pensativo te veo, ¿qué te ocurre?
 - Estaba pensando en Donatello.
 - ¿El chico italiano? —preguntó Yaroslav.
- A veces pienso mucho en él, quiero olvidarme, pero no lo consigo. ¿Tú no tienes miedo, Yaroslav? ¡Podríamos estar contaminados o acabar como pasto de los tiburones!
- ¿Vas a empezar otra vez con tus paranoias? ¡Podríamos, podríamos...! También podríamos cumplir con nuestro trabajo y seguir adelante. Olvídate de esos chismes que has escuchado e intenta concentrarte en tus tareas. Tu vida es maravillosamente simple, así que no la compliques.
- ¿Prefieres que mire hacia otro lado, como tú? Esos dos científicos miden frecuentemente los niveles de radiactividad del barco, ¿para qué te crees que están aquí, si no? —Kazimir parecía cada vez más alterado.
 - ¡Baja la voz! sugirió enérgicamente el ucraniano.
- ¿Ves? Tú también temes que nos puedan oír. ¿Cómo te explicas que, a partir de mayo, la cantidad de pescado que cargamos en Japón se haya multiplicado por diez? ¿De repente ha aumentado el número de donantes o es que los anteriores se han vuelto diez veces más generosos? Cada vez que salimos de allí, tengo la sensación de que nos vamos a hundir por sobrepeso.

Yaroslav dirigió una mirada profunda a su compañero. Él también estaba preocupado, pero prefería disimular, pensar en otra cosa y seguir adelante. Kazimir tenía razón, no dejaba de







resultar sospechoso que, tras la crisis nuclear de marzo, en Japón, había aumentado la salida de pescado a través del *Lyaksandra*. Los rumores decían que, en apenas cinco semanas, se había creado una red internacional de contrabando, cuyos tentáculos habían atrapado al carguero ucraniano o, tal vez, a toda la FWIB, para comerciar con alimentos contaminados de baja radiación.

- Mira, Yaroslav. Lo que Donatello averiguó desde su puesto, en la cocina, pone los pelos de punta. Él estaba muy cerca de los oficiales y lo oyó todo. Dicen que el pescado está bien, se puede comer, pero el nivel de radiactividad roza el umbral mínimo de tolerancia y, seguramente, no conseguiría los permisos de salida del país. Lo confiscarían y se perdería. Es más seguro sacarlo clandestinamente a través de una ONG, porque los controles sanitarios son ligeramente más flexibles, y todo esto hace que se venda más pescado. Así se lucra más esta jodida organización sin ánimo de lucro.
- Y así nos pagan más a nosotros, Kazimir. ¿De qué te quejas? ¡Nos pagan muy bien!
- Se trata de Donatello. En vez de ser discreto, empezó a hacer preguntas a la tripulación. Dicen que es probable que se cayese al mar, pero estoy seguro de que lo empujaron. ¿Qué es peor? ¿Preguntar tus dudas y que te lancen al agua, o guardar silencio, esperando a que te salgan ocho dedos más, un cuerno en la frente o un tumor cerebral, por las radiaciones? En mi vida no he hecho más que recibir puñaladas, y ya estoy harto. Dime, ¿qué es peor?
- No lo sé, amigo —respondió Yaroslav, mientras saboreaba la última calada.







Palíndromo:

Otra herida diré harto

Hospital Universitario de Canarias, La Laguna

En la Administración del HUC, Susana terminó con el papeleo antes de la diez de la mañana del día siguiente al accidente. Finalmente, había decidido no firmar la autorización que daría valor legal al nivel de alcohol en sangre. Podrían retirarle el carnet de conducir, pero tendrían que pelearlo; ella no se los iba a entregar plastificado y en papel de regalo. Además, la Guardia Civil no se había personado a la hora indicada para interrogarla. La enfermera podría tener razón. Quizá se habían olvidado de ella, pues era un asunto menor comparado con el accidente mortal.

En los pasillos del hospital oyó decir que había fallecido un famoso rapero en un accidente de circulación. Pensó en el motorista, cuya vida se había apagado trágicamente ante ella de manera violenta. Quizá era un afamado cantante en pleno apogeo profesional. Entró en la cafetería y, tras pedir un café solo, se sentó en una de las pocas mesas libres. En una mesa contigua a la suya, una pareja charlaba tranquilamente, la chica dando la espalda a Susana y el chico de frente a ella, de forma que Susana se topaba con su rostro cada vez que la acompañante se movía un poco. En una de esas ocasiones, sus miradas se encontraron, y Susana no pudo menos que ruborizarse. Fue como si una indeseable flecha del cursi Cupido la hubiese alcanzado. Y, por su gesto, parecía que a él le ocurría algo similar. La muchacha que







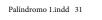
estaba a su lado se percató del interés de su "amigo" y, sin disimulo, giró la cara ciento ochenta grados, mirando directamente a Susana durante un par de segundos. Con descaro, Susana le retuvo la mirada.

Él era un hombre muy atractivo, tal vez de unos treinta y cuatro años (un par de años más que Susana). Llevaba el pelo largo, sedoso, totalmente desestructurado y con un flequillo que le tapaba parcialmente las cejas. Se levantó y se dirigió a la barra para abonar la consumición, lo que permitió a Susana fijarse en su trasero. Siempre se fijaba en los traseros de los hombres, era una auténtica fanática. No era el más moldeado y duro que había visto, pero tampoco estaba mal. Vestía un moderno pantalón vaquero desgastado, una camiseta corta de algodón con cuello redondo y botones superiores, y una chaqueta roja de cuadros. En los pies, unas botas marrones de cordones, desabrochados estos y con una de las lengüetas por fuera del vaquero.

De la chica que tenía delante, había un par de detalles que sugerían una fuerte personalidad, amén de la forma tan directa e insolente de mirarla: iba rapada casi al cero, con llamativos tatuajes en ambos brazos (pues llevaba una camisa corta, ya que la chaqueta descansaba en la silla) y abundantes pírsines (y aretes) distribuidos por las orejas, nariz, labios y cejas. Cuando el chico volvió, ella se levantó para marcharse con él.

Al pasar a su lado, él volvió a mirar de reojo a Susana, como temiendo despedirse para siempre. Ella volvió a mirarla con desvergüenza, atravesándola con los ojos, y, exhibiendo su cortísima minifalda y unas kilométricas medias fucsia que se perdían en la entrepierna, le habló.

— ¿Susana?







La joven llevaba la mano izquierda vendada, y su cara, aparte de los pírsines, estaba surcada de magulladuras y moratones.

- ¿Nos conocemos? preguntó, perpleja.
- Pero... ¿no me recuerdas? ¡Soy Ivana!
- ¿Ivana? ¿Es posible? Estás... muy cambiada. La última vez que te vi tenías el pelo muy largo y...
- Y unos cinco kilos más. Ahora estoy demasiado delgada. ¡Pero han pasado más de diez años! Cuando venía a Canarias de vacaciones, solo estaba un par de días, para ver a mis padres, y luego me marchaba enseguida. Aunque ahora llevo viviendo aquí desde hace dos años. Sabes que me fui a estudiar a Sevilla, ¿verdad? Allí me casé y no regresé. Te presento a Raúl.

El hombre se acercó a Susana y le dio dos besos. Quedó embriagada por la fragancia de su perfume, con un ligero olor a madera de tea.

- ¿Es tu marido? Encantada. ¿Qué te ha pasado? Pareces herida —se interesó Susana.
- No, él... Es... muy triste. Ayer hemos tenido un accidente. Mi marido... ha muerto. —Una lágrima escapó de sus ojos, pero su mano la retiró, negándose a llorar—. Raúl es... Era su hermano.
- ¡Oh! ¡Lo siento! —Susana se llevó la mano derecha a la boca—. ¿Cómo ha sido?
- Íbamos por la autopista, hacia el norte, yo estaba dormida y Ricky conducía. A la altura de La Matanza me desperté, y vi que Ricky había perdido el conocimiento y el control del coche. Frené, pero colisionamos y nos llevamos por delante a un motorista, que también ha muerto.







- ¿Qué? ¡Yo he sido testigo del accidente! ¡Estaba en el arcén cuando vuestro coche vino hacia mí! —dijo Susana, muy sorprendida—. El BMW tenía pinta de haber aguantado bien el impacto. ¿Cómo es que tu marido...? ¡A ti apenas te ha pasado nada! ¿No le funcionó el airbag?
- No tenemos ni idea —interrumpió Raúl, echándole una mano a su cuñada, a quien se le estaba formando un nudo en la garganta y casi no podía hablar—. De hecho, le están practicando la autopsia, porque tiene pinta de haber sufrido un infarto antes del accidente. ¿Qué hacías tú allí?
- Había bebido un par de copas para celebrar una oferta de trabajo en una peluquería, aunque hoy me han dado calabazas y le han dado el puesto a una pariente que les llegó de La Gomera. Pero ese es otro tema. Posiblemente me vieron hacer alguna maniobra rara y me paró la Guardia Civil en el carril de entrada a La Matanza. Los dos agentes estaban empeñados en hacerme la prueba de alcoholemia y retirarme el carnet. El accidente lo ha aplazado. ¡Ojalá estuviera sin carnet y no hubiera ocurrido esto!
- No se puede luchar contra el destino. No estoy muy seguro, pero... creo que hacerte la prueba en un carril de deceleración, y que solo sean dos los agentes, no es muy reglamentario. Tal vez tengas suerte y no te pase nada.

Raúl quería ser agradable con ella. Ella escuchaba sus sosegadas palabras y se sentía envuelta y protegida por su voz. Se miraron unos instantes, hechizados. Ivana los observó.

— No has cambiado nada, eres igual que cuando estábamos estudiando. ¡Susana Mesa Serafín! Se sentó a mi lado todo el bachillerato —dijo Ivana, dirigiéndose a Raúl.







- Algo habré envejecido. ¿Sabes por qué me has reconocido tan rápido? Por los granitos de la cara. Esos sí que no han desaparecido.
- ¿Granitos? ¡Pero si parecen pecas! —dijo el complaciente Raúl.
- Susana siempre tuvo la cara salpicada de acné, pero tan ligero y sugestivo que creo que, sin él, no sería tan atractiva.

A sus treinta y dos años, Susana vestía como en su época de estudiante, con vaqueros, camisetas y zapatillas deportivas. Solo iba variando el estilo de las chaquetas y cazadoras, tratando de adecuarlas a la moda imperante, pero mostraba una clara preferencia por las chaquetas vaqueras y las rebecas de punto. Su cabello, lacio, le caía sobre los hombros, y su cara, algo redondeada, resultaba compensada por el extraño acné y por una sonrisa estable. Vivía sola en un piso alquilado, en el centro de Santa Cruz, y le costaba muchísimo llegar a fin de mes. No había ido a la universidad, aunque terminó los estudios de bachiller e hizo un módulo de Peluquería. En su vida laboral hizo algunas prácticas como peluquera, pero nunca tuvo opción de ejercer seriamente la profesión. Tras sus experiencias como cajera de supermercado, dependiente en dos farmacias y en una tienda de ropa, y camarera en una sombría taberna (trabajos que turnaba con actividades de voluntariado en Cáritas Diocesanas y en la Cruz Roja), actualmente se dedicaba a trabajos domésticos (casi siempre en régimen de economía sumergida), bien fuera cuidando niños o limpiando casas. Mientras, esperaba constantemente una llamada del INEM que pudiese colocarla en algo mejor remunerado, como aquella ilusionante (y, luego, decepcionante) peluquería.







- Dices que te casaste en Sevilla con su hermano —dijo Susana, señalando a Raúl—. Pero Raúl tiene acento canario.
 ¿No son sevillanos?
- No, somos de Lanzarote se adelantó él—. Ricky también se fue a estudiar a Sevilla, y allí se conocieron, se casaron y se fueron a vivir a Motril. Regresaron en 2010 y crearon ese ruidoso grupo de rap.
 - ¿Grupo de rap? ¿De qué hablas?
- ¿No lo sabes? Tu amiga y mi hermano son un referente actual en el rap canario. Desde que fundaron el grupo, han subido como la espuma. ¿No habías oído hablar de Ricky Roque ni de *Ajos y Soja*? Ya han grabado un disco, y los contratan asiduamente para diversas actuaciones.
- Ahora ya no va a ser lo mismo. Tendré que rehacer mi vida y empezar de nuevo. ¿Podemos comer juntas, Susana? ¡Quiero que me cuentes qué has hecho en todos estos años!

Camaleónica como su look, Ivana parecía haberse repuesto del shock. Ahora se atrevía, incluso, a sonreír. Su marido yacía en la cama de autopsias y, ella, ya estaba pensando en rehacer su vida. ¡Qué envidia le generaba a Susana esa capacidad para volver a levantarse!

Palíndromo:

Agita freno, perece rapero, llore, parece reponer fatiga







UNO a la ONU

Barrio pesquero de San Andrés, Santa Cruz de Tenerife

Los tres estaban comiendo en una pequeña mesa situada en la propia cocina. Habían decidido, finalmente, almorzar en casa de Raúl, porque Ivana no quería enfrentarse aún a los dolorosos recuerdos que impregnaban su hogar. Hasta el día siguiente no les informarían sobre los resultados de la autopsia, así que la joven viuda quería olvidarse de todo lo relacionado con Ricky Roque. El suyo no había sido un matrimonio común. Se habían casado porque sabían que estarían siempre juntos y, a efectos contractuales, era lo más inteligente. Pero su relación no era convencional, no se basaba en una hipócrita atadura de fidelidad ni en una infantil tortura de celos. Se basaba en la libertad e independencia extrema. Por eso sabían que duraría siempre.

Habitualmente, ambos habían mantenido frecuentes relaciones sexuales con terceras personas, sin limitación de sexo ni de número de participantes. A veces hacían tríos u orgías con otra gente, pero, casi siempre, cada uno se lo montaba por separado, cuando le apetecía y tenía ocasión. Al principio se contaban sus







experiencias extramatrimoniales, y eso los excitaba, pero, con el tiempo, apenas se referían a dichas relaciones, porque encontraban el tema cada vez más aburrido. Ricky Roque e Ivana habían sido como dos compañeros de piso con derecho a sexo.

Ivana relató brevemente (a Susana) que ambos habían estudiado Bellas Artes, en Sevilla. En la Facultad había trabajado como becaria, lo que le había permitido pagarse una buena parte de los estudios sin tener que depender de sus padres. Tras casarse, se fueron a vivir a Motril, municipio granadino donde consiguieron trabajo en la Conservación del Patrimonio Industrial y Tecnológico. En concreto, pertenecían a un equipo encargado de la rehabilitación, gestión y mantenimiento de las fábricas de azúcar de la ciudad, así como de su reconversión en museos, salones de celebraciones y eventos, etcétera. El trabajo se lo habían ofrecido a ella, gracias a los contactos de uno de los profesores de Historia del Arte con quien colaboraba como becaria. Seguramente el profesor le había conseguido el empleo en correspondencia a la gratitud sexual que Ivana le dispensaba por haberle conseguido la beca. Una vez instalados en Motril, enseguida Ivana logró que contrataran también a Ricky Roque. Para desgracia de Susana, apenas hablaron de Raúl; lo único que pilló fue que era bahá`i, aunque no estaba muy segura de lo que eso significaba.

Susana recordaba a su amiga (del instituto) como una chica muy divertida, pero solitaria. Siempre alegre pero metida en su mundo, como si sus neuronas la necesitasen para realizarse. Y ahora le parecía que lo habían conseguido. No solo las neuronas, toda ella parecía realizada.







— Creo que me voy a casa a descansar un rato. No sé si seré capaz de aguantar la ceremonia fúnebre. ¡Odio estas cosas, y Ricky también las odiaba! —se quejó Ivana.

Aunque en el fondo quería estar acompañada, Ivana era muy perceptiva, y no se le escapó ninguna de las tímidas y mal disimuladas miradas que se cruzaban Susana y Raúl. Ella no era una persona egoísta, así que había decidido dejarlos solos para darles una oportunidad. Miró dulcemente a Susana, de nuevo con desparpajo, y esta se turbó y bajó la vista. Cuando eran jóvenes, Ivana era la mejor amiga de Susana, pero esta solía pasar momentos muy incómodos a su lado, ya que Ivana la miraba diferente, como si la deseara, y ella no tenía esos sentimientos hacia su amiga. Pero nunca se le declaró, por lo que era probable que fuesen figuraciones suyas. Al fin y al cabo, Ivana era de las que no se cortaba si tenía que plantear algo: lo decía y ya está.

La rapera se acercó a ella y, suavemente, le pasó los dedos por los granos de la cara, como solía hacerlo hacía ya más de diez años. Luego le dio un beso y se despidió.

- Quiero que retomemos nuestra amistad. El destino nos ha unido en la fatalidad, así que tenemos que superar este trance juntas —dijo Ivana, sonriendo.
- No entiendo cómo puedes hacer estas bromas, con lo que estamos pasando —recriminó Raúl, incómodo por la frescura en el tono de la rapera.

Cogió la chaqueta del sofá, se la puso y los miró directamente a los dos, atravesándolos. Luego sonrió y salió, convencida de que, decididamente, hacían una buena pareja.

Palíndromo:

Encara ese día —habla Ivana—, vi al bahai desear acué







Antes de marcharse Ivana, Susana no podía imaginar el vacío que iba a incomodar el ambiente. La calva rapera era el único vínculo que justificaba la cercanía entre Raúl y ella. El incierto silencio reveló que ambos eran un poco tímidos para dar el primer paso; por lo menos, la soltura de Ivana los hacía, ahora, quedar como dos seres insignificantes. El frío de enero no contribuía, precisamente, a caldear el ambiente. Susana decidió arriesgarse, sacando jugo de la propia incertidumbre que los envolvía.

- Creo que Ivana era la que llevaba toda la conversación durante el almuerzo. Nos ha dejado sin palabras.
- Sí, es como la intersección de dos sucesos. En Matemáticas, si no hay intersección, quedarían dos sucesos incompatibles o mutuamente excluyentes —apuntó Raúl, esforzándose por armar una conversación.
- ¿Quieres decir que, sin ella, tú y yo somos incompatibles? —Enseguida Susana se dio cuenta de que le había salido, sin querer, una frase un poco atrevida, pero se sentía cómoda en este juego y no estaba dispuesta a dar marcha atrás. No entendía por qué estaba tan lanzada con un hombre desconocido, ya que ella no solía ser así.
- ¡Espero que no! —contestó él, sonriendo. Acto seguido se levantó y se puso a recoger la mesa. Susana lo imitó, echándole una mano.
 - ¿A qué te dedicas, Raúl?

Raúl la observó detenidamente. Tal como había dicho Ivana, tenía un rostro extrañamente atractivo; tal vez fuese la pícara







sonrisa, que no desaparecía nunca, tal vez las falsas pecas. La pregunta que le estaba haciendo era una indagación superficial en su intimidad. Sabía que así se fraguaba una relación, rascando primero el envoltorio y rastreando cada vez más adentro.

- Trabajo en la Caixa. Hace ya ocho años, después de acabar la licenciatura en Económicas. Al principio trabajé en una sucursal de Lanzarote, donde vivía, pero, desde hace cinco, pedí traslado a Tenerife. Estoy en Candelaria. Y en medio de todo esto, hace tres años pedí una excedencia, me fui a Nueva York y estuve un año colaborando con la Oficina de la Comunidad Internacional Bahá`i en la ONU.
 - ¿En la ONU?
- Lo que oyes. Los bahá`i llevamos décadas colaborando con Naciones Unidas en diferentes ámbitos. Gracias a mis estudios, estuve colaborando con el grupo que participa en las sesiones de la Comisión del Desarrollo Sostenible. Pero, como te decía, tenemos estatus consultivo y cooperamos en asuntos tales como Derechos Humanos, Desarrollo Social... Hemos trabajado con la UNESCO, UNICEF y la OMS.
 - Eso suena grandioso, Raúl. No sabes cómo te envidio.

Sentados en sillones individuales, Raúl se interesó por su vida y Susana le relató su difícil situación económica y laboral. La crisis no hacía sino entorpecer cualquier aspiración, y las oportunidades eran escasas. En la actualidad limpiaba tres veces por semana en la casa de una abogada, pero el sueldo, en negro, era todo un símbolo del abuso de los empleadores en tiempos difíciles. Curiosamente, la abogada llevaba la defensa de varios casos de denuncias de empleadas domésticas por sus condiciones laborales. En más de una ocasión, Susana había tenido la







tentación de pedirle que la defendiera a ella de sus garras, pero sabía que una paradoja equivalía a un despido.

- ¿Qué significa exactamente ser bahá`i? ¿Es una secta, una religión o un grupo de fanáticos obsesionados con el avistamiento de ovnis?
- Bueno, yo tampoco soy un fundamentalista. Por ejemplo, no debería beber alcohol, pero de vez en cuando lo hago. Debería tener el pelo corto, pero, ya ves, soy un auténtico provocador. Lo que sí trato de llevar a rajatabla son unos preceptivos días de ayuno, en marzo.
 - ¿En qué crees?
- La base del bahaísmo es muy simple. La idea es que Dios se nos va manifestando a cuentagotas a medida que nosotros evolucionamos y comprendemos su proyecto. Por eso, cada religión constituye un ciclo o trayecto en ese devenir. Eso implica que defendemos la unificación de las religiones.
- Supongo que también tendréis vuestro porcentaje de intolerancia, como todas las religiones —apuntó Susana.
- Te mentiría si lo negara, pero, por ejemplo, defendemos la igualdad entre el hombre y la mujer, y fomentamos los matrimonios interraciales.
- ¿Entre el hombre y la mujer? Cuando digas "la igualdad entre la mujer y el hombre" creeré que la defiendes —atacó.
 - Y tú... ¿nunca creíste en nada?
- Pues... sí; cuando era pequeña, era católica, o eso creo. Mis padres me llevaban a misa todos los sábados, pero, a decir verdad, los mensajes que escuchaba me parecían, unas veces,







encriptados, otras contradictorios, y otras infantiloides, como dirigidos a retrasados. Pero, sobre todo, crueles e intimidatorios.

- ¡Vaya! Eso suena a que no han sabido vender muy bien su producto.
- Tal vez el producto sea insustancial y etéreo, y por eso lo ocultan tras una cortina de humo. A veces, ni siquiera distinguía las letras de muchas canciones de iglesia, pero yo las cantaba con orgullo, imitando a los demás.
- Pero la religión no debería ser mimética... Tienes que creer por ti misma, no por imitación.
- Por ejemplo, cantábamos un salmo que decía: "Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, Ten piedad de nosotros". Pues bien, al final del salmo había un mensaje de paz, pero, por la propia entonación de la canción, yo deformaba la letra, porque no la comprendía. Y, aunque no sabía lo que significaba, cantaba eufórica, a pleno pulmón: "Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, Danos 'lapas'". Durante muchos años me estuve preguntando por qué teníamos que pedirle lapas a un cordero.

Permanecieron un rato en silencio, mirándose, cada uno tratando de asumir y encajar en sus expectativas e ilusiones las palabras del otro. Raúl rompió el silencio, dando un paso más.

- ¿Te has enamorado alguna vez?
- Nunca. ¡Espera un momento!

Se levantó del sillón y rebuscó dentro de su bolso, sacando un aparatoso manojo de llaves de juguete. Se las había regalado su tío Jorge cuando era muy pequeña. Eran doce llaves, cada una de un color diferente, colores intensos y llamativos, infantiles.







Todas tenían una letra "C" dentro de un corazón, en relieve. Luego se acercó a él, tintineándolas.

- ¿Eso qué significa? —preguntó, intrigado.
- Es una metáfora. Una de estas llaves abre mi corazón, pero, hasta ahora, nadie ha sabido identificar cuál es la llave correcta. Todo aquel que ha intentado acceder no ha podido hacer que gire. Bueno, en un par de ocasiones lograron entrar, pero el giro de la llave no hizo el mágico rugido metálico de apertura, así que ya sabía que no funcionaría, porque no era la llave auténtica, era una copia defectuosa.
 - ¿Se podría decir que estamos rezando? —preguntó Raúl.
 - No, estamos abriendo nuestros corazones.
 - Entonces... ; he dado con la llave adecuada para abrir el tuyo?
 - Habrá que esperar un tiempo para saberlo —contestó ella.
 - Espero que, en marzo, cuando me veas ayunar, lo respetes.
 - ¿Crees que seré testigo?
 - Quiero que estés a mi lado en marzo. Y el resto de mi vida.

Palíndromo:

Oren en ese valle de llaves en enero

Dependencias del C.N.P. Santa Cruz de Tenerife

— ¿Por qué te empeñas en acompañarme a comisaría? No lo entiendo, Susana. Raúl podía haberlo hecho, o podría venir







yo sola —dijo Ivana, sorprendida, mientras entraban en la sede del Cuerpo Nacional de Policía de Santa Cruz de Tenerife.

Es una sorpresa, ya lo verás. Además, Raúl está encargándose del papeleo correspondiente a los servicios funerarios.
 Tú dijiste que pasabas de esas cosas, así que alguien tenía que hacerlo.

Tras recibir indicaciones de un ordenanza, accedieron por un largo y estrecho pasillo de oficinas, doblaron a la derecha y entraron en la segunda puerta que encontraron. Y allí, de pie, en la "Comisaría de Distrito Tenerife Norte", imponente como un "transformer", estaba él, escrutándoles, incluso, los pensamientos: Jorge Nara.

Ivana se estremeció, y su corazón empezó a palpitar con más angustia que la soportada por la muerte de su marido. "¡Dios mío! ¿Qué hace él aquí?". Por la casi imperceptible mueca de su boca, sabía que él se había percatado de su sobresalto y que lo estaba saboreando. Odiaba a Jorge, odiaba a Susana por no haberla prevenido, odiaba su suerte, su vida.

— ¡Hola, tío! —gritó Susana, cariñosamente, colgándose del fornido cuello mientras le daba dos besos—. ¿Te acuerdas de él, Ivana? ¡Es tío Jorge!

Hermano de su madre, su verdadero nombre era Jorge Serafín López. El apelativo "Nara" era un apodo familiar de solo una generación de distancia. Su padre (abuelo de Susana), toledano, que había sido concejal en el Ayuntamiento de Toledo, participó activamente (en septiembre del setenta y dos) en el protocolo de hermanamiento entre Toledo y la ciudad nipona de Nara. *Alberto Nara* llamaban a su padre, *Jorge Nara* heredó él. Cuando Susana era pequeña, su tío frecuentaba mucho su casa y

(lacktriangle)





solía sacarla de paseo al parque, al cine, a la plaza con los patines o con la bici... Muchas tardes, cuando Susana jugaba en la plaza con sus amigas, aparecía Jorge Nara con un enorme paquete de caramelos o una descomunal bandeja de dulces, para todas. Como Ivana era la mejor amiga de Susana y siempre estaban juntas, ellas dos eran las que más se beneficiaban de la generosidad de Jorge. También solía echarles una mano con las tareas escolares. En aquella época, él era policía municipal en La Laguna. Susana pensaba que su tío hacía más por ella que sus propios padres, y es que estos, empleados ambos en unos almacenes, tenían un horario laboral infernal.

Con el paso de los años, Jorge se fue distanciando, tal vez porque la niña ya no lo necesitaba para que la sacaran de paseo, tal vez porque sus ascensos laborales le robaron tiempo libre. Aun así, siempre estaba cuando Susana o sus padres lo necesitaban. Estando en el Cuerpo Nacional de Policía, fue trasladado al sur de la península cuando Susana tenía unos dieciocho o diecinueve años. Desde entonces no había vuelto a verlo, hasta hoy.

Apenas llevaba una semana incorporado a su nuevo destino, que había solicitado y conseguido en Santa Cruz de Tenerife. Susana y él habían hablado por teléfono, pero aún no se habían visto. El día anterior, tras despedirse de Raúl, ella lo llamó para pedirle asesoramiento sobre su incidente con la Guardia Civil y, de paso, le relató su reencuentro con Ivana. No había pasado ni media hora cuando Jorge le devolvió la llamada y le pidió que fuera a primera hora (al día siguiente) a verlo a su despacho, con Ivana, porque quería ocuparse personalmente del "caso", y tenía que comunicarle a la viuda los resultados de la autopsia. Susana no comprendía de qué caso hablaba ni por qué un inspector de







policía se interesaba por un accidente propiciado por un infarto del conductor. Jorge le dijo que por la mañana lo entendería.

A sus cuarenta y nueve años, Jorge Nara lucía un rostro estropeado, surcado por más arrugas que las acordes a su edad, que intentaba compensar con un poblado bigote bien recortado y cuidado, pero consiguiendo el efecto contrario. Era un rostro extremadamente repulsivo para Ivana y neutro para Susana.

- Hola, Ivana.
- Hola —respondió ella, manteniéndole la mirada.
- Esa indumentaria tan provocativa... ¿Qué has hecho con tu cuerpo? La última vez que te vi parecías una mujer de verdad.
- Hace dos años que cambié. Ahora soy otra persona, totalmente diferente. Te aseguro que no tengo nada que ver con la Ivana del pasado. ¡Nada!
- Me parece bien. Quería hablar contigo para comunicarte que yo soy el que va a dirigir esta investigación. Supongo que...

En ese instante entró en el despacho un individuo achaparrado, vestido con un traje muy anticuado y portando una sucia corbata de cuadros muy mal colocada. A pesar de lo bajito y regordete, tenía un cierto aire de arrogancia, con el mentón forzado hacia el firmamento obligando la cabeza hacia atrás.

- Os presento a mi compañero, el subinspector Marcelo Girard, aunque aquí todos lo llamamos Monsieur Trapus. Su padre es francés; él no, por eso tiene un gran sentido del humor y no se enfada si lo llamamos así. "Trapus" es una palabra francesa que significa corpulento.
- Rechoncho, más bien —ironizó Trapus, riéndose de sí mismo. Acto seguido tendió la mano (educadamente) a las dos



Palíndromo 1.indd 47







mujeres. Tenía un fuerte acento francés, ya que, aunque había nacido en España, había vivido en Francia durante mucho tiempo.

Por lo visto, Jorge Nara no tenía reparo alguno a la hora de ridiculizar a sus compañeros en público, y esto incomodó a Susana. Se propuso recriminarlo cuando estuviesen a solas, porque, si lo hacía ahora, se pondría a su altura. También estaba asombrada por la insolencia de su tío hacia Ivana, a quien no veía desde que era casi una niña. Pero la arrolladora personalidad de la joven viuda lo había puesto en su sitio.

- ¿Qué quieres decir con "dirigir la investigación"? —preguntó Ivana, perpleja.
- Pues... Para eso te he hecho venir. Verás... Tu marido murió antes del accidente, pero no de un infarto. Murió... envenenado.

- ¿Cómo?

Trapus hizo un fallido esfuerzo por bajar la cabeza, en señal de respeto al dolor de Ivana. Lo único que consiguió hacer caer fueron sus párpados. Jorge Nara concedió unos segundos para que ambas asimilaran la noticia, especialmente Ivana.

— ¿De qué estás hablando, tío? ¿Envenenado?

Hablando de venenos, Susana no se percató de la punzante mirada que Ivana descargó sobre Jorge. La viuda sabía que él estaba disfrutando como un enano; solo ella era capaz de captar su leve mueca, medio oculta por el bigote. Por su parte, Jorge sabía que Ivana le estaba leyendo el pensamiento, y eso le produjo un amago de erección. Para poderse contener, tuvo que ponerse rápidamente el mono profesional.

— Es un veneno muy extraño. ¿Habéis oído hablar del pez globo? ¿Del fugu?









- Sí, creo que hay un pez que se llama así —reconoció
 Susana.
- ¿Qué hay que investigar? Si lo que estás insinuando es que mi marido murió por una intoxicación de pescado, me imagino que será algo fortuito y, en todo caso, mala suerte apuntó Ivana.
- Eso es lo que pretendemos averiguar. Y te prometo que lo haré. —La amenaza, escondida bajo la promesa, la hizo en primera del singular.
- Bien, tío. Será mejor que nos vayamos. Ivana tiene que prepararse para el funeral.
 - Nos veremos allí —respondió él.
- ¿Piensas estar presente en el funeral de mi marido? preguntó Ivana, nerviosa y con cara de odio.
- Es mi obligación. Tengo que conocer a todas sus amistades —sentenció Jorge.
 - ¡Me voy! ¿Vienes conmigo o te quedas, Susana?
- ¿Me permite que las acompañe yo a la salida, inspector?—preguntó Trapus.

Mientras abandonaban el edificio, Ivana y Susana concluyeron que, lo que quería Trapus, era presumir y pasearse por todo el recinto con compañía femenina. Era un auténtico libro abierto, mostrándoles durante todo el camino, sin ningún pudor, un marcado rasgo de su personalidad. Cada vez que se cruzaba con algún policía, los tendones que tensaban su mentón se inflamaban, y él preguntaba cualquier trivialidad a las chicas, como pavoneándose de su suerte.

Pero lo más insólito era su actitud con las compañeras (mujeres) de trabajo. Se dirigió a cuatro o cinco, con las que se iba







encontrando, y las obsequiaba con frases del estilo de "¡Adiós, tía buena!". "¿Cuándo nos ponemos con lo nuestro, cariño?". "¡A ver cuándo me enseñas lo que hay debajo de ese uniforme, rubia!". "¿Te vendrías conmigo a un balneario?". A todas les clavaba la mirada, girándose si hacía falta, hasta que desaparecían de su vista, ante la estupefacción de Susana e Ivana, que no daban crédito. Susana percibió que Ivana estuvo a punto de decirle algo, abriendo la boca, pero se lo pensó mejor y se lo guardó. Al fin y al cabo, no era asunto suyo, y la mayoría de las "obsequiadas", incomprensiblemente para ellas, se lo tomaban bien y se reían; alguna forzaba una sonrisa irónica, pero ninguna le paró los pies. Era como si, en el fondo, sintieran lástima por Trapus.

Salvo por la falta de cortesía hacia sus acompañantes, el anacrónico Trapus no era nada original. Era el típico "piropero" trasnochado que va diciendo sandeces a todas sus compañeras de trabajo, como si ellas fuesen maniquíes que algún escaparatista ha preparado y decorado para su deleite personal. El grado de elaboración del piropo (o sea, su grado de inspiración) era directamente proporcional a los atributos físicos de la mujer.

Desde la ventana de su despacho, Jorge Nara observaba, pensativo, a las dos mujeres, alejándose de allí. Con sus aros, su pelo rapado, su minifalda y su pintalabios fucsia chillón, Ivana parecía una auténtica zorra. Pero, viéndola de espaldas, su delirante culo seguía siendo el mismo que tanto lo descontrolaba.

Palíndromo:

Para ser prosaico, Susana vino con Ivana, su socia sorpresa "rap"







A DOS para la rapsoda

Villa de Candelaria

Raúl Roque estaba tenso e incómodo. Había insistido en depositar las cenizas de su hermano en un nicho familiar, en Lanzarote, pero, finalmente, Ivana se había salido con la suya gracias a que Ricky Roque había dejado constancia escrita de su voluntad al respecto. Junto a él, Susana contemplaba, anonadada, lo surrealista de la situación.

Se habían desplazado hasta la basílica de la Villa Mariana de Candelaria, lugar de peregrinación y culto a la patrona de Canarias: la Virgen de Candelaria. El templo, continuamente abierto a devotos, peregrinos y turistas, se había visto invadido, en un par de minutos, por una comitiva formada por unas quince o veinte personas, con atuendos totalmente extravagantes a ojos de los extranjeros y feligreses que allí rezaban. Portando la urna cineraria, encabezaban el cortejo la viuda (calva, en minifalda y top), un negro con una gigantesca cadena por collar, y un barbudo y tatuado obeso con ropa militar de faena. El individuo de color llevaba una gorra negra de punto, exactamente igual que la de Ivana, con un deslumbrante dibujo amarillo formando una









cabeza de ajos y unos granos de soja. El otro tenía puesta una gorra verde con visera, una camisilla (que le permitía exhibir una cantidad descomunal de pelo) y pantalones de camuflaje. Susana se fijó en una joven, algo apartada, acompañada por el que parecía ser su novio (este vestido con uniforme de cartero), cuya cara le sonaba vagamente, pero no era capaz de ubicarla. Estaba claro: el séquito era el grupo de rap de Ricky e Ivana, posiblemente aumentado por algún seguidor incondicional y algún familiar eventual.

Hablándole al oído, Raúl le contó a Susana que sus padres, escandalizados por el acto sacrílego que iban a cometer con los restos de su hijo, no habían tenido estómago para venir desde Lanzarote.

Susana se fijó en una esquina de la iglesia desde donde Jorge Nara, intentando no llamar mucho la atención, observaba con todo detalle. Por su rostro, era evidente que su tío estaba igual de atónito que ella. Sin saber por qué, recordó aquel safari al que la llevó su tío, cuando era una niña de apenas siete añitos. En aquella época, Susana estaba muy apenada porque sus periquitos habían muerto, pero el safari le devolvió la alegría. Jorge Nara siempre supo equilibrarle la niñez, compensando, de una manera o de otra, los momentos de tristeza.

De repente, a ritmo de rap, Ivana, el Oso peludo y el Negro, se pusieron a cantar a todo pulmón la canción "Los okupas de la Virgen", la misma que interpretaba Ricky en todas sus actuaciones como una especie de himno.

— ¡Me cago en...! —expresó Jorge Nara, poniéndose rígido y alerta, mientras sonaba la letanía.

Necesito un templo para que escuches mi palique No me importaría ser mujer, una okupa canaria





Mío será el trono de la Virgen de Candelaria

Espero que invadiéndolo me santifique

Acompañando al trío de voces, cinco o seis miembros del grupo percutían al compás los bancos de la iglesia. Jorge Nara patinaba en la indecisión, sin saber si acercarse y poner punto final a aquella profanación del templo. Los turistas no paraban de hacer fotografías del espectáculo; los feligreses no sabían si se trataba de una actuación previamente concertada por la dirección de la basílica. En décimas de segundo y en medio del desconcierto, el trío de raperos se abalanzó sobre la urna funeraria y, a puñados, comenzaron a esparcir todas las cenizas de Ricky Roque sobre la imagen de la Virgen de Candelaria y su trono. También echaron parte de los restos sobre el altar mayor. Una buena multa les iba a costar, con eso ya contaban, pero no les importaba. Era la voluntad de su solista.

- ¡Jooo....der! —gritó Jorge Nara, corriendo hacia la zona del conflicto, dispuesto a acabar con el sacrilegio.
- ¡Tengo que largarme ya! ¡Aquí me conocen, y esto podría costarme el puesto de trabajo! —le susurró Raúl a Susana. La oficina bancaria donde trabajaba el bahá`i estaba en el municipio de Candelaria. Susana lo apremió con un gesto para que se marchara, pero ella quiso quedarse hasta el final. No quería perderse semejante tragicomedia.

Unos cuantos miembros de la procesión cerraron (y frenaron) estratégicamente el paso a Jorge Nara; se notaba que habían previsto y ensayado esta posibilidad. Cuando el inspector, por fin, llegó a la cabeza dirigente, estos ya se dirigían hacia la salida de la basílica. La rapada, antaño becaria en la Universidad de Sevilla, le dirigió una intencionada mirada de triunfo.







En el exterior del templo encendieron un radiocasete y se pusieron a bailar *breakdance* con gran destreza. Susana veía, boquiabierta, cómo Ivana y sus colegas giraban la cabeza en el durísimo suelo de la plaza, con las piernas extendidas al cielo. La muchacha joven (en la que se había fijado en el interior del templo) reía, alborozada, mientras tocaba las palmas. Su novio permanecía al margen, oculto tras ella. Entonces Susana creyó reconocerla. "¿No es esa la pequeña Ale?".

La urna de las cenizas había sido abandonada a su suerte en una esquina, junto a la fuente de la entrada. Había cumplido su función: el contenido se había depositado donde correspondía; el envase, ¿a quién le importaba?

En cuanto a Raúl, se había marchado corriendo, sonrojado. Sus padres habían preferido sonrojarse en Lanzarote, no habían sido capaces de soportar en vivo la irreverencia.

Palíndromo:

Acaso mejor nos sourojemos acá

Aula Veranos, Taco

Jorge Nara y Susana aparcaron delante del enorme caserón antiguo de dos plantas que se erigía, orgulloso, en medio de una zona descampada del barrio de Taco. La alegre pintura exterior, en intensos colores verde oscuro y teja, junto con la arquitectura de la casona, apuntaban a que se trataba de una construcción bastante antigua y que había estado muy deteriorada, pero que,









ahora, había sido objeto de una completa y profunda remodelación. Sin duda se había revaluado gracias al grupo de rap. Sobre la puerta de entrada saludaba un atractivo cartel fucsia con alegre tipografía, donde se podía leer "C.O.L. Aula Veranos".

Jorge se había mostrado inflexible con Ivana. Tenía que entrevistarse con todos los integrantes del grupo *Ajos y Soja*, empezando por los cabecillas. Para reducir tensiones, Ivana había hablado con su amiga para que convenciera a su tío de que le permitiera acompañarlo. Al principio él se opuso enérgicamente, pero la seductora insistencia de su sobrina triunfó, y ella sustituyó a Trapus en el asiento de copiloto de Jorge.

El Centro de Ocio y Ludología (C.O.L.) "Aula Veranos" era un lugar que resultaba bastante acogedor. No así sus dos creadores y gestores (el rapero de color y el gordo de mucho vello), quienes, junto a Ivana, permanecían sentados, sin invitar al inspector a imitarlos. Susana, prudentemente, se quedó en pie tras su tío.

- ¿Y bien? —preguntó Ivana, muy seria, tensando el ambiente.
- Tengo entendido que, tras la muerte del señor Roque, vosotros tres sois los líderes de *Ajos y Soja*. ¿Cuál es su nombre, señor? —preguntó Jorge.
- Soy Rolando García Pulido, pero todos me llaman "Oso Coronel". "Oso" por mi vello corporal, "coronel" por mi ropa de faena. Le agradecería que se dirigiera a mí en estos términos dijo el tipo obeso con cierta sorna.
- Y yo le agradecería seriedad ante las preguntas de un inspector de policía, señor García. ¿Y tú? ¿Cuál es tu nombre?







Susana se removió, nerviosa, ante lo que acababa de oír. También se percató de que Ivana no se había sorprendido, tal vez porque no se había dado cuenta. Pero lo cierto era que Jorge Nara, tras tratar de "usted" a Oso Coronel y exigirle respeto, ahora tuteaba con claro gesto despectivo al muchacho negro.

Lejos de sentirse incómodo, el interrogado se levantó y se puso a cantar y bailar la respuesta, a ritmo de rap:

> Mi nombre completo es José Tomás Ropy Si quieres, en vez de José, llámame Pe-pe-pe Si quieres, en vez de Tomás, llámame Tom-Tom-Tom Elige el nombre que te guste y quédate con él

Mientras pronunciaba las sílabas *Pe-pe-pe* y *Tom-Tom-Tom*, al unísono, Oso Coronel acompañaba con sendos golpes (uno por sílaba) percutidos en un pequeño tambor.

Ante la burla, Jorge Nara perforó a José Tomás Ropy con sus ojos, llenos de odio, durante varios segundos. Luego habló, esbozando una sonrisa cruel.

- Según tengo entendido, tras la muerte del señor Roque, tú pasarás a ocupar su lugar como solista y líder del grupo. Eres el gran beneficiado de esta pantomima de bufones baratos. Muerto Ricky Roque, tú eres la estrella.
 - ¿Qué insinúas, amigo? —respondió José Tomás.
 - Yo no soy tu amigo.
 - Tío, creo que, tal vez... —intervino Susana.
- ¡Calla, Susana! —gritó, a la vez que hacía un enérgico gesto de stop con la mano izquierda, a la voz que intentaba sugerir tras su espalda.



56







- Si soy el principal sospechoso —dijo José Tomás Ropy—, cuando me hagan la ficha policial, puede usted poner bajo la foto de mi perfil el nombre de Pepe. Y bajo la foto de frente escriba Tom. Así no tendrá que elegir nombre para dirigirse a mí.
- Nunca pensé que pudieras rodearte de semejante chusma, Ivana, pero tampoco me sorprende. Quiero los nombres y direcciones de todos y cada uno de los componentes de esta parodia musical, incluidos vosotros tres. Quiero saber dónde puedo localizar, cuando me plazca, a cada uno de vosotros. —La última frase la pronunció mirando intencionadamente a la rapera.

Jorge Nara se dirigió hacia la puerta. Cuando salía, sin siquiera mirarla, dio una orden a su sobrina.

- ¡Vámonos!
- No, tío, prefiero quedarme un rato —contestó ella, con timidez (por el respeto que le tenía a Jorge) pero incómoda.
- Yo en tu lugar me alejaría de los sospechosos de un crimen, sobre todo cuando estos dan respuestas evasivas.

Los cuatro se miraron, incrédulos. Al parecer, este tipo no funcionaba muy bien de la cabeza. Tenían entendido que Ricky había fallecido por intoxicación, pero el inspector sugería algo más serio y, por supuesto, inquietante. De momento, había ido hasta allí solo para meter miedo y dejar claro que volvería.

 Por cierto —continuó desde la puerta, mirando a José Tomás Ropy—. Ya he elegido mi nombre para ti. Te llamaré Negro José Ropy.

Palíndromo:

Avisa veneno, ponen evasiva





12-02-2015 22:32:01



A pesar de la zozobra inoculada por Jorge, tras su marcha, la estancia era mayestática a ojos de Susana. Junto a todo tipo de servicios propios de una ludoteca, local social y guardería (juguetes, televisión, libros de todo tipo, instrumentos musicales, juegos de tablero...), a las tres de la tarde el entorno recibía un extra de belleza a través de dos grandes ventanales laterales: un oculto pero incuestionable sol de enero regalaba a la habitación principal un almibarado reflejo ocre, que podría ser la envidia de la fotografía de cualquier película de Hollywood. En un estante de mampostería, protegidas por unas puertas de cristal, descansaban cinco preciosas tinajas de la altura de un horno de cocina (las cinco de color arcilla pero con matices cromáticos diferentes), a las que la claridad de la tarde obsequiaba con reflejos ámbar brillantes. Al lado de las tinajas, un curioso vaso de cerámica mostraba, impresa, una preciosa fotografía de una puesta de sol en un abrupto paisaje rocoso, tras la imagen de dos grandes aves con las alas formando una especie de letra "N". Junto a la gran sala (destinada a actividades infantiles y juveniles), en la planta baja había también un pequeño cuarto, en apariencia privado (como destinado a reuniones y a asuntos de oficina), otra habitación de lectura, un aseo, una pequeña cocina y un salón de juegos (con una enorme mesa de billar como centro neurálgico). En la planta alta del "COL Aula Veranos" era donde el grupo de rap Ajos y Soja ensayaba. Además, en un pequeño habitáculo, arriba, solía encerrarse Alejandra para perfeccionar sus estudios autodidácticos sobre la elaboración de pasatiempos de todo tipo.







El Centro de Ocio y Ludología era propiedad de dos socios: Negro José Ropy (Pepe, o Tom, para los amigos) y Oso Coronel. El local de ensayo era, pues, solo una parte del "Aula Veranos". El COL debía su nombre a que, tras su inauguración, durante los tres primeros años, solo abría sus puertas al público en verano, ya que, el resto del año, Oso Coronel y Negro José trabajaban en una academia de música. Ahora, con la crisis, trataban de subsistir con lo poco que les generaba la explotación del COL y los aceptables contratos por actuación que conseguía el grupo de rap.

La parte económica, la contabilidad de Ajos y Soja (y también la del "Aula Veranos"), la llevaba Oso Coronel, quien tenía un talento especial para negociar contratos y gestionar gastos e ingresos.

- Así que aquí es donde os reuníais para los ensayos dijo Susana para pasar página al malestar generado por su tío.
- Este es el "COL Aula Veranos", que pertenece a Pepe y a Oso. Os presento a Susana. —Ambos le dirigieron una reverencia con la cabeza, mientras ondeaban la mano derecha—. En la planta de arriba es donde bailamos y armamos el ruido. Si quieres, puedes vernos ensayar esta noche.
 - ¿Esta noche? ¿Después de lo de Ricky vais a...?
- ¿Por qué no? apuntó Oso Coronel . Él lo hubiera aplaudido. Si fuese yo quien la hubiera espichado, el muy cabrito estaría ahora bailando break y bebiendo ginebra boca abajo.
- Sí. *Ajos y Soja* no se detuvo cuando se nos fue un grano de soja, Isaac, y tampoco se va a detener ahora por un diente de ajo —dijo Negro José Ropy.
 - ¿Cómo quieres que te llame? —preguntó Susana.



Palíndromo 1.indd 59







- Elige tú misma. Ivana me llama Pepe. Oso Coronel me llama Tom.
- Bueno, PepeTom... ¿Puedo llamarte así? Quería hacer una pregunta. ¿Por qué el grupo se llama *Ajos y Soja*? ¿Quién le puso el nombre?
 - Fue Ale —se adelantó a contestar Ivana.
- ¿Tu hermana? ¿La pequeña Ale? ¡No me digas que también es una rapera!
- No, solo es nuestra letrista. Y ya no es "la pequeña". Casi todas las letras de los temas son obra suya. Y el nombre del grupo también. ¿Por qué ajos y soja? Verás, el ajo es una cabeza, pero una cabeza llena de dientes. O sea, nos da el ingenio para crear unas canciones con las que podamos morder; un talento corrosivo, si quieres. Y la soja... ¿Sabías que la soja regula los trastornos menopáusicos y fortalece los huesos? En otras palabras, la soja nos aporta una fortaleza tanto psicológica como física. Por eso hemos aguantado tanto en el candelero. Que nos sigan llamando, tras dos años en este mundillo y con esta crisis, es un éxito. ¡Baila conmigo, Susana!

Ivana cogió a Susana de la mano y se puso a bailotear a su alrededor, incomodando a su amiga, quien no sabía si moverse con ella o quedarse expectante, con cara de tonta. Con la misma brusquedad del festivo impulso, la soltó "en medio de la pista de baile" y se fue hacia Oso Coronel (por la espalda), metiéndole mano en los bolsillos delanteros de los pantalones y extrayendo hábilmente un cigarrillo. Negro José le dio fuego y se puso a saborear profundas caladas.

— Además — retomó Ivana—, Ajos y Soja es un palíndromo.







Mientras PepeTom y Oso Coronel se lanzaron al suelo a bailar breakdance (sin ninguna música de acompañamiento), Ivana se acercó a Susana, le pegó la nariz a la suya y la miró a los ojos, concediéndole unos instantes de visión borrosa por la excesiva cercanía. Luego abrió la boca en forma de sonido de "u", y le sopló todo el humo que había retenido. Susana retrocedió, tosiendo. Su amiga era la reina del desconcierto.

- ¿Ajos y Soja es un qué? —preguntó Susana, tratando de volver al tema para sentirse más segura en aquella claustrofóbica jaula de pirados.
- Un palíndromo. Una frase que se lee igual al derecho y al revés —aclaró Ivana.
 - Y eso ¿qué importancia tiene?
- Para nuestra letrista es fundamental. ¿Recuerdas las habilidades de mi padre para los pasatiempos, Susana? De pequeñas nos volvía locas. Tú no soportabas los jeroglíficos y juegos de palabras que nos planteaba. ¡Siempre te escaqueabas cuando aparecía con alguno de sus misteriosos rompecabezas! Pues él era uno de los mayores expertos del país en palíndromos.
- Sí, me acuerdo. ¿Insinúas que la pequeña Ale ha heredado esa insoportable afición?
- No es una afición, Susanita. Es una habilidad. Mi hermana es muy ingeniosa con las palabras. Se dedica profesionalmente a elaborar todo tipo de pasatiempos: anagramas, sopas de letra, crucigramas... ¿Conoces el ocagrama? ¡Lo ha inventado y lo ha patentado ella!
- ¿El ocagrama? ¿Qué es eso? —preguntó Susana, más por educación que por interés. Ella odiaba los pasatiempos, no tenía







paciencia ni sentía atracción por ellos. Al contrario, las personas que "jugaban" con las palabras la ponían muy nerviosa. Le parecía gente poco práctica que se dedicaba a torturar a los demás con conversaciones insustanciales.

- Es el juego de la oca, ya sabes, "de oca a oca" o "de puente a puente", pero resolviendo un crucigrama, específicamente diseñado, a medida que vas lanzando dados y avanzando en el tablero —aclaró Ivana.
- Ya. ¿Cómo está tu madre, Ivana? Tengo entendido que la habéis ingresado en Santa Rita.

A Tita, la madre de Ale e Ivana, le habían detectado una enfermedad rarísima a la edad de treinta y seis años, cuando estaba embarazada de Ale. Si no recordaba mal, Susana creía que se trataba de una degeneración espinocerebelosa a la que, con el tiempo, se le unió una especie de vejez prematura, aunque no tenía claro si ambas (deterioro mental y neurológico) tenían una raíz común o eran dos putadas independientes de la vida. A medida que la lentitud de movimientos, la rigidez articular, las alucinaciones y los delirios fueron agudizándose, su marido y sus hijas fueron gestionando su ingreso en un hogar geriátrico del municipio de Puerto de la Cruz, donde finalmente la acogieron. Aunque, al principio, consiguieron ralentizar la evolución de la enfermedad gracias a su milagrosa respuesta a los tratamientos médicos, ahora, a sus cincuenta y ocho años, Tita no podía valerse por sí misma.

— Vive como un vegetal, pero quien me preocupa es mi padre. Es como un cadáver que se desplaza diariamente de mi casa al geriátrico y regresa de noche. Esa es toda su vida. ¡Creo







que viene Ale! —Ivana miraba por la ventana hacia la parada de autobús que había a unos cien metros.

Algunas personas pensaban que el apelativo de la joven era un diminutivo de "alemana"; otras creían que era un derivado de su nombre, Alejandra. Solo unos pocos (entre ellos Susana) sabían la verdad: Ale era un diminutivo de las dos cosas. Aparte de llamarse Alejandra, había nacido en Berlín, accidentalmente, ya que, por aquel entonces, sus padres habían viajado a Alemania para consultar a un afamado experto de aquel país sobre la recién detectada enfermedad de Tita.

— Hola, Susana. Te vi con Raúl en la ceremonia de mi cuñado —saludó Ale mientras le daba un par de besos—. ¿Es tu novio?

A sus veintidós años, seguía manteniendo un aire de frescura e inocencia infantil, tanto en su aspecto como en sus palabras. Susana teorizaba (para sí misma) que se debía a que el mundo de los pasatiempos era, aparte de una pérdida de tiempo, un mundo irreal que no permitía madurar a quien entraba en él. Podría proporcionarte agilidad mental, de acuerdo, pero te aislaba de la parte tangible de la vida; algo así como una evasión egoísta de los problemas reales. "Que los resuelvan otros, mis problemas son crípticos".

Ale lucía un pelo sedoso, largo y rubio, por media espalda, con las puntas descuidadas. Era una muchacha muy guapa, pero no era responsable de ello. No se pintaba, no se perfumaba, no se preocupaba por su indumentaria ni por resultar más atractiva. Sencillamente, le daba igual. Vivía en un mundo alejado, lleno de horizontales, verticales, palíndromos y anagramas.









- Podría decirse que sí, es mi novio —respondió Susana—.
 Tengo entendido que has seguido los pasos de tu padre.
- Sí, las revistas de pasatiempos suelen publicar todo lo que elaboro. Me siento realizada, no me puedo quejar. ¡Ven! Te enseñaré mi trabajo —dijo, mientras se quitaba su prenda favorita, la capa de color mostaza, y la lanzaba sobre la desvencijada silla de mimbre.

Susana estaba temiendo ese momento. Podría decirle que tenía prisa y salir pitando de aquella "parada de monstruos". Entre la "poesía" del rap, los bailoteos espontáneos, imprevisibles y delirantes (como si fueran antojos), y, ahora, los crucigramas, acabaría el día vomitando. Pero no veía a la pequeña Ale desde que era una niña y le debía, al menos (aunque fuese por cortesía), unos minutos de su tiempo.

Subieron al pequeño refugio de Ale, en la planta alta, y Susana tuvo que contener las arcadas durante más de hora y media. Solo logró concentrarse en lo que le decía Ale sobre *Ajos y Soja*, pues el perfil de la joven no encajaba con los tres trastornados que bebían cerveza en la planta baja del "Aula Veranos".

- ¿Cómo es que estás con esta gente? ¿Por tu hermana?
- Solo compongo las letras, Susana. No bailo ni canto, no salgo al escenario. Y, créeme, me encanta lo que hago.
 - Entonces... ¿no eres una rapera más?
- Digamos que mi hermana y yo somos dos personas diferentes. Ella es una rapera y yo una rapsoda. Yo creo poesía, ella se limita a recitar mis rimas.
- ¿Llamas poesía a alentar a los fans para que te idolatren más que a la Virgen de Candelaria?







- ¡Ja, ja, ja! Esa canción la compuso Ricky. Pero también es poesía. Es una poesía especial, lo sé, pero a mucha gente le gusta. Aunque, como te dije, esto es solo un hobby. Mi pasión son los pasatiempos.
 - Me tengo que ir, Ale. Supongo que nos volveremos a ver.
- ¿No te quedas un rato? Seguramente esnifaremos una raya antes de la hora de apertura del "Aula Veranos". ¿Te apuntas?
 - No, gracias. Yo no... Paso.

¿Quién dijo que su perfil era opuesto al de su hermana? No bailaría rap, pero, a la hora de la coca, coincidían en algo.

Palíndromo:

Sí. Ale la alemana, sus anagramas amargan a Susana, me la aleláis

Dependencias del C.N.P. Santa Cruz de Tenerife

Por más vueltas que le daba, Trapus no lo entendía. ¿Fugu? Jorge Nara parecía menos sorprendido, como si estuviese de vuelta de todo, por muy raro que resultase. El envenenamiento accidental parecía, en principio, descartado. El pez globo no se importaba en la Comunidad Europea. Bruselas tenía prohibida su venta por su alto nivel de toxicidad, ya que, si no se preparaba correctamente, el fugu podía llegar a ser mortal. "¡Que se lo pregunten a Ricky Roque!".





12-02-2015 22:32:02



- Inspector, tengo entendido que la carne de este pez solo se consume en Japón y en algún otro país asiático, como Corea del Sur. Pero aquí...
- Ese es el problema, Trapus. También se prepara en algunos restaurantes norteamericanos, pero no en Europa. Además, solo cocineros expertos, con una licencia especial, pueden vender fugu. El más mínimo error en su preparación puede matar al consumidor. De entrada, hay que eliminar el hígado, la piel y los ovarios, porque son las zonas más tóxicas. La pregunta es: ¿cómo demonios ha llegado el fugu a Tenerife? Y ¿por qué?
- Puede que haya algún club privado de consumidores de fugu. No sé... Creo que en Inglaterra hay un grupo de gourmets que... Un momento, inspector.

Trapus tecleó en el buscador de su ordenador de sobremesa las palabras "Inglaterra" y "fugu". El primer resultado obtenido fue una noticia (fechada en junio de 2011) de "El Comercio.pe", un diario de Perú, que se hacía eco de que "El pez más tóxico del mundo tiene su club de fans en Inglaterra". Jorge Nara miró por encima del hombro de Trapus, negando con la cabeza.

- No, aquí no hay suficiente población e infraestructura para organizar una cosa así. Tenemos muchos tipos raros, capaces de crear asociaciones absurdas como sectas satánicas o, sin ir más lejos, ese grupo de rap. Pero una secta consumidora de veneno japonés es algo muy rebuscado.
- Inspector, ¿por qué está usted tan empeñado en relacionar el posible homicidio con el grupo de rap? Puede haber miles de posibilidades.
- Lo sé, Trapus, por eso tenemos a varios agentes trabajando en ello. Hemos abierto una línea para intentar explicar la







entrada del pez globo. Estamos hablando con grandes restaurantes y cocineros, con agentes aduaneros, con empresas importadoras de pescado... Lo curioso es que, tras la crisis nuclear, las importaciones de Japón son auditadas con lupas de aumento. También tenemos gente investigando la vida del señor Roque al margen del rap. Pero tú y yo nos vamos a centrar en esa pandilla de escoria social, porque mi olfato me dice que los tiros proceden de su apestoso escenario.

- ¿Cómo ha llegado el fugu hasta aquí según su olfato, inspector? —provocó Trapus.
- En un barco. Congelado. ¿Sabías que su veneno, la tetrodotoxina, no desaparece por cocción ni por congelación?

Trapus tenía otra pregunta, pero no le hizo falta hacerla porque, mientras escuchaba a Jorge, iba leyendo en internet toda la información que necesitaba sobre el fugu. Los resultados toxicológicos de la autopsia constituían una novedad en su carrera de policía, pues nunca se había encontrado con un envenenamiento tan extraño. Suponía que Jorge Nara tampoco, pero el inspector siempre trataba de aparentar erudición en cualquier caso investigado. La duda de Trapus consistía en la posibilidad de que Ricky Roque hubiese consumido el fugu en Japón o en otro lugar. Pero la información que estaba leyendo determinaba que la muerte por la ingestión de tetrodotoxina, de producirse, tenía lugar antes de pasar veinticuatro horas. Y ya habían comprobado que Ricky no había salido de la isla en la última semana.

— Por lo que estoy leyendo, inspector, Ricky Roque debió de coger el coche a media tarde tras haber almorzado un buen plato de pescado venenoso. En mitad de la autopista le entraron náuseas, dolores de cabeza y asfixia; sin tiempo para detener el







vehículo, su cuerpo se paraliza, por lo que no puede moverse ni llamar a su novia, que iba dormida. Es consciente de que van a tener un gravísimo accidente, porque el coche avanza sin control. Antes de colisionar, deja de respirar.

- Sí. Tal vez murió tras el impacto, podría ser, pero no como consecuencia de él —reconoció el tío de Susana.
- Insisto, inspector —provocó Trapus con dureza—. ¿Por qué busca enemigos entre sus compañeros?
- Muy fácil. Los jodidos raperos parecen estar celebrando la muerte de su líder con champán. Están tan contentos que apostaría a que más de uno es responsable del asesinato.
- Con todos mis respetos, inspector —replicó Trapus—, yo creo que los raperos se expresan en un argot propio, tanto en sus palabras como en sus actos o en su modo de vida. Ese argot explicaría su comportamiento. Yo diría que lloran a su manera.
 - ¡Ya veremos!

Palíndromo:

O vi tanto gran enemigo, o gimen en argot nativo





PARTE letra P

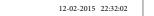






(







Febrero-junio 2012

P de poni

Aula Veranos, Taco

— Si tu tío cree que mi hermano fue asesinado, sus motivos tendrá —señaló Raúl.

Susana miró de reojo a Ivana. Estaban los tres a solas en el "Aula Veranos", tomándose un café caliente recién sacado de una cafetera eléctrica, propiedad de Oso Coronel. Habían transcurrido un par de semanas desde la muerte de Ricky y, al parecer, el tío de Susana no cejaba en su empeño de incriminar al "Negro José Ropy". Era preocupante, porque la presión ejercida por Jorge sobre PepeTom traspasaba la barrera profesional y sugería tintes personales, tal vez racistas. O eso parecía, al menos, y nadie lo entendía. Todos sus compañeros y amigos (incluida Susana, aunque con más reservas por su situación de parentesco) coincidían en que PepeTom debería adoptar medidas legales, a través de un buen abogado, para limitar los excesos del inspector. El problema consistía en que Negro José Ropy era un cachondo y un despreocupado, y nada de lo que le dijera Jorge Nara parecía







ofenderle o alarmarle. Al contrario, la ridiculez del policía le inspiraba mofa, y solía ponerse a bailar rap ante Jorge cuando este lo interrogaba. El inspector, con mucha sangre fría, no perdía los papeles ante esas payasadas, y lo que conseguían las mismas era alimentar y engordar su odio hacia José Tomás. Pero así le gustaban las cosas. Prefería tragarse toda la sal del mundo, con calma, para disfrutar (luego) de la mejor agua del universo. "Negro José podrá ser muy salado, pero a mí me gusta aguantar la sed".

- ¿Quién podría desear su muerte, Ivana? Él está empecinado en vosotros. Tom está siendo acosado por el inspector, pero no creo que él... —insistió Raúl Roque.
 - Isaac —respondió Ivana.
 - ¿Quién es Isaac? preguntó Susana.
 - El novio de Ale —apuntó Raúl.
 - ¿Te atreves a acusar al novio de tu hermana?
- Yo no lo estoy acusando, pero es un hijoputa. No ha dejado de jodernos desde que se fue de *Ajos y Soja*. Sobre todo a Ricky, porque lo consideraba máximo responsable de su marcha.
- O sea, que Isaac estaba en el grupo de rap y ahora no, pero es novio de la letrista —dijo Susana, tratando de ordenar sus ideas.
- ¿Qué importa eso, Susana? No te desvíes del tema. ¡Deberías decirle a tu tío que se centre en interrogar a ese cabrón y que deje en paz de una vez a Pepe!
- Si mi tío me hiciera caso... No podemos entrometernos en su labor profesional.
- ¿Profesional? ¿Tu tío? —se burló Ivana, violentando a un neutral Raúl—. Creo que, si concentrara sus energías en







Isaac, se harían tan amigos que acabarían dándose por el culo. Y a mi hermana no le vendría mal estar un tiempo sin la influencia de ese tocapelotas.

- ¿Qué pasó con Isaac? —preguntó Susana, a quien no le gustaba la conversación que había iniciado su amiga.
- No fue nada importante para nosotros. Lo que pasa es que a él le afectó mucho y siempre está intentando jodernos. Por ejemplo, hace tres meses teníamos apalabrada una actuación en Güimar. Pues resulta que Isaac es primo del concejal de fiestas del municipio y logró sabotearnos el contrato, justo el día antes de la firma. Al final llevaron a un grupo de reggaeton latinoamericano, de segunda fila, que estaba de gira por las islas. Para *Ajos y Soja* fue una auténtica afrenta. Y como esa, muchas más.
 - Vamos, Ivana. Cuéntale por qué dejó el grupo.
- Cuando estábamos empezando, logramos que nos contrataran para hacer una gira por todas las islas, lo que generó nuestros primeros ingresos conjuntos. Con parte de ese dinero compramos un poni.
 - ¿Un poni dices? —se sorprendió Susana.
- Sí, como mascota. Isaac y Libra (que es una "piba" de *Ajos y Soja*) fueron los que más se empeñaron, y lograron salirse con la suya. A Isaac le encantan los animales. ¡Será porque nunca tuvo hermanos pequeños! Los motivos de Libra eran de otra índole, se trataba de un deseo material. Entiéndeme, no es que el poni sea un jarrón de porcelana, sino que su padre es dueño de un club hípico. Para Libra, los caballos y los ponis son como, para ti, pueden ser los adornos tan horteras que tienes encima del aparador del salón; no te ofendas, Susana, pero algunos son horrorosos. Se trata de "artículos" de compañía, o incluso comerciales. ¿Me sigues?







- Pues... No sé si me estoy perdiendo algo. ¿A dónde va a parar esto?
- ¡Mira que eres lenta! Lo que te digo es que, para Isaac, la mascota era un adorable y sentimental caballito, mientras que, para Libra, era un simple amuleto.
- ¿Sabes qué hacían al principio? —interrumpió Raúl—. ¡Sacaban al poni al escenario durante las actuaciones!
- Sí, pero solo cuando actuábamos en algún pueblo cercano a la finca de Isaac. Él era el encargado de albergar y cuidar al animal —recordó Ivana—. Tienes cara de estarte aburriendo, reina.
 - Si vas al grano, tal vez logres divertirme —ironizó Susana.
- Pasamos por algún bache económico y decidimos desprendernos del poni. Isaac se opuso e insistió en que él correría con todos los gastos de mantenimiento del animal. Realmente ya lo estaba haciendo, el muy tonto, porque le daba cama y comida gratis. Nunca pidió un duro a *Ajos y Soja*.
- Entonces... si no generaba gastos.... ¿por qué desprenderse del poni?
- Para venderlo. Ganamos dinero. Isaac se puso como una fiera, sobre todo por la persona a quien se lo vendimos. Eso nunca nos lo perdonó. Lo compró Libra; bueno, más bien su padre, para las cuadras del club hípico.
- ¿Y no fue mejor así, quedándoselo una persona conocida? —preguntó Susana.
- ¡Qué va, el jodido Isaac estaba paranoico! Tenía la idea fija de que Libra y su padre no lo iban a tratar bien, no lo acariciarían y lo tendrían encerrado todo el tiempo. ¿Tú crees que los ponis deben recibir cariñitos, Susana? Yo no lo sé, paso







de eso. Puede que Isaac tuviera razón, pero tampoco era para tanto y él lo tomó como una crueldad extrema. Así que nos mandó a todos a la mierda, sobre todo a nuestro líder por no impedir la venta.

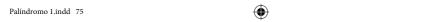
— ¡Vaya! Estaría muy encariñado, ya que el poni era prácticamente suyo. Vivía con él y se lo arrebataron. ¿Por qué no se salió con la suya? Lo tenía en su casa...

Fue Raúl quien contestó esta vez.

- Era propiedad de *Ajos y Soja*. Una vez vendido, legalmente, trató de retrasar la entrega, pero su abogado le aconsejó que lo dejara marchar por las buenas. Isaac se pasó varios días llorando.
- Luego se puso a hacer horas extra en Correos, donde trabaja, y a hacer cáncamos por la tarde, como jardinero, dando clases particulares, cuidando niños... Cuando reunió lo suficiente, fue a hablar con Libra, muy contento, para comprarle el poni. Pero ella y su padre se opusieron. Decidieron que se quedarían con él, por mucho que Isaac les ofreciera. Libra es muy testaruda, y no se olvida de que Isaac le había negado el saludo. Lo ha intentado una y otra vez, pero hasta ahora no ha logrado comprar su pequeño poni. Así que, cada vez que puede, nos hace alguna putadita de las suyas.

Susana concluyó que, si los cogían con pinzas, Isaac podría tener motivos para matar a Ricky, pero sería excesivo, salvo que su amor por los animales fuese más que patológico. Pero, claro, con razonamientos tan forzados como este de Ivana, cualquiera podría ser el asesino.





12-02-2015 22:32:03



— De veras, Ivana, ¿crees que Isaac sería capaz de asesinar a mi hermano para aplacar su sed de venganza? —preguntó Raúl, incrédulo.

— Tal vez.

Palíndromo:

Isaac, al parecer, aplaca así

P de palíndromo, poesía, premonición, pánico

Sur de Tenerife

Aquella tarde de sábado, a punto de encarar el mes de marzo, lucía un generoso sol que parecía retar al invierno, recordándole que pronto llegaría su fin. Alejandra se tomaba su refresco de cola en el pequeño bar de la playa, junto a una ventana. Su capa de color mostaza descansaba en la silla a su izquierda, porque allí, en medio del calor, no la necesitaba. Había ido sola a pasar el día en el sur de la isla, huyendo del frío. Su intención era recuperar inspiración, porque su editor no paraba de llamarla para que le presentara resultados de su trabajo. Hacía semanas que no podía concentrarse, ya que su intimidad en el "Aula Veranos" era continuamente invadida por aquel estúpido inspector de policía, quien debía pensar que el local era un parque y allí llevaba de paseo a su perro: el regordete y salido ayudante llamado Trapus. Isaac había insistido en acompañarla, pero ella le dijo que prefería estar a solas.







La tarde anterior, Ale había tenido una fuerte discusión con su hermana, porque sospechaba que ella estaba detrás del cambio de actitud del repugnante inspector y, finalmente, Ivana lo reconoció. Jorge Nara, de repente, había añadido con descaro una segunda víctima a su absurda lista de sospechosos, y esa víctima no era otro que Isaac. ¿Sospechosos de qué? Es lo que se preguntaban todos. Jorge Nara debía estar loco, porque nadie podía haber asesinado a Ricky. Podrían desear verlo muerto, pero ¿quién iba a atreverse a matarlo con la premeditación de un veneno? El policía seguía cebándose cruelmente con Pepe, pero ahora también acosaba a Isaac. Ivana había utilizado a su amiga, Susana, para que convenciera a su tío de que Isaac merecía ser objeto de sus torturas.

Ale se planteaba constantemente por qué le gustaba su novio, a pesar de las insalvables diferencias de personalidad. Aunque él le llevaba doce años de diferencia, Isaac Parra, mentalmente, podría ser hijo de Alejandra Suárez. A pesar de sus treinta y cuatro años de edad, algunas actitudes suyas reflejaban un miedo irracional a la madurez y al compromiso. Donde se ponía más en evidencia era en el barrio donde trabajaba como cartero. Se trataba de una zona residencial de La Laguna, habitada por personas con un poder adquisitivo medio-alto, donde la sucesión ordenada de parcelas, consistentes en chalet más jardín, hacía recordar un tipo de estructura urbanística muy frecuente en muchas zonas de los Estados Unidos.

A Isaac Parra le gustaba hacerse notar. Cada mañana recorría aquellas calles, subido en la motocicleta amarilla con el símbolo de Correos, pero siempre conducía en dirección contraria, tratando de demostrar que un cartero es (en su barrio) una autoridad, y que una autoridad puede saltarse las normas





12-02-2015 22:32:03



viales cuando el objetivo de su misión lo exija. Su misión, dejar las cartas en el menor tiempo posible, implicaba acortar rutas, atravesando vías paralelas y perpendiculares de la manera más cómoda para él.

Obviamente, para disfrutar de esa intrépida misión, Isaac necesitaba público. Cuando lo tenía (ya fuera una señora en una ventana, un joven entrando en un coche o un operario del ayuntamiento arreglando una acera desconchada), circulaba haciendo caballitos con la moto de reparto. Si tenía la suerte de encontrarse con un coche, de frente, y él viajaba en dirección contraria, aceleraba hacia el automóvil, asegurándose de que su ocupante lo observara, y, en el último instante, giraba bruscamente hacia el borde de la calle, paraba el motor y se colgaba del hombro la saca de cartas, a la vez que se dirigía a los buzones colindantes, silbando y con aires de importancia.

Como consecuencia de su actitud, en aquel barrio, Isaac Parra había cumplido con creces su finalidad, la de no pasar desapercibido. Pero, claro, el precio que había tenido que pagar a cambio era que todo el mundo lo conocía por su merecido apodo, *Ghost Rider*, el motorista fantasma.

La playa estaba abarrotada de gente, sobre todo de ciudadanos centroeuropeos, quienes solían adquirir, durante sus primeros días en las islas, una tonalidad amaranto en la piel como consecuencia de la insolación derivada de su ansiedad por ponerse morenos con los primeros rayos del año. A través de la ventana, Alejandra se fijó, sin saber por qué, en tres niños que corrían entre las rocas que bordeaban la playa por su lado oeste. Tendrían entre diez y trece años. Iban directos hacia un borde rocoso para







lanzarse de cabeza, desde unos dos o tres metros de altura, al agua. En ese instante lo supo. Lo presintió.

Era la segunda vez en la vida que le ocurría. La imagen que iba a presenciar en breve era muy nítida, y a ella le llegaba un par de segundos antes de que ocurriera; por segunda vez en la vida. Sabía que uno de los niños, el del pelo rubio tostado, iba a abrirse la cabeza contra las rocas. Y no podía hacer nada para evitarlo.

La primera experiencia premonitoria había ocurrido hacía muchos años, en el colegio. La profesora empezaba a enfilar el pasillo, pero Ale la vio proyectada hacia el futuro, unos cuantos pasos más adelante. Las baldosas que aún no había pisado ya habían sido marcadas en la cabeza de Alejandra, y la profesora iba a rebasar el aula de Música. Pero nunca la rebasó. La pequeña Ale vio cómo la señorita Loli caía fulminada; posteriormente se enteraría de que había muerto de un infarto. La pesadilla consistía en que, en realidad, la señorita aún no había llegado a la puerta de la clase de Música, le faltaban un par de metros, y Ale no tenía, en aquellos momentos, ninguna duda de que el desplome era real, no era su imaginación quien lo fotografiaba en su mente, sino el propio futuro. Durante los instantes en que su cabeza iba por delante de la realidad, la niña quedó totalmente bloqueada, sin capacidad para articular palabra. Deseaba gritar con fuerza, "¡Deténgase, señorita Loli!", pero no había modo físico ni tiempo de maniobrabilidad. Vivió dos veces la muerte de la profesora: la anticipada y la real.

La pequeña Ale se había asustado mucho, y lo primero que hizo fue contar lo ocurrido a sus padres. Estos no mostraron síntomas de dar veracidad a las inventivas fantasías de una imaginación infantil. Una vecina fisgona, que se había enterado de







todo, le había dicho a Ale que sus poderes los habría heredado de una bisabuela. Pero Ale era muy avispada y sabía que ese argumento no era nada original; seguramente la vecina lo había leído en algún manual esotérico o lo había copiado de la típica "estafasanadora" que trata de justificarse en televisión. Para Ale, si realmente podía ver el futuro inmediato (y de eso no tenía dudas), tendría que deberse a algún proceso cerebral al que el paradigma científico actual no había accedido aún.

Eso sí, no estaba dispuesta a compartir con nadie el secreto de esta capacidad clarividente, porque la tomarían por loca; ella misma lo haría si se tratase de otra persona.

Lo más curioso de todo era que el paso de los años no había hecho dudar a Alejandra sobre la veracidad de aquella premonición. La visión había sido tan nítida que nunca hubo lugar para encajar la posibilidad de haber sufrido una alucinación. Y eso que se consideraba una persona minuciosamente racional y lógica. Así que, si sus dotes videntes eran reales, lo lógico era que alguna otra vez volvieran a aparecer, sin previo aviso. Había llegado ese día.

- ¡Cuidado, niños! —gritó una voz de mujer angustiada, desde la playa.
- ¡Están locos! —se oyó decir a un señor que parecía divertirse con el espectáculo, aunque simulando preocupación.

Dos de los niños que corrían hacia el borde, con exquisita pericia, se lanzaron al vacío haciendo el "salto del ángel" con un estilo muy depurado. El rubio del pelo quemado les había dejado una ligera ventaja para tener totalmente despejada la pista de entrada al infierno. Tras haber tomado impulso, se lanzó hacia las rocas, dispuesto a saltar. Ale lo sufrió dos veces. Faltando un par de metros para llegar al borde, sus pies tropezaron y se enredaron en el suelo, haciendo que su cuerpo se impulsase al vacío de manera







descontrolada. Ante el estupor general de los que miraban hacia allí, el cuerpo del niño cayó de cabeza contra las rocas inferiores de la pared que bajaba inclinada hacia el agua. Rebotó y fue a parar al mar. Decenas de personas se levantaron de sus toallas con las manos en la boca, como si así pudiesen voltear el tiempo.

La gente que había alrededor de Alejandra salió corriendo del bar. Todo el mundo se arremolinaba en la orilla con desconcierto, mientras cuatro o cinco personas ya nadaban hacia el lugar donde había caído el niño y donde sus dos amigos eran presa de sendos ataques de histeria. Una señora, posiblemente su madre, retaba al cielo, dando alaridos de terror.

Ale no se podía mover. Desde la ventana vio la mancha de sangre en el agua, oyó los gritos, compartió la conmoción de los bañistas... Pero su cuerpo, inmóvil, no le respondió, igual que le ocurrió con la señorita Loli. De nuevo había visto la muerte duplicada. Entre ambos momentos, durante las agónicas y eternas décimas de segundo, Ale vio al niño mirándola, con cara de terror. No era el niño vivo (el real, que aún no había llegado al borde) ni el muerto (el anticipado, quien ya había saltado); era el niño intermedio, un muñeco de cera, rígido e inmóvil al borde de la roca pero dando la impresión de que podía cobrar vida de un momento a otro. "¡Aparece! ¡Aparece ya! ¡Salta de una vez!" La ansiedad de Ale imploraba al niño real para que apareciera ya, en la cima, y saltase. No podía gritar para acabar con la pesadilla, algún cable de su cabeza se lo impedía, estrangulándole los impulsos nerviosos encargados de transmitir la orden oportuna. El destino le volvió a demostrar que es inalterable. Alejandra estaba sudando, se desentendió de la realidad y cayó en un estado de shock.

Palíndromo:

De cera parece, debo obedecer, apareced







P de policía

Dependencias del C.N.P. Santa Cruz de Tenerife

Incrédulo, Jorge leyó la noticia en la edición del diario online "Periodista Digital", fechada en veintitrés de febrero. El titular de "http://www.periodistadigital.com/ciencia/mundo animal/2012/02/23/encuentran—el—pez—venenoso—que comen—los—japoneses—en—aguas—de—alicante.shtml" no dejaba lugar a dudas: "Encuentran en Alicante el pez venenoso que comen los japoneses". Por lo visto, el hallazgo en la orilla de Las Rotas (Denia) había llamado bastante la atención de los técnicos de la "Consellería de Infraestructuras, Territorio y Medio Ambiente" de la Generalitat Valenciana. La noticia era de hacía una semana escasa, pero el subinspector Girard (Trapus) la había descubierto casualmente, buscando en internet noticias sobre el pez globo. Después había hecho unas llamadas a Alicante y al "Ministerio de Educación, Cultura y Medio Ambiente", quienes le pusieron sobre la pista de algo todavía más sorprendente, que posteriormente contrastaría con las autoridades portuguesas.

- ¿Fugu en el mediterráneo? Tiene que ser una coincidencia, no vamos a desviar la atención por el hecho de vivir en la era tecnológica. Ahora, a través de internet tenemos acceso a todo, incluso a las casualidades. Estas siempre han existido, lógicamente, solo que ahora la informática nos las encasqueta a la fuerza para confundirnos.
- Aún hay más, inspector. —En ese instante entró una administrativa del cuerpo, que trabajaba en la sección de expedición del DNI—. ¡Hola, guapa! ¿Dónde quedamos esta noche? ¿En tu casa o en la mía?







La agente lo ignoró deliberadamente y le entregó a Jorge unos papeles para que estampara su firma. Luego se marchó.

- ¡Me gusta que me ignores! ¿Es que no lo ves, corazón? Cuanto más seria te pones, más atractiva eres.
- Deja de decir tonterías —cortó Jorge—. ¿Qué más tenemos?
 - Hace unos días han encontrado más fugu.
 - ¿Más fugu? ¡Explícate!
- En Madeira. Es una historia similar a la de Denia, pero la prensa portuguesa no se hizo eco y la noticia no trascendió.

Jorge Nara se quedó mudo de asombro. Los dos hallazgos cambiaban todo, porque la ingestión accidental de fugu cobraba fuerza. Si había llegado a aguas africanas y mediterráneas un banco de peces fuera de su hábitat, se tornaba probable que Ricky Roque pescase algún ejemplar y, sin sospechar el peligro aparejado, se envenenase. Además, el día anterior habían recibido información adicional procedente del análisis toxicológico del rapero. El pez fugu que lo envenenó era fresco, por lo que quedaba descartado que hubiese llegado congelado en un barco. Esa noticia había desconcertado sobremanera a los dos policías, pero el hallazgo de Denia parecía cambiarlo todo. Trapus permanecía sereno, tomándose el quinto café de la mañana, porque a primera hora, cuando se dirigía al trabajo en su coche, había escuchado en la radio una noticia sobre los efectos beneficiosos de la cafeína. Era el quinto café de la mañana y el quinto de su vida.

— Según tú, es posible que el señor Roque fuese de pesca y le tocase la lotería: el único pez globo que pasaba por allí.







- Usted mismo dice que las casualidades existen, inspector. También puede ser que se lo sirvieran en algún lugar, sin saber qué pescado era.
- No, porque sabemos que el señor Roque almorzó ese día en su domicilio. Su mujer estaba trabajando en una casa (donde se quedó a comer) y habló con él por teléfono a la hora de la comida. Hemos comprobado la llamada, Trapus. Según ella, él le comentó que iba a almorzar y que la esperaba para ir al norte por la tarde.
 - ¿Y si mintió? sugirió Trapus.
- ¿Para qué? Ivana no pudo prepararle el pescado, porque no estaba allí. Y si ella no lo envenenó, ¿para qué iba a mentir? Y si lo envenenó ella, ¿por qué no decir que Roque salió a comer fuera y exculparse?
- Entonces solo nos queda que lo pescó y lo ingirió accidentalmente.
- No lo creo, Trapus. He hablado con los raperos y me aseguran que el señor Roque nunca ha usado una caña de pescar. Ni tampoco era de los que compraba pescado en los muelles, directamente a algún pescador. Era muy práctico, lo compraba congelado. Mentira. No lo compraba él, era Ivana la encargada de la compra.

Trapus se rascó la cabeza, tratando de razonar. Si el fugu que lo mató era fresco, la muerte tenía que ser accidental a la fuerza. Nadie podía planificar asesinarlo con un veneno potencial, que tal vez fuesen a encontrar ese día, casualmente, en medio del mar. Añadiendo más interrogantes, como complicación añadida estaba el hecho de que el veneno, la tetrodotoxina, no es







sintetizado por el propio pez globo, sino que lo ingiere con su alimentación, básicamente a través del consumo de *jania rubens*, un alga marina del grupo de las algas rojas (rodófitos) que contiene unas bacterias que constituyen el origen de la tetrodotoxina: las *pseudoalteromonas tetraodonis*. Habría que preguntarse si el fugu, fuera de su hábitat, iba a encontrar el mismo alimento que le permitiese metabolizar el veneno suficiente para llegar a producir la muerte. Trapus hizo una anotación en su agenda: "averiguar si hay *jania rubens* cerca de Canarias".

- ¿Qué salida nos queda, inspector?
- Mi olfato. Y apostaría a que uno de los tres, el Negro, Isaac o el Oso, se lo cargó.

Por supuesto que, si el fugu no estaba congelado, todo se complicaba, iba a ser más difícil empapelar al negro. Pero a Jorge Nara no le importaba esperar, al contrario, se recreaba aumentando su sed de odio hasta hacerla insoportable. Cuando encontrara la solución al rompecabezas, la saciaría.

Palíndromo:

Desoir fugu frio: sed











Supe de TRES, otro por toserte de pus

Aula Veranos, Taco

Trapus supuso, con buen criterio, que Jorge había elegido horario de mañana para otra visita a Negro José Ropy, aprovechando que estaba solo en la casona. Ivana y su hermana estaban haciendo labores (sumergidas) de servicio doméstico en casa de un matrimonio entrado en años que pagaba muy bien. La señora, a quien Trapus había interrogado en una ocasión para averiguar las rutinas de Ivana, despreciaba a la rapera por su provocativo aspecto y por sus amagos de insolencia, pero la muchacha sabía que, en el fondo, esos eran los motivos por los que la contrataba. Fue la avispada Ale, quien acompañaba puntualmente a su hermana cuando el trabajo era excesivo (como el de esa mañana, en que tenían que hacer comida para unos cuantos invitados, amén de las tareas de limpieza), la que lo captó gracias a su intelecto, siempre superior al de las personas de su entorno. Le había hecho ver a Ivana que, a la señora, le gustaba dar órdenes y humillar al servicio, como si añorase otra época que, por desgracia para ella, ya no existía. Así que, Ivana, sin ningún conflicto interior







que amenazase su dignidad, recogiendo el consejo de su hermana, le seguía el juego. Disfrutaba prorrateando en cada jornada malas contestaciones a la mujer; luego la dejaba a ella que despotricara y "se corriese" creyendo que Ivana era su esclava, a la que daba severas lecciones de sumisión.

Trapus había narrado a Jorge, con todo detalle, esta acertada interpretación de la relación entre la rapera y su empleadora, y el inspector parecía disfrutar con interés, sobre todo en la parte relativa al marido de la señora. Según Trapus, el hombre era el que más contento estaba de tener a Ivana en su casa, aunque, posiblemente, le hubiera gustado más tenerla en su cama. Por lo visto (y Trapus había sido testigo directo), el caballero no dejaba de mirarle el culo cuando la tenía de espaldas. Como Ivana usaba una falda muy corta (obligada por la señora a vestir el típico uniforme de chacha), cada vez que se agachaba, el señor no disimulaba su interés y buscaba la posición más cómoda para tratar de verle las bragas. Los días que iban las dos, Ivana y Ale, se le notaba muy alterado, rozando el riesgo cardíaco. A Jorge Nara le había costado imaginar a Ivana vestida de criada, con el pelo rapado y llena de pírsines.

Aunque la apertura al público del "Aula Veranos" era en horario de tarde, Negro José Ropy pasaba todo el día allí. A veces, incluso, se quedaba a dormir, por la noche, en un tentador sofá que destacaba en la habitación de lectura. Podría decirse que aquella era más su casa que la que compartía con su madre.

— ¡Pasad! La puerta está abierta —gritó PepeTom desde su silla, sin soltar el pincel Marta Kolinsky.

Levantó la vista de reojo para descubrir, incómodo pero divertido, al inspector Déspota y su subinspector Ridículo. A Pepe







no le gustaba ninguno, el primero por su repelente y agresivo carácter, y el segundo por aquellos trajes antiguos que lo asemejaban con un orondo policía de una serie televisiva de los años setenta (llamado Frank Cannon), al que había descubierto en una reposición proyectada años después.

Jorge Nara, sin mediar palabra, se acercó directamente a José Tomás para ver qué hacía con los pinceles que portaba. Sobre una lámina, estaba dibujando con acuarelas unos rostros sobrecogedores, con caras angustiosas y dedos como garras. Eran imágenes sin cuerpo, solo caras y dedos. Los seres tortuosos le devolvieron la mirada y Jorge pegó un respingo.

— ¿Qué demonios estás pintando, negro? ¿Son tus parientes?

A Trapus tampoco le gustaban las formas del inspector, pero siempre confiaba en que solo se trataba de una estrategia prediseñada para presionar al señor Ropy, hasta que se derrumbase. Por lo visto, Jorge Nara estaba convencido de que era el asesino (si es que existía algún asesino). Trapus no lo entendía, pero lo achacaba a que, tal vez, el inspector se guardaba alguna información que no compartía con él. El hecho de que el señor Ropy nunca entrase al trapo parecía reforzar la teoría de Nara, pues los asesinos solían esforzarse en mantener la tranquilidad, la sangre fría, para no perder los papeles y delatarse. Si no tuviese nada que ocultar (pensaba Trapus), habría saltado al cuello de Jorge (por pura dignidad) desde la primera visita.

— ¿A qué debo el honor de su agradable visita, inspector? ¿Quiere disfrutar de otra exhibición gratuita del mejor breakdance?







- Mi único interés consiste en lograr que te pudras en la cárcel. Podré tardar más o menos tiempo, pero lo conseguiré. Quiero que repitas todo lo que hiciste el día de la muerte del señor Roque, desde que te levantaste hasta que murió. Tu coartada es muy endeble, así que haz el favor de relatarla de nuevo.
 - ¿Debería contratar a un abogado?
- No es necesario —se precipitó a aclarar Trapus—, nadie le está acusando de nada, solo interrogamos a los amigos de la víctima. Cualquiera es un posible sospechoso.
- Pero con un porcentaje de probabilidad diferente. Según el señor Nara, yo debo ser el que ha comprado más papeletas. ¿Sabe, inspector, que odio el pescado?

Jorge se paseó por toda la planta inferior del "Aula Veranos" mientras Tom relataba, de nuevo, todo lo que recordaba del día del accidente. No estaba escuchando lo que decía, ya lo había oído muchas veces. Además, para eso estaba Trapus tomando notas. Estaba más interesado en buscar algo con lo que poder hacer auténtico daño al negro, pues, hasta ahora, todos sus intentos habían fracasado. Entonces reparó en las cinco jarras, protegidas por una puerta de cristal, dentro de un mueble de mampostería.

- ¿Qué guardáis aquí? —interrumpió Jorge.
- ¿Cómo dice?
- ¡No te hagas el tonto! ¿Qué hay en los jarrones?
- El arma homicida: aroma de pescado. Si lo huele usted, se envenenará.

Jorge Nara abrió la puerta y destapó una de las cinco tinajas. La esencia impregnó todo el Aula.



90



- ¡Cuidado! —PepeTom se levantó como un resorte y le quitó la tapa de las manos—. Estas tinajas son muy valiosas, no las toque sin una orden de registro.
- ¡Tranquilo, señor! Solo queremos saber qué contienen
 --atemperó Trapus, el poli bueno.
 - ¿De veras queréis saberlo?

Trapus afirmó con la cabeza, mirando a Pepe con bondad. Este aceptó la confianza y contó la historia de las tinajas, abriendo su corazón a dos desconocidos, con los ojos mojados de nostalgia.

Cuando era pequeño, José Tomás estuvo trabajando con su padre en el curtido de pieles, en una tenería de Marruecos. Su participación en el proceso era muy limitada, casi testimonial, pero PepeTom se sentía importante en él. Lo que menos le interesaba era la primera fase, la limpieza general de las pieles, en la que se extraía la grasa y el pelo animal. Era en la fase siguiente, la de curtimiento, donde él más aportaba, pero la parte final del proceso, en la que PepeTom se limitaba a ver cómo tinturaban las pieles, lo extasiaba. Su afición actual por la acuarela bien podría tener una relación de parentesco, subconsciente y lejano, con sus vivencias infantiles de "palatables" colores muy olorosos. Los tintes naturales que ahora rebosaban las cinco tinajas no eran más que un recuerdo de su infancia. La esencia que deleitaba su olfato al destapar cada tarro lo impregnaba de sensaciones perdidas, arrastrándolo en un mágico viaje a través del tiempo a las callejuelas por donde correteaba hacia la tenería, acarreando excrementos animales para la industria artesanal, a la que también aportaba su propia orina como un ingrediente más para los tintes (lo que hacía que aquel niño







se sintiera imprescindible). Las tinajas encerraban su niñez y olían a su padre.

— ¿Y qué me dices del vaso que hay junto a las tinajas? — preguntó Jorge.

Dos aves con las alas desplegadas formando la letra "N", delante de un paisaje de rocas al atardecer, en pleno ocaso, decoraban aquel curioso tazón de cerámica. Junto a las tinajas, era lo único que adornaba aquella estantería, por lo que era fácil concluir que se trataba de la sección de recuerdos.

— También es un recuerdo especial. Me lo regaló una novia que tuve pero, como me dejó, no lo uso. Solo se lo permito usar a una persona —aclaró, señalando una foto de su amigo Oso—. Los demás lo tienen prohibido.

Jorge Nara registró en el sector cabrón de su cerebro (que ocupaba casi todo) el extremo valor sentimental de aquellos artículos, sobre todo las tinajas, por si alguna vez pudiera sacar partido de la información. Trapus dio una palmadita en la espalda de un Pepe que, por primera vez, mostraba debilidad. Y eso, según el subinspector, era un avance en el cerco que el inspector estaba construyendo para acorralar a su objetivo.

- ¿Hoy no bailas para mí, negro? —preguntó Jorge, provocativamente, cuando salían.
 - No... Hoy no.

Una vez a solas, PepeTom volvió a recordar a su padre, ya fallecido, del que había aprendido a relativizar cualquier conflicto que pudiera surgirle en la vida, aunque fuese por sorpresa, como el que pretendía generarle aquel odioso inspector que no cesaba de acosarlo una y otra vez. Pero había decidido, interpretando

(lacktriangle)







las enseñanzas de su progenitor, que aquella partida era de un solo jugador, pues él no estaba dispuesto a aceptar el reto.

En el exterior, aún sin arrancar el coche, Trapus y Nara creían haber dado un paso importante, aunque cada uno por una causa diferente.

- ¿Cuál es la estrategia que piensa seguir, inspector?
- Ese negro está obsesionado por la vieja casona; se pasa todo el día en ella, no solo durante la jornada laboral. He investigado en el Registro de la Propiedad y, por lo visto, la construcción estaba tan envejecida que se planteó demolerla, pero ese negro y el "oso" han logrado revaluarla. Y yo, Trapus, me cago en ese "Aula de Veranos", o "Jaula de Marranos", o como se llame; la casona es como el motor que le da cuerda al negro y le produce ese delirante colocón permanente. Si le tocas a alguien su fibra, se derrumba. Te aseguro que, la próxima vez que lo visite, tampoco va a burlarse en mis narices bailándome el rap. Eso ya pasó a la historia.

Palíndromo:

Motor general: la casona revaluada de edad, "Aula Veranos", acallaré negro Tom

Santa Cruz de Tenerife

Acabando el mes de marzo, la policía ya había comunicado a los raperos las principales intrigas de la investigación. Susana había quedado para almorzar, con Ale e Ivana, en casa de esta







93

12-02-2015 22:32:04



última, con el fin de contrastar opiniones y saber a qué atenerse ante los bandazos evidentes de Jorge Nara. Estaban en el tercer piso de un pequeño edificio céntrico, de cuya Comunidad de Propietarios Ivana era la presidenta.

- Tu tío está cada vez más desquiciado, pero lo peor es que es incapaz de resolver o dar carpetazo de una vez a la muerte de Ricky. ¡Me pone enferma! ¿Por qué no se olvida de una vez de todo este asunto?
- ¿Quieres que la muerte de tu marido quede sin vengar? —preguntó Susana, atónita, mientras masticaba un trozo de tomate de su ensalada. Ivana estaba en pie en la cocina, llenando un vaso con agua y cerveza.
 - ¿Qué haces, asquerosa? se quejó Ale al verla.
- ¡Me la suda! ¡Me la suda que te dé asco mi refresco de cebada! ¡Me la suda que sigan investigando sobre Ricky o que dejen de hacerlo!
- No puedo creer lo que estoy oyendo —dijo Susana, columpiando la cabeza en señal de negación.

Sin venir a cuento, la rapera rapada se acercó por la espalda de la silla de Susana y, agarrándola desde atrás, le exprimió enérgicamente los pechos.

- ¿Sabes que siempre me han gustado tus tetas? Un día tienes que dejarme probarlas.
- ¡Joder! —gritó Susana, levantándose de un salto, electrizada.
 - ¿Tú qué opinas, hermanita?







Ivana confiaba en el superior intelecto de Ale, pero sabía que, si un asunto no iba directamente con ella, solo se preocupaba de los crucigramas. Ella misma quería pasar página, así que, con más razón, a su hermana pequeña todo esto le quedaba muy lejano, no era asunto suyo. Su relación con Ricky había sido muy básica: Ale componía versos y Ricky los entonaba. Nada más, apenas se hablaban.

— ¿Yo? Pues... Creo que si la policía sigue investigando después de dos meses es porque hubo un asesinato, no hay vuelta. Sí, tiene que haber sido premeditado.

"La alemana" extrajo su amuleto, la piedra caliza que colgaba de su cadena, y empezó a lamerla, poniendo cara de estar experimentando un orgasmo. Susana no daba crédito a lo que veía, pero recordó esa misma imagen en otra época y en otro contexto. Susana y sus amigas eran unas adolescentes que, con las hormonas totalmente revueltas, charlaban en la plaza de su barrio sobre sus corazones y los primeros escarceos amorosos. El tío Jorge les había comprado unos chupetes y, todas, saboreaban el elixir de cola mientras los colorantes ennegrecían sus lenguas con un color parduzco. La hermanita pequeña de Ivana, que solía acompañarla porque su madre siempre estaba muy enferma, había rehusado el chupete, como siempre, y se dedicaba a chupar una piedra.

- ¿Esa es la misma piedra de...?
- Sí —se apresuró a responder Ivana—, la que lamía de pequeña. Y no te creas que ahí acaba la cosa. Tiene todas las paredes de su casa llenas de manchurrones, porque le gusta pasarles la lengua. ¡Qué asco! ¡Luego se queja de mi cerveza con agua! Mi padre la llevó una vez al médico, cuando tenía ocho o nueve







años, y dijo que, seguramente, tenía falta de calcio, pero el muy inepto ni siquiera le pidió una analítica.

- ¿No es dañino para la salud?
- Sí —respondió Ale, esta vez—, tengo un amigo que estudia Medicina y cree que yo debería estar muerta, o que la lengua se me tendría que haber caído a cachitos. Pero nunca me ha producido irritación, ni problemas respiratorios, ni nada de eso. Los médicos piensan que todas las personas son iguales y que sus libros pueden controlarlas. ¡Tonterías! Yo tengo adicción a la cal, Susana. He crecido comiendo cal y quiero que echen cal sobre mí cuando muera.

Decidió dar por imposible su intento de comprensión de aquellas dos personalidades tan extravagantes, así que volvió al tema inicial.

- ¿Crees que el razonamiento policial es acertado, Ale? preguntó Susana.
 - ¿Qué razonamiento? Yo no sé nada de esto.

En efecto, ella no había escuchado el relato de los pasos que habían dado los policías, estaba totalmente al margen, por lo que Susana se los resumió.

- Dice mi tío que Ricky consumió fugu fresco, pero en Canarias no hay fugu. Y está prohibido.
- Pero su teoría de asesinato parece cogida con pinzas aportó Ivana—, porque han hallado más pescaditos venenosos en otros puntos cercanos. Eso no nos lo ha contado el inspector, el muy hijoputa se lo quería guardar, pero se le escapó a Trapus sin querer. Así que la muerte tuvo que ser accidental.
- ¿Accidental? —la velocidad mental de Ale era prodigiosa—. ¿Cómo llegó el pescado ese a su boca? ¿Se lanzó a la playa de cabeza y se lo tragó sin querer?







Al pronunciar estas palabras se acordó de la premonición que había experimentado hacía unas semanas, y decidió que ya era hora de encerrarse en su mundo.

- Me voy a trabajar, mi editor no para de llamarme. Lo siento, pero no quiero saber nada de este asunto. Tú lo entiendes, Ivana, ¿verdad? Yo también deseo que nos olvidemos todos de Ricky. Es el pasado.
- Claro, Ale. Lo que pasa es que a Susana le gusta que juguemos a los detectives, y yo juego con ella siempre que me lo pide.
 - ¡Estáis como putas cabras!

Susana se levantó y se marchó, dando un portazo. Tras bajar las escaleras y llegar al hall principal, se enfrentó a un personaje, que no había visto al entrar, y que parecía haber nacido para trabajar allí, junto a la loca de su amiga.

- ¡Ostias! —murmuró—. Buenas tardes.
- Buenas tardes, señorita —dijo él, haciendo una desproporcionada reverencia.

Ivana vivía en uno de esos edificios donde el portero iba vestido de Napoleón, tuneado de charreteras, flecos y pompones; no había más que verlo, era un reflejo evidente de la delirante personalidad de la presidenta de la comunidad.

Palíndromo:

Atoran a Susana: rota







Tacoronte

A la salida del Juzgado de Paz de Tacoronte, municipio natal de Susana y, a partir de ahora, su zona de residencia, los cónyuges sonreían a los familiares y amigos que se habían congregado en la Plaza del Cristo. Los padres de Raúl, que no habían "estado a las duras" (durante el esperpéntico "entierro" de Ricky), habían acudido "a la madura" y reflexionada boda de su hijo con Susana. Susana no había sabido hasta hoy, porque Raúl no hablaba de ellos, que sus suegros no eran pareja. Al parecer, llevaban muchísimos años separados, tantos que su hijo casi no recordaba haber convivido con su progenitor.

El mes de abril había consumido casi la mitad de su avance. Tomar la decisión sobre la forma de llevar la ceremonia de unión no fue fácil, y les había costado alguna desagradable discusión. Susana había sido adoctrinada (de pequeña) en la fe católica, mientras que Raúl era un convencido adepto y defensor de la fe bahá`i. Él había tratado de convencerla de que su religión abarcaba a la de ella, por lo que, desde esa óptica de inclusión, el rito bahá'i era el más integrador posible. Susana, por su parte, le intentó hacer ver que ese planteamiento tenía una pretensión de superioridad, porque, dicho en términos matemáticos, la convertía a ella en un subconjunto "Susana" incluido en un superconjunto "Raúl". Además, tampoco estaba dispuesta a casarse por la iglesia católica, la cual le había sido impuesta a la fuerza y ahora renegaba de la misma. Al convencerse de que su postura era innegociable, Raúl claudicó, y finalmente decidieron que solo se casarían por lo civil.

Para delicia de todos los presentes, en la concurrida Plaza del Cristo de Tacoronte se improvisó una informal actuación de







los principales miembros del grupo de rap *Ajos y Soja*. Era todo un lujo observar cómo la calva de Ivana giraba velozmente (los pies al cielo y la falda del revés, revelando sin pudor un ajustadísimo tanga) en las irregulares y pendientes losetas de piedra del duro pavimento.

Oso Coronel, eufórico tras la actuación, tropezó accidentalmente con Jorge Nara, que había acudido con su perro Trapus, y se atrevió a hacerle un comentario de mal gusto.

- Hola, inspector. Tenía entendido que los inspectores están todo el día en la oficina mientras sus subalternos hacen el trabajo sucio.
- Hoy puedes estar tranquilo. No estoy de servicio, vengo a ver cómo se casa mi sobrina.

Jorge vestía una indumentaria impecable, estrenada para la ocasión. Si no fuera por la edad, podría pasar por el novio. También acudieron los padres de Susana, muy introvertidos ambos, quienes se mantuvieron en un discreto segundo plano. Sandra, la madre, se parecía muchísimo a su hermano, Jorge Nara, era como su versión femenina, y generó muchos comentarios corrosivos entre los raperos.

En una zona de la plaza, haciendo piña y formando un compacto grupo invulnerable, estaba la comunidad bahá'i. Muy respetuosos, todos y cada uno de ellos felicitaron a la pareja de recién casados, deseándoles todo tipo de buenaventuras y sugiriéndoles el cumplimiento de diferentes preceptos prediseñados en algún testamento. Mirando hacia el grupo y en voz baja, Jorge Nara pidió a Trapus que anotara en su cuaderno, textualmente, "investigar al entorno bahá'i". Trapus supuso que, si bien Nara descartaba a Raúl como uno de los principales sospechosos de la muerte de su hermano (porque no había un móvil conocido),







el inspector era un auténtico paranoico con todo tipo de grupos consolidados, por lo que, seguramente, sus circuitos mentales estarían buscando paralelismos asociativos entre los raperos y los bahá`i. Según Trapus, las ideas fijas y obsesivas de Jorge Nara eran las responsables de que la investigación no avanzase lo más mínimo. Daba la impresión de que era eso lo que deseaba el inspector.

- ¿De qué van estos, Trapus?
- Pues... creo que defienden que Dios va pautando su mensaje con un cuentagotas.

Por primera vez, el inspector parecía dudar, ya no se mostraba tan contundente en su objetivo. Tal vez ahora, al tener concentradas a todas las víctimas de su odio en una misma plaza, escucharía las sugerencias de Trapus, quien intentaba convencer al sordo Nara del error en su empecinamiento por perseguir a los raperos y, a partir de este momento, a la comunidad bahá`i.

Palíndromo:

Odio agrupado boda, purga oído

Club Hípico El Refugio, La Laguna

Cuando la patrulla de intervención rápida de la Policía Municipal de La Laguna estaba de camino hacia el "Club Hípico El Refugio", en las afueras del municipio, alertada por unos excursionistas ante lo que parecían ser unos gritos de mujer pidiendo ayuda, el sargento Rodríguez recordó una circular interna; una circular que exigía la comunicación inmediata al Cuerpo Nacional de Policía de cualquier incidente relacionado con el club







hípico, ya que este estaba siendo objeto de una sigilosa investigación policial. Así que estaban obligados a esperar instrucciones antes de actuar.

A Rodríguez no le gustaron las órdenes que recibió por radio: tenían que esperar en el exterior del club hasta que se personasen los miembros de la Policía Nacional.

— ¡Jodidos maderos! —refunfuñó, mirando a su compañera de unidad—. ¿Y si están matando a alguien mientras esperamos con los brazos cruzados?

Sobre las cinco de la tarde, hora oficial a la que tendría que abrir sus puertas el club hípico en el turno vespertino, llegó el inspector de policía Jorge Nara junto con su inseparable subinspector Marcelo Girard, alias Trapus. Lo que encontraron allí los dejó perplejos. En mitad de un amplísimo pasillo, situado en un recinto interior destinado a caballos pura sangre, yacía sin vida la joven que había sido estrangulada. A sus veinticuatro años, Libra, una de las raperas de *Ajos y Soja*, había encontrado la muerte de forma prematura, y estaba siendo fotografiada por el equipo forense hasta allí desplazado. Alrededor de la víctima "fermentaba" un enorme charco de vómito.

Por fuera, en un patio de cuadras, estaba sentado sobre el borde de un abrevadero (vigilado por dos policías municipales) el presunto asesino, que no había tenido tiempo para abandonar la escena del crimen. Jorge se le acercó y, con paciencia premeditada, sacó un cigarrillo del bolsillo y se lo llevó a la boca. Hizo un amago de dirigirse a Isaac, pero, tras hacer con el dedo una señal de "espere un momento", pidió fuego a uno de los policías que retenían al ex rapero. Dado que ninguno de ellos fumaba, el inspector abandonó lentamente el patio.









Isaac era presa de un ataque de nervios. Sabía que el policía estaba jugando con él para generarle ansiedad. Pasaron dos o tres minutos hasta que volvió.

— Bien, bien, bien. Isaac Parra, ¿verdad?

Trapus se acercó y sacó su cuaderno de notas. Se percató de que Isaac estaba totalmente destrozado. Verse pillado en el lugar donde había cometido el crimen, sin haber tenido siquiera la oportunidad de huir unos metros, podía ser un error de principiante o un golpe de mala suerte. Debía ser esto último, porque había sido casual la presencia de excursionistas en las inmediaciones del club. Probablemente, el asesino se habría quedado a limpiar todas sus huellas y se había visto sorprendido por la policía, sin capacidad de reacción.

- No hablaré si no es en presencia de un abogado.
- ¿Crees que un abogado te va a sacar de esta? Dime, ¿asesinaste también al señor Roque? ¿Cómo lo hiciste?
 - No hablaré sin un abogado —repetía una y otra vez.
- Si me cuentas por qué la asesinaste, tal vez pueda entenderlo y echarte una mano ante el juez. ¿Se trata de venganza? ¿Del poni?

Ambos notaron que habían tocado la tecla adecuada. Isaac se descompuso más de lo que estaba y volvió a vomitar. Echó la bilis, porque ya no le quedaba nada en el estómago.

— Me han dicho que has vomitado junto al cadáver. ¿Qué es esto? ¿Una especie de ritual satánico? ¿Quieres ultrajar el cadáver? —acosó Jorge.







Isaac era incapaz de resistir el interrogatorio. La imagen de Libra agonizando lo volvió a torturar, y expelió más líquido biliar.

- Tómate tu tiempo, no tenemos prisa, ¿verdad, Trapus?
- No hablaré... sin un abogado... —dijo, tratando de contener las arcadas.

Trapus sabía que el caso estaba cerrado. Isaac había asesinado a los dos principales actores de la canallada cometida con el poni. Ambos, vendedor y compradora, habían sido sus amigos, pero lo habían traicionado. Quedaban algunos flecos sueltos, como la forma de ingestión del pez globo, pero, tarde o temprano, Isaac tendría que dar explicaciones al respecto. Por su parte, Jorge Nara no parecía conformarse con dar por finalizada su labor: su comentario, tras alejar a los policías municipales del lugar de interrogatorio con un vano pretexto, desarmó al subinspector.

- Escucha, Isaac. —El inspector utilizó el tuteo, tratando de crear complicidad—. Sabemos que tú no estás solo en esto, así que te propongo un trato. Le diremos al juez que has colaborado con nosotros. Incluso lo convenceremos de que no fuiste tú quien le apretó el cuello a la chica, sino tu cómplice. Dinos que el negro lo planeó todo y tu condena se verá sustancialmente reducida, te doy mi palabra.
 - Pero... —se le escapó a Trapus.
 - ¡Shhh! —ordenó Nara—. ¿Qué me dices, Isaac?

La cara de Isaac Parra era de auténtico pavor, porque quedaba claro que aquel inspector de policía estaba totalmente loco. Sintió nuevas náuseas y se llevó la mano a la boca para frenarlas.







Trapus también entendió que Jorge no iba a permitir que las evidencias truncasen su cacería personal. Negro José Ropy pagaría por los crímenes, tanto si los había cometido él como si no.

Un agente de la Policía Nacional salió al patio y, acercándose a Jorge, le susurró algo al oído. El inspector asintió, pensativo, y el policía se marchó.

— Lo sabemos todo. Es tu última oportunidad para hablar, Isaac. Si no lo haces ya, no habrá trato. Tú decides.

El novio de Ale estudió el rígido rostro del inspector. Tras unos instantes de duda, habló.

- A usted le da igual quién es el asesino. Solo quiere encerrar a Tom. Así que, aunque le diga la verdad, si no es eso lo que quiere oír, no se va a conformar. ¿Me equivoco?
- Inténtalo. Si me convences, te aseguro que me olvidaré de Negro José Ropy.
- He venido aquí y me he encontrado con el cuerpo de Libra. Cuando llegué, todavía respiraba, tirada en el suelo mientras sufría y se extinguía. Al acercarme no me pude contener. Vomité tanto, una y otra vez, que, al final, solo echaba la bilis. Entonces escuché el ruido. Estaba detrás de mí, dentro de las cuadras, justo tras la puerta que había a mi espalda. Yo estaba agachado, largándola.
 - ¿De qué está usted hablando? —preguntó Trapus.
- Del asesino. Seguramente la estaba estrangulando cuando yo llegué y tuvo que esconderse antes de terminar. Por eso la encontré con vida.
- ¿Qué hiciste? —preguntó Jorge, para ver si Isaac se contradecía en esta infantil historieta que estaba improvisando.







- Me levanté y fui corriendo hacia el patio, muerto de miedo. Cuando estaba fuera, oí unos pasos y me quedé petrificado. No sabía si se acercaban, para matarme, o si se alejaban, huyendo. Por suerte para mí, cada vez sonaron más lejos. Entonces me senté en el suelo, temblando, sin atreverme a entrar al pasillo, que es la única salida de este patio. Hasta que llegó la policía.
 - ¿Eso es todo? preguntó Nara.
 - Sí.
- ¿Tú lo creerías si alguien te lo relatara así? Seguro que tú mismo eres consciente de que tu inventiva es muy simplona. Pero voy a seguirte el juego. Tengo un par de preguntas. Primera, ¿cómo entraste en el club hípico en horario de cierre?
- Por una puerta lateral, en el lado oeste. Estaba abierta, pueden comprobarlo.
- Lo haremos. ¿Por qué el asesino huyó y no te mató a ti también? Salvo que seas tú mismo, claro.
- No puedo responder a eso. Pero se me ocurre una posibilidad: para incriminarme.
- Ya. La pregunta más importante. ¿A qué ha venido hoy al club hípico, señor Parra?

Isaac se bloqueó, aislándose de nuevo. Esa era la pregunta que no estaba dispuesto a responder aún, porque, tal vez, todavía tendría ocasión de revertir la gigantesca pista que lo llevaría a la cárcel; aunque no lo creía muy probable.

— Solo hablaré en presencia del abogado.







Pero ellos ya lo sabían. Isaac lo había intuido cuando aquel policía se había chivado al oído del inspector. Era demasiado tarde.

— De acuerdo, tú lo has querido así. Sabemos a qué has venido. Hemos encontrado al poni en tu finca. Primero lo robaste, porque sabías que, después del crimen, se precintaría el club y no podrías hacerlo. Luego volviste y la mataste, porque ella te lo había quitado a ti.

Trapus se sorprendió, ya que se estaba enterando ahora de la noticia. Al inspector no le quedaba ninguna bala en la recámara para incriminar al señor Ropy, y eso lo iba a poner furioso. Pero la imaginación de Nara era desbordante y nunca se rendía.

- ¿Qué pinta Negro José en todo esto? Sabemos que lo del fugu es cosa suya. ¿Se repartieron los crímenes? Tú asesinaste a Libra y él se cargó al señor Roque.
- ¿De qué está hablando? ¿Qué es eso del fugu? ¡No entiendo la mitad de las cosas que dice, está usted desvariando! ¿Pretende confundirme a base de decir sandeces? —Isaac parecía harto ante el desarrollo de los acontecimientos.

El novio de Alejandra se echó a llorar. Trapus no sabía si estaba arrepentido, fingiendo, o confundido por la presión y el shock emocional.

- Lo del poni y por qué estoy aquí tiene una explicación —contó Isaac—, pero es imposible que la crean. Yo no la creería, pero tengo claro que alguien quiere inculparme.
 - Explícate.
- ¡Debería creerme, inspector! —dijo en tono de burla—. Porque si me cree, podrá seguir acosando a Tom. A mediodía,



106







al llegar a mi finca, me he encontrado con la sorpresa del poni. Alguien lo dejó allí.

- ¿Alguien lo dejó allí? —Nara no parecía disfrutar, pues el relato era propio de un niño en edad escolar.
- Verá, inspector, desde hace tiempo estoy haciendo lo posible por hacerme con ese poni. Libra y su padre nunca lo trataron bien; por lo menos, no como lo trataba yo. Hace unos meses que su padre murió, por lo que Libra es... Era... la dueña de "El Refugio". Por lo visto, sin la presión de su padre, Libra había decidido sacar el poni al mercado, ya sabe, venderlo, porque no lo necesitaba, y el dinero no le vendría mal. Cuando me enteré, me sentí totalmente sofocado, sin poder dormir por las noches.
 - ¿Por qué? —interrumpió Trapus.
- La noticia me produjo auténtica ansiedad. Por un lado, si Libra lo vendía, no lo volvería a ver jamás. Pero, por otra parte, yo podría optar a la compra del poni. Para ello tendría que ir con mucho tacto, porque Libra y yo hacía un par de años que no nos hablábamos. Así que me presenté en su casa con una oferta y un enorme ramo de flores.
- ¿Un ramo de flores? ¿Sabe tu novia todo esto? —preguntó el agudo inspector.
- No. La propia ansiedad me reprimía, no quería decir nada a nadie hasta tener un trato de compra cerrado.
- Bien, no tengo por qué dudar de ti. El hecho de que luchases por ese poni, en todo caso, te perjudicaría en vez de beneficiarte en tu defensa. Continúa.

Las puyas de Jorge trataban de conseguir nuevas contradicciones, pero todo el cuento parecía un auténtico sinsentido.







- Libra se negó rotundamente a vendérmelo a mí. Antes prefería regalarlo. Su rencor, por haberle retirado el habla hace dos años, era patológico. Cogió las flores, mirándome a los ojos con una sonrisa, y, sin borrarla ni dejar de mirarme, las dejó caer al suelo, aplastándolas con sus enormes zapatillas rojas de andar por casa. Yo no me rendí. La llamé por teléfono varias veces. ¡Eso se puede comprobar!, ¿verdad? Le hice ofertas de compra una y otra vez. Hasta que llegué hoy a casa y encontré al poni. Mis plegarias se habían cumplido, tenía pensado ir mañana a ver a Ricky a su templo; bueno, a la Virgen de Candelaria. Estaba dispuesto a hacer las paces con él y con la Virgen.
- Sí, deberías hacerlo, aunque tal vez no puedas, porque te vamos a llevar a un hotelito con tantas comodidades que no creo que te apetezca salir. Pero debes agradecerles el milagro que han hecho desde el más allá. ¿O tal vez no haya sido un milagro? Puede que el poni te echara de menos y huyera del club hípico, porque sabía que lo querían vender, buscando refugio en tu casa.
- Sé que es increíble, inspector, soy consciente. Pero es la verdad. Tengo una teoría, que sería la misma que usted esbozaría si barajara mi versión. Consiste en que alguien, el asesino, compró el poni. O lo robó, no lo sé. Lo llevó a mi finca para incriminarme, luego fue al club y asesinó a Libra. Si compró el animal, existirá un documento de compra, aunque supongo que se habrá deshecho de él.
- Te falta responder a una pregunta. ¿Para qué fuiste al club?
- Para dar las gracias a Libra. Al encontrar el poni, supuse que ella, finalmente, había accedido a mi oferta.
- Quedas detenido como principal sospechoso del asesinato de Libra... ¿Cómo se apellida? ¡Bueno, es igual! Te diré lo que yo









creo. Libra había colocado el poni en el mercado y tú lo has sacado de él por la fuerza. Ese es tu móvil. ¿Acaso te tirabas a ese burro?

Palíndromo:

Si Libra coloca ese poni, se saca así, e Isaac asesino pese a colocar bilis

Tacoronte

Susana necesitaba hablar con ella para averiguar por qué el grupo de rap dificultaba la labor policial y por qué mantenía una excesiva actitud hostil hacia "tío Jorge". Por eso, aprovechando que Raúl estaría dos días en Madrid, en una reunión de trabajo, la había invitado a merendar.

- Creo que tu intención es que colaboremos con Jorge porque él te lo ha pedido —razonó Ivana—. ¿No te das cuenta de que te utiliza para acceder a nosotros?
- Puede ser, pero no me negarás que todos vosotros adoptáis un rechazo visceral a una seria investigación policial —se defendió Susana.
- ¿Seria? ¡Estás flipada! Isaac está en la cárcel desde hace casi un mes. ¿Qué más quiere? ¿A dónde quiere ir a parar tu tío? Va a por Pepe, y tú lo sabes.
- Si va a por él será porque tendrá indicios de algo. Sabes que no me gustan los términos en que se dirige a PepeTom, y yo creo que es inocente, no tiene pinta de ser un asesino. Reconozco que es excesivo dirigirse a él como Negro José Ropy, es una falta de respeto, pero supongo que lo hará para presionarlo hasta







que se derrumbe. La labor policial tiene que recurrir, a veces, a este tipo de artimañas.

— ¿Artimañas? ¿Falta de respeto? Pero... Susana, ¿es que no lo ves? ¡Eres tonta de remate! ¡Esto es racismo!

Susana encajó con calma la queja de Ivana, ya que la estaba esperando. La rapera se había descontrolado porque su amigo estaba siendo acosado abusivamente. No podía aplaudir la actitud de su tío, por supuesto, pero entendía que tendría que haber algo desconocido que explicase (aunque no justificase) su agresividad hacia PepeTom.

- Además continuó Ivana—, ¿tú crees que Isaac tiene un cómplice?
- Lo que dice la policía no es eso, Ivana. Hay suficientes indicios para creer que Isaac mató a Libra, supongo que ninguno de vosotros lo duda, salvo tu hermana, claro. Pero su coartada en el envenenamiento de Ricky parece irrefutable. Mi tío dice que estuvo cuatro días en La Palma, visitando la Caldera de Taburiente. Regresó la misma tarde del accidente.
 - Si es que el envenenamiento no fue casual, Susana.
 - Todo parece indicar que fue asesinado.

Hubo un prolongado silencio que hizo reflexionar a las dos mujeres sobre las circunstancias que las habían llevado hasta aquella situación. Fue Susana quien lo rompió.

- Te tengo que hacer una pregunta personal. Y esto es cosa mía, no de mi tío. ¿Qué problema tienes con él?
 - ¿Qué quieres decir?
- Tu actitud hacia Jorge es mucho más agresiva que la de cualquier otro rapero, y tú ya lo conocías. Estas cosas se notan,





Ivana, no puedes engañarme. Si hay algo personal entre mi tío y tú, deberías exponerlo porque, tal vez, él no sea la persona más indicada para investigar la muerte de tu marido.

Ivana se levantó del moteado sillón en que había permanecido desde el principio de la conversación. Echó un rápido vistazo a los adornos horteras que personalizaban la casa de Susana. Su amiga, no solo tenía el gusto en el culo para la decoración, también era muy simple razonando, tal vez porque no tuvo la suerte de ir a la universidad y ella sí, así que sería cruel por su parte tenérselo en cuenta. La formulación que le estaba haciendo era del tipo "si estáis mosqueados por alguna trivialidad, hacéis las paces y listos; quiero buen rollito entre mi amiga y mi tío". Era como una sutil celestina tratando de que todo lo que había a su alrededor funcionase como un reloj, para que su propia vida fuese más armónica. Pero tenía derecho a saber la verdad, para eso había preguntado. Aunque había cosas que tendrían que esperar, o que jamás contaría. ¿Qué ganaría Susana con saberlo? "De acuerdo, Susana, te daré la verdad, pero solamente una mínima dosis. No creo que estés preparada para asumir el resto". Antes de hablar, Ivana pasó sus dedos, suavemente, por los granos que embellecían el rostro de su amiga, y la obsequió con una amplia sonrisa, como un consuelo paliativo antepuesto para mitigar la dura información que le iba a hacer digerir.

— De acuerdo, Susanita, tú lo has querido. Como sabes, en el año noventa y ocho me fui a estudiar a Sevilla. Allí trabajé como becaria y, finalmente, me licencié en Bellas Artes. Posteriormente me trasladé a Motril con Ricky. Ambos trabajamos en la Conservación del Patrimonio Industrial y Tecnológico. Para no cansarte con muchos detalles, básicamente rehabilitábamos antiguas fábricas de azúcar.







- O me estoy perdiendo o tratas de ganar tiempo. ¿Qué tiene que ver tu vida de estudiante con mi pregunta?
- Ten paciencia. Volví a Canarias hace dos años, o sea que llevo doce años fuera. En la Facultad de Bellas Artes coincidí con un chico de origen marroquí, llamado Kadim, que era un encanto. Había vivido en Sevilla desde pequeño, y siempre estuvo interesado por el arte, sobre todo por la Arquitectura. Kadim soñaba que algún día, cuando se licenciase, contribuiría con sus conocimientos a modificar el diseño arquitectónico de algunas ciudades que, según él, estaban cayendo en una excesiva occidentalización. Lo que más me gustaba de él era su ilusión, sus ganas de vivir. Tenía una visión contracultural gracias a la doble perspectiva de su procedencia y su residencia. Por eso me lo follaba casi todas las noches al terminar de estudiar juntos en la biblioteca.
 - ¿Era tu novio, Ivana?
- No, solo follábamos. Me gustaba cómo era, pero no es que estuviera enamorada de él. Lo de Ricky fue mucho más intenso. Eso creo, por lo menos.

Susana empezaba a perder la serenidad. La pasada vida sentimental de Ivana, a pesar de ser su amiga, no le interesaba en este momento. Ivana se dio cuenta de que tenía que ir al grano.

- ¿Sabes dónde ha estado Jorge Nara todo este tiempo?
- Sí, me ha dicho que llevaba años trabajando en Almería
 contestó Susana.
- En concreto, en El Ejido. Resulta que el municipio de Motril está situado a unos setenta y cinco kilómetros de El Ejido, una hora de coche, más o menos. De alguna manera, tu tío y







yo éramos casi vecinos. No de barrio, sino de pueblo, y me enteré de cosas que hizo, que no te van a gustar.

- Tu vida en Motril fue después de terminar la carrera. ¿Qué tiene eso que ver con tus polvos de estudiante?
- Kadim y yo seguimos siendo muy amigos, más íntimos que Ricky y yo. Por si tu calenturienta mente se lo está preguntando, seguíamos follando aun estando casada.
- No me lo estaba preguntando, me lo imaginaba. Cuando almorzamos en casa de Raúl, te explayaste presumiendo de tu ausencia de conflictos sexuales —recordó Susana—. Continúa, por favor.
- Empezaré por el principio, contándote cosas de las que me enteré posteriormente atando cabos y oyendo testimonios. En el año 2000, tu tío participó en una vergonzosa inhibición policial por parte de un grupo de miembros de las fuerzas de seguridad, encargadas de mantener el orden ante las revueltas xenófobas de febrero, en El Ejido. ¿Recuerdas los hechos?
 - Sí, salió en todas las noticias.

Cuando ocurrieron aquellos incidentes, Susana tenía diecinueve años. Recordaba estar almorzando en su casa cuando la noticia salió por televisión. Su madre había comentado, nerviosa, que Jorge estaba en medio del conflicto. Si su memoria no le fallaba, hasta lo había identificado en televisión al ser enfocado por las cámaras durante breves segundos. Según Susana, la pasividad policial a la que hacía referencia Ivana no era más que un punto de vista parcial. Si hubieran llegado a actuar con contundencia, podrían ser igualmente criticados por ello. El conflicto había comenzado cuando un inmigrante de origen marroquí, con problemas mentales, mató a una mujer. Entonces, el pueblo









(una parte, claro) se había convertido en la anti-Fuenteovejuna de Lope de Vega, porque no era un levantamiento contra el poder, sino contra el oprimido. Hubieron muchas críticas a la política local (e incluso al Ministro del Interior) por fomentar la segregación de la población inmigrante.

- La Asociación de Trabajadores Marroquíes en España declaró "cómplices de la violencia" a la policía y al Gobierno, por su pasividad. Kadim no era un inmigrante, estaba empadronado en Sevilla y estudiaba en la universidad, pero era un idealista, y tomó aquella noticia como si fuese su guerra. Tenía muchos amigos marroquíes en los alrededores, incluso en El Ejido. Me contaba que, a aquellos muchachos, muchos descerebrados les gritaban por las calles "moros fuera de España", y los agredían. Tu tío estaba allí y no hizo nada.
 - ¿No hubiera sido peor "hacer algo"?
- Lo peor fue "hacer algo" en 2009, porque entonces sí que hubo carga policial, pero contra los inmigrantes. Me consta que Jorge Nara disfrutó en 2000 mientras el grupo de xenófobos increpaba y agredía a los marroquíes, y en 2009 disfrutó dando porrazos a todo morito que se le cruzaba en su camino. Si ahora tuviera en la mano aquella porra que portaba en la policía anti-disturbios, la descargaría con todas sus fuerzas contra la espalda de Pepe, una y otra vez. ¡Tu tío es un maldito cabrón!

Tras el grito final, Ivana se echó a llorar. A Susana le sorprendió ver derrumbada a su siempre alegre y divertida amiga. No había que ser muy lista para saber qué le pasaba.

- Tu amigo estaba allí, ¿verdad?
- Esa vez sí. Aunque vivía en Sevilla, tenía una novia en El Ejido desde hacía un año. El mismo día de la actuación policial,







en un callejón poco transitado, Kadim y tres amigos suyos salieron de la casa de uno de ellos. Jorge Nara los esperaba. Estaba solo y, con una violencia descomunal, sin dejarlos reaccionar, se dedicó a repartir brutales porrazos a los cuatro.

- ¡Caramba!
- Al día siguiente, Kadim vino a Motril. Tenía varias costillas rotas, y le impedían respirar en condiciones. Creo que le faltaban tres dientes, no recuerdo el número exacto. Tosía mucho, como si sus pulmones estuviesen enviando señales de socorro. Cuando estaba hablando conmigo, no paraba de toser y toser. Me tosió encima, era pus lo que echaba. Pero lo que tengo grabado a fuego eran sus temblores y su llanto; parecía un niño desvalido, pobrecito mío.
- ¿Quieres hacerme creer que mi tío se dedicaba a golpear a todos los inmigrantes, sin ningún motivo?
- A todos, no lo sé. Yo supe de tres, por referencias, y a un cuarto le vi las secuelas. Duró un par de semanas, Susana. Kadim murió en un hospital de Sevilla, porque sus pulmones no resistieron.
 - Pero... ¿qué pasó con Jorge?
- Nadie supo nada, nadie denunció. Los tres amigos fueron cobardes, supongo, yo nunca los conocí. El propio Kadim creía que los policías eran intocables, y denunciarlos supondría venganza contra sus familiares y amigos.
 - ¿Y tú?
- ¿Yo? ¿Quién me iba a creer? ¡Ni siquiera fui testigo, no podía probarlo!





Sentadas en un sofá, permanecieron en silencio varios minutos. Ivana apoyó la cabeza en el hombro izquierdo de Susana y logró relajarse, hasta quedarse traspuesta. Susana la recostó en un cojín y la tapó con una manta, mientras le acariciaba la calva. Si Ivana contaba la verdad (o mejor, si a Ivana le habían contado la verdad) ahora entendía la actitud delirante de su tío.

Palíndromo:

U por eso Jorge Nara mal le llamara Negro José Ropy







Al amainar, CUATRO pasos aporta Ucrania mala

Océano Índico, LS 14° - LE 63°

El oficial encargado de las comunicaciones del *Lyaksandra*, Yuriy Drach, comunicó la noticia a Doroshko, el capitán del carguero ucraniano. Por lo visto, lo que parecía ser una sencilla maniobra de entrega y despiste, se había complicado por el empecinamiento de un inconformista inspector local de policía, en Tenerife. Aunque habían encontrado el rastro de pez globo en otros puntos de aquella zona del hemisferio norte, el susodicho inspector no se conformaba con la aparente versión de un hecho fortuito.

- Todo estaba bien planificado, Drach. No entiendo por qué este asunto no está zanjado. Lo que me preocupa es que vamos a tener que estar una temporada sin recalar en Canarias, por si acaso llegaran a sospechar de nosotros.
- Pero es imposible que nos relacionen con el fugu; lo de enero fue un hecho puntual, no nos dedicamos a eso, capitán.







- Sí, pero un asunto marginal como ese podría destapar toda la verdad sobre nuestra misión. Imagina que nos hacen controles mucho más serios. ¡Me cago en la puta! ¡No debimos aceptar el encargo de ese tipo!
 - Pagaba muy bien, capitán —razonó Yuriy.
- Eso no va a compensar las pérdidas que nos puede generar. Si nos saltamos Canarias durante un tiempo, ¿qué haremos con la mayor parte de nuestra carga?

El problema del *Lyaksandra* era grave, porque la mayor partida de pescado congelado procedente de Japón, donado por empresas y organismos del país asiático, no superaría ningún control sanitario salvo en Canarias. Tenían asegurado (más o menos) el transporte por aguas internacionales y el atraque en una serie de puertos. En general, todo el cargamento de pescado rozaba el umbral de permisividad, y, en concreto, el destinado a las islas lo superaba ligeramente, pero allí, en las pruebas de laboratorio, tenían garantizada (corriendo algún riesgo, claro) la manipulación de las cifras reales del nivel radiactivo.

El razonamiento de la organización parecía inapelable: el pescado no haría daño a nadie, porque todo intervalo de inseguridad deja un amplio margen de tolerancia para garantizar la ausencia de riesgo. Igual que las fechas de caducidad. Además, la mercancía se colocaba, estratégicamente, en geriátricos, albergues y centros benéficos. Así cumplían con el precepto del *Food Without International Borders* (FWIB): por lo menos, podrán comer. ¿Qué importa si se contaminan, si de todas formas van a morir pronto?







- Podríamos pedirle ayuda a nuestros contactos locales en Canarias. Ellos pueden advertirnos si corremos algún peligro. Sus redes tienen acceso a los datos de la investigación policial.
- ¿Te has vuelto loco, Drach? Si se enteran de que hemos aceptado un encargo paralelo, sin comunicárselo, y que hemos puesto en riesgo toda la operación, olvídate de tu trabajo en este barco; y tal vez de tu vida.
- ¿Y si intentamos colocar el pescado más afectado en otro lugar?
- ¿Dónde? Nadie lo compraría. Una de las claves para que la red funcione es que tenemos muchos colaboradores en Canarias. No podemos arriesgarnos a intentar crear otra organización, tan bien montada como esta, en otro sitio. ¡No funcionaría! Este negocio no lo hemos creado nosotros solos, es una perfecta cadena, a nosotros nos han puesto aquí. ¿Qué hemos hecho? Hemos soltado un engranaje y nos va a costar soldarlo.

La red de contrabando internacional tenía un blindaje mayor que las rígidas normas sanitarias europeas, que tamizaban las entradas de alimentos procedentes de Japón a raíz del desastre nuclear del año anterior. En el caso del pescado que transportaban a Canarias, contaban con colaboradores en Japón, en aguas internacionales, en los ministerios de "Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente" y "Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad" del Gobierno de España, en diferentes ayuntamientos y policías locales, en las redes locales de transporte encargadas de la distribución de alimentos a geriátricos... El *Lyaksandra* viajaba con los galones de la FWIB, y ese aval era sinónimo de seriedad, honradez, limpieza y autocontrol. Gracias a la FWIB, el carguero vendía la idea de minuciosidad y desconfianza, como si fuese la ONG la que no se fiase de las autoridades sanitarias







y aduaneras. De hecho, siempre viajaba con dos analistas españoles a bordo. Uno de ellos pertenecía a la ONG y había trabajado para el "Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación" (denominado así durante el gobierno socialista). El otro era un empleado del actual Ministerio de Agricultura, algo así como un inspector dentro del mismo barco. Por eso se confiaba en el *Lyaksandra*, era tan respetado como los propios Buques de Operaciones Especiales de Vigilancia Aduanera.

En esta tesitura, todos los controles sanitarios que soportaba el carguero eran controles light; el viajar con dos analistas de prestigio (corruptos) relajaba esos controles. Por eso, el barco tenía el descaro de realizar la actividad más delictiva en España, el país que presumía de haber adoptado unas medidas de control sobre los alimentos procedentes de Japón, en los Puestos de Inspección Fronterizos (PIF), mayores que las recomendadas por la Unión Europea. Insolente, el *Lyaksandra* tenía abierto un pasillo de inmunidad que, ahora, peligraba con la muerte de Ricky.

— Capitán, tenemos un problema —interrumpió un oficial de cubierta.

Kazimir estaba en cubierta, con las manos atadas a la espalda y el torso al descubierto. Lo sujetaban fuertemente dos oficiales. El efecto estimulante había desaparecido, desalojado por el miedo. La mirada del capitán Doroshko pretendía ser más intimidatoria que rastreadora, pero su objetivo era averiguar quién le había proporcionado la cocaína.







— Escucha, Kazimir, odio preguntar las cosas dos veces, así que no lo haré. Tienes que pensar bien la respuesta porque, si no es la correcta, no habrá segunda oportunidad. ¿Lo has entendido bien?

El bielorruso asintió con la cabeza, pero su corazón parecía dispuesto a estallar si no terminaba pronto la pesadilla. Trató de tragar saliva, pero la sequedad de su garganta se lo impidió.

- Para ayudar a concentrarte y que no falles a la primera continuó el capitán—, facilitaré que no te quede ningún cargo de conciencia por chivarte de un amigo. ¿Te parece bien?
 - ¡No, no, por favor!

Sin girarse, Doroshko alargó la mano derecha hacia atrás, y Yuriy Drach depositó en ella una temible barra de hierro. Kazimir siguió suplicando, con los ojos cerrados.

- ¡Le diré lo que desee, capitán! ¡Lo juro!
- Ya lo sé, Kazimir, ya lo sé. No debe caberte duda.

Doroshko impulsó enérgicamente la barra, hacia atrás, y luego la descargó violentamente contra las rodillas de Kazimir. El grito del bielorruso fue atroz, poniendo los pelos de punta a todos los marineros del carguero. Por algún efecto nervioso, sus ojos se descolocaron, ocultándose tras los párpados superiores. Creía que iba a perder el conocimiento, pero percibió que el capitán volvía a levantar la barra y su adrenalina se disparó otra vez. El segundo golpe impactó de lleno por debajo de la rodilla izquierda, partiendo tibia y peroné con un desagradable crujido. Tras el grito agónico, la cabeza de Kazimir trató de escapar, pero la presencia de Doroshko la mantenía alerta.







— Kazimir, muchacho, ¿quién te vendió la coca?

El bielorruso no lo pensó dos veces.

- Yaroslav —susurró, con un hilo de voz.
- ¿El cojo loco?
- Lo siento..., amigo... —murmuró Kazimir.

Todos los oficiales miraron hacia Yaroslav, el maniaco, quien ya se había orinado encima y no paraba de temblar. Apenas hacía dos días que había amainado una fuerte tormenta en aguas del Océano Índico, pero, al parecer, la tormenta se había instalado en el barco de bandera ucraniana. Además del fugu, lo único que le faltaba al capitán Doroshko era que los pillaran con aquella mierda de cocaína adulterada. Tres minutos más tarde, Yaroslav era obligado a dar cuatro pasos por una improvisada rampa y saltar por la borda, pero a Kazimir, como recompensa por su colaboración, le perdonaron la vida.

Palíndromo:

Ojo: cocaína mala, dala maniaco cojo

Dependencias del C.N.P. Santa Cruz de Tenerife

El subinspector Marcelo Girard (Trapus) nunca antes había probado el café, hasta el uno de marzo, cuando oyó en la radio la noticia sobre los resultados de un estudio realizado por el "Instituto de Investigación en Cerebro, Cognición y Conducta" de la Universidad de Barcelona, e impulsado por el *Centro de Información Café y Salud*. Según el estudio, la







cafeína suponía un aumento considerable de la concentración en el trabajo, así como una disminución en el riesgo de padecer algunos tipos de cáncer y de contraer el Alzheimer. La recomendación de los responsables del estudio era de cuatro tazas diarias, porque dosis superiores podrían ser dañinas para la salud. Además, lo más llamativo de la noticia consistía en que, lo realmente beneficioso en la ingesta de café, era su adicción, aunque ellos lo llamaban (por ser más "políticamente correcto") hábito.

Trapus nunca había sido "cafetero", pero creía (erróneamente) que, tomando todo el café del mundo, podría compensar la falta de hábito pautado. Así que, en vez de cuatro tazas diarias, consumía una cantidad abusiva, siendo su récord, hasta el momento, de veintiséis en el mismo día. Por otra parte, dado que la investigación concluía que la combinación ideal para el cerebro era cafeína con glucosa, el subinspector añadía tres sobres de más al azúcar que, por defecto, incorporaba el café extraído de la máquina del edificio donde trabajaba (sobres que iba sisando, disimuladamente, de los mostradores de las cafeterías que frecuentaba). Y ello a pesar de su incipiente diabetes.

- ¿Qué novedades tenemos, Trapus? —preguntó Jorge.
- He consultado a geólogos marinos sobre la posibilidad de que llegue fugu a esta zona. Parece ser que es posible, incluso en el Mediterráneo. Por lo visto, en los últimos años ha habido una invasión de especies foráneas, incluido el pez globo.
- ¡Vaya, vaya! Nos va a costar mucho alargar la hipótesis de asesinato. Si no presionamos pronto al negro para que confiese, este caso se nos podría ir de las manos.





12-02-2015 22:32:07



— Inspector, tenemos al señor Parra encarcelado por el asesinato de esa mujer, Libra. Usted mismo dice que el crimen no tiene ninguna relación con el del señor Roque. Con todos mis respetos, ¿cree que el mundo del rap es una organización criminal? Soy incapaz de creer, por pura estadística, que en un mismo grupo de rap hay dos asesinos que han cometido dos crímenes diferentes, no relacionados el uno con el otro, y con una diferencia de solo un par de meses en el tiempo.

Trapus estaba bastante cabreado por la actitud desequilibrada del inspector, y se había estado planteando acudir a los mandos superiores de la policía para contrastar su parecer, pero quería darle otra oportunidad a Nara. ¿Tal vez se le estaba escapando algo? ¿Algo que Nara no le hubiese contado?

- Puede que tengas razón, pero no me conformaré hasta que el negro hable. Si vemos que su testimonio es creíble, daremos el caso por zanjado. Eso sí, tendremos que asegurarnos de que dice la verdad.
 - ¿Cómo piensa presionarlo?
- Ese será asunto mío, y tú no debes saberlo, ni darte por enterado. Limítate a hacer tu trabajo de investigación, que yo me encargo de las labores incómodas.

Jorge Nara sabía (o creía) que Trapus nunca lo traicionaría. El subinspector era un cobarde, así que, aunque matara al asqueroso negro, salvo que pudiese probarlo, no lo denunciaría, porque la denuncia sin pruebas podría volverse contra él. Se quedaría sin trabajo. Jorge ya estaba harto del señor Roque y del pez globo. Si Roque se había ido a pescar y se había envenenado, pues que le den. Pero el negro se había burlado de él, una vez tras otra, cada vez que







le hacía preguntas serias relacionadas con una seria investigación policial. Y eso lo pagaría, vaya que sí.

Palíndromo:

O colaran odio, oid, o Nara loco

Discoteca Nooctua, La Laguna

— Venga, Susana, vamos a bailar a la pista.

Ivana tiraba de la mano de su amiga, tratando de levantarla de la mesa que habían ocupado los cinco. PepeTom y Oso Coronel estaban totalmente borrachos, contándose unas anécdotas tan inverosímiles que Susana no podía creerlas. Su marido, Raúl, estaba en los servicios, tratando de aliviar los efectos de la ingesta de cerveza.

- Déjame, no me apetece bailar, tía.
- Está bien, ya voy sola.

Susana observó cómo su amiga se acercó a un desconocido, le rodeó el cuello con los brazos y se puso a danzar escandalosamente, remeneándose de forma provocativa y atravesándolo con los ojos. Era un muchacho rubio, de ojos claros, que vestía una ropa bastante pija, lo que contrastaba fuertemente con la indumentaria cañera y excesivamente punk de la mujer calva. Tendría unos veinte años, doce menos que ella, menor, incluso, que la pequeña Ale. Agarró la mano derecha del joven y la colocó con firmeza en su nalga izquierda, y la dirigió para que él la manoseara con lujuria. Ivana hizo ademán de besarlo y el







joven la miró con absoluto desconcierto. Entonces ella le dio un empujón y siguió bailando sola. Él se puso colorado y se fue de la pista.

Cuando Raúl regresó a la mesa, se unió a Susana en la contemplación de aquella loca que, hacía cuatro meses, había enviudado de su hermano.

- Oye, Su, parece que tu tío ya está olvidado del asunto de mi hermano. Por lo menos, este trío de majaras no ha vuelto a quejarse de visitas y acosos —dijo, mientras señalaba a Oso y Tom.
- ¿Tú qué crees, Raúl? ¿Ha sido un accidente o hay un asesino?
- Pues... asesino o asesina. No lo sé. Ellos no creen que se trate de un accidente, pero este sería lo más lógico, ¿no? Si Isaac tenía coartada, no van a haber dos crímenes tan relacionados con dos asesinos diferentes. ¡Sería demasiada coincidencia!
 - A no ser que...
 - ¿Qué?
 - Que Isaac sea inocente.
 - Pero, Su, la policía no tiene dudas.
- Lo sé, Raúl, pero sabes que tu hermano no pescaba. Es improbable que comiese el dichoso pez globo si no estaba congelado. ¿De dónde lo sacó?
- Tienes razón. Es un asunto muy extraño. Mira, Su, necesito saber en qué va a acabar todo esto. A estos raperos, incluida mi cuñada, les da igual si la muerte de mi hermano queda sin







aclarar, pero yo quiero que se haga justicia. ¿Qué dice tu tío de este misterio?

- No te lo había dicho, Raúl, pero apenas me hablo con él. Mira, ha estado llamándome para invitarme a almorzar en su casa, pero yo le he dado largas. Siempre le pongo una excusa. Estoy tratando de enfriar mi relación con él, sutilmente, sin que se dé cuenta, ya que sigue siendo el hermano de mi madre.
- Supongo que es por lo que te ha contado Ivana sobre ese tal Kadim.
 - Sí, claro.
- No es por llamarla mentirosa, pero tal vez Ivana es un poco exagerada. O muy fantasiosa. Puede ser que ese Kadim le relatara una visión subjetiva de los hechos. Al fin y al cabo, Ivana no estaba presente en la supuesta agresión.
 - ¿Cómo iba a inventarse una cosa así, Raúl?
- No sé, pero yo nunca me enteré de eso. Ricky me lo habría contado, o eso creo. Hay una cosa que no entiendo, y deberías preguntársela a Ivana.
 - Dime.
 - ¿Cómo sabe que fue Jorge Nara quien agredió a Kadim?
 - Buena pregunta.

Efectivamente, la pregunta era muy buena. El relato de Ivana exigía que Kadim conociera a Jorge Nara y supiera que Ivana también lo conocía. Raúl y Susana se giraron y la vieron, acercándose. La rapera cogió su cerveza, echó un largo trago y los saludó con la mano.

— ¡Espera! ¿Te vas otra vez?



12-02-2015 22:32:07



- Sí, cariño. ¿Te apetece ahora bailar? ¿Crees que Raúl se pondrá celoso si nos morreamos como dos marranas?
- ¡Joder, Ivana! Estás como una cuba —intervino Raúl, incómodo.
- ¿Qué sabes tú cuándo se está como una cuba, si no te has colocado en tu vida? Deberías mandar a la mierda todas esas reglas de los bahá`i y soltarte un poco. ¡Mírate! Con esa camisa almidonada y abotonada hasta el cuello, pareces un cursi de cojones. ¿Vamos, Susana? Quiero practicar el verbo.
 - ¿El verbo?
 - Siempre que voy a una "disco" practico el verbo.
 - ¿De qué coño hablas?
- Del verbo "besar" —contestó Raúl por ella—. Yo no he salido mucho con estos pirados, incluido mi hermano, claro. Pero cada vez que salen, ella busca una presa en la pista de baile para morrease, sea hombre o mujer. Mi hermano no tenía dignidad, le daba igual.
- Pues... parece que, hace un rato, te han rechazado —pinchó Susana.
- ¿A mí? No, él se lo ha perdido. Yo elijo mi presa y decido. La provoco con mi verbo, o sea, me insinúo para ver cómo reacciona. Si sus labios se acercan a los míos, ¡aprobado!, le permito que me coma la garganta. Pero si duda, y eso se lo veo en los ojos, no le doy una segunda oportunidad. Tiene que pillar mi deseo a la primera.
 - ¡Eres una auténtica ninfómana! —dijo Susana.







— Tampoco creas que follo siempre que beso —dijo, y se despidió con un guiño, yendo hacia otra presa.

Palíndromo:

Ese no cavila sobre verbo, saliva con ese

La Laguna

La confección de alfombras florales duraba toda la noche y, tal vez, parte de la mañana. Todo dependía de la velocidad y destreza con que se desenvolvieran los participantes de cada congregación religiosa o de cada comercio que estampaba su publicidad gratuita, disimulándola entre un collage de flores, frutos, piedras, arenas de colores y cualquier otro elemento decorativo, con motivos indefectiblemente religiosos. Y todo ese trabajo para que, al día siguiente, la procesión de Corpus Christi pisoteara y destrozara las alfombras sin piedad. Había tradiciones que Susana era incapaz de comprender, por absurdas.

Desde que era una niña, Ale había participado en la elaboración de la alfombra del Opus Dei. Ella no era una devota religiosa, ni mucho menos, pero había sido marcada para siempre por una profesora que sí pertenecía a la obra. La tutora, que le había dado clase durante casi toda la enseñanza primaria, había sido como una segunda madre para ella. Apodaba a su pupila como Alejandra Verne, porque defendía que "la alemana" gozaba de una desbordante imaginación y una lógica capacidad de anticipación. Igual que Julio Verne. El grado de empatía era tal que, a pesar del paso de los años, Ale no le fallaba nunca a la hora







129



de echarle una mano. Dado que las dotes artísticas de "la alemana", reflejadas en su capacidad inventiva, eran excepcionales, la señora le insistía, año tras año, para que la ayudara. En definitiva, la adepta del Opus Dei había logrado adoctrinar a la pequeña Ale en el alfombrado.

Las calles de "La Carrera" y "San Agustín" se convertían, durante esa noche, en un lugar mágico de ambiente juvenil. A la mañana siguiente, una marea humana de rutinarios, incondicionales y familias aburridas, recorrería el "tontódromo", tratando de extraer algún atisbo de placer procedente de la pretendida (y dudosa) originalidad del engalanado pavimento. Susana no era de las que participaban en ese desfile de fauna vegetando. Prefería saborear el ambiente nocturno, siempre joven, de la noche lagunera. Había ido sola, porque Raúl no quería saber nada de una tradición que no iba con él.

Alejandra compaginaba su tarea con largos descansos para saborear algún que otro porro, pero esa noche había estado esnifando cocaína, con su hermana, antes de reunirse con su maestra. La religiosa mujer sabía que la joven solía colocarse, pero no le importaba. Solo quería que sus alegres e impactantes ideas creativas se plasmasen en el asfalto.

— ¡Hola, Susana! —gritó Ale, al verla.

Susana se acercó y le dio un beso. Tal como estaba, Ale la abrazó, con las manos impregnadas de una mezcla indescriptible de colores, olores y restos de partículas (flores, cáscaras de algún fruto seco, arena...). Acto seguido la soltó, cogió un puñado de arroz de dentro de un cacharro (consistente en media botella de agua de ocho litros), y lo esparció por la zona lumbar de un Cristo que las miraba desde una ilógica posición, pues pretendía







estar en pie, pero lo cierto era que yacía en medio de la calle San Agustín.

- Ya está. Ahora me tomaré un descanso y charlaré contigo
 declaró con la gran euforia que le producía la cocaína.
- ¿Cómo te va, Ale? —preguntó Susana, mientras recorrían un callejón cercano por el que apenas cruzaba gente a aquellas horas.
- Si quieres saber la verdad, estaba tratando de construir palíndromos, porque estoy un poco colocada y eso siempre me ayuda a inspirarme. Me salen solos, pero a veces no logro engranarlos bien. Mira, Susana, ¿qué te parece esta idea que se me acaba de ocurrir? Estaba echando cal en las alfombras, sabes que soy adicta a la cal. Entonces me acordé de que esta noche, antes de venir, estaba esnifando coca con mi hermana y me fijé en lo flaca que está Ivana. Nunca lo había notado, porque, a los que te rodean, los ves siempre igual, pero no los analizas. Pues la coca me hizo analizarla: está esquelética.
- ¿Qué quieres decir, Ale? —Susana se estaba empezando a marear. Odiaba aquellos tortuosos jeroglíficos de Ale y no sabía si lo resistiría.
- Pues... intenté formar un palíndromo con las palabras que tenía en la cabeza, y que creía que podían encajar: flaca, coca, cal. ¡Pero no lo pude completar! Yo tengo una máxima, que consiste en un palíndromo incompleto que me impide elaborar un palíndromo incompleto. Porque, si lo elaboras, estarías haciendo trampas.
- Lo siento, Ale. Si has estado chutándote... No entiendo nada de lo que dices.







- Es igual. El palíndromo que casi formo es "flaca coca cal (f)". Pero le falta una "efe" al final, para completarlo. ¿Qué ocurre si sucede esto, Susana? ¿Tú qué harías si el palíndromo te sale así?
 - ¡Por Dios, Ale! ¡Estás colocada! ¡Déjame en paz!
 - ¿Dónde está Raúl?
- Se ha quedado en casa, durmiendo. No le gustan las alfombras. A mí tampoco, la verdad, he salido por respirar el ambiente. Cuando te he preguntado que cómo te va, me refería a Isaac.

Ale se quedó callada unos instantes, valorando el interés de Susana por su estado anímico. Pocas personas se interesaban en él, ni siquiera su propia hermana, a quien parecía darle igual tanto la muerte de su marido como el que Isaac se pudriese en la cárcel.

— Te agradezco tu consideración, Susana, pero prefiero no volver a pensar en Isaac. Si ha hecho algo y lo tiene que pagar, no voy a poder evitarlo. Sé que no es culpable, pero como no puedo cambiar su situación, no me quedará más remedio que olvidarlo. Suena duro, pero soy así de práctica.

Susana no pensaba que fuese práctica. Más bien tenía un aire de pasotismo genético, como su hermana. Isaac Parra había sido abandonado a su suerte por la persona que (supuestamente) más lo había querido.

Habían regresado a la alfombra del Opus Dei, y, después de extraer su amuleto de piedra caliza y darle dos sonoros chupetones, Ale estaba eligiendo nuevos elementos decorativos para la zona inferior de la alfombra. Dos jóvenes muy serios se







encargaban de enderezar los bordes de piedras que rodeaban la figura del Cristo.

— ¿Sabes, Ale? Por si te sirve de consuelo, yo tampoco estoy segura de que sea culpable. Podría ser verdad que le tendieran una trampa. Si pasa en las películas... La realidad suele ser más enrevesada que las flores que le habéis puesto al Cristo en la mano.

Tras pronunciar estas palabras, Susana se dio cuenta de que el rostro de Ale estaba sufriendo una transmutación. Seguramente no había tenido (hasta ahora) ningún aliado que compartiese su punto de vista y la ayudase a aliviar el sufrimiento. Aunque Susana solo planteaba una hipótesis en la que, en el fondo, no creía, tal vez Ale estaba buscando ese brazo al que aferrarse. Su supuesta dureza debía ser solo una coraza para esconder el auténtico dolor, derivado de la impotencia. Sus ojos... Susana juraría que Alejandra estaba a punto de llorar. Pero pronto comprobó que sus impresiones y la transformación que sufría Ale eran dos senderos situados, recíprocamente, en las antípodas.

- ¡Ya lo tengo! —gritó Ale, con las lágrimas a punto de desbordarse, pero no de acongojo, sino de júbilo.
 - ¿Cómo? —preguntó Susana, sorprendida.
- ¡Flores! ¡Has dicho flores! ¿Cómo no se me había ocurrido? ¡Qué tonta soy! A veces esnifar te inspira, pero también te perturba.
 - ¿Se puede saber de qué hablas, Ale?
 - ¿Qué es un rol? ¿No es un listado? siguió Ale.
- Pues... Sí... O, también, el papel que alguien desempeña, creo.





- **(**
- Sí, pero es un listado. ¡No tengo más que añadir otro elemento al listado, y ya está!
 - ¡Joder, Ale, aclárate!
- Si añado *flor* a la lista, o sea, a *flaca*, *coca* y *cal*, tengo el palíndromo: "*Rol: flaca*, *coca*, *cal*, *flor*".
- ¡Me cago en la puta, Ale! ¡Esa mierda que te metes te está atrofiando las neuronas! ¡Eres jodidamente desconcertante!

Palíndromo:

En Opus esnifar esa semana, sus anagramas amargan a Susana Mesa Serafín, se supone

Aula Veranos, Taco

Susana estaba empeñada en hurgar el corazón de Ale porque, en el fondo, creía que no era como su hermana. Así que, al día siguiente, fue al "Aula Veranos" para hablar con ella sobre Isaac, sabiendo que estaría sola y que se le habría pasado el efecto del alcaloide, salvo que se hubiese metido otra raya. Era domingo, el día que más tiempo pasaba "la alemana" en su refugio, porque solía estar sola y se concentraba mejor en la confección de pasatiempos. El editor le había puesto un ultimátum, ya que su retraso empezaba a ser preocupante. Sin embargo, ese día le habían encargado el cuidado de Julieta, la hija de su vecina, que tenía diez años de edad.

— ¿Ves todas estas sopas de letras, Susana? No son para editar. Se trata de un regalo especial que elaboro regularmente para

12-02-2015 22:32:08



mi padre. Con su edad, a pesar de que sigue teniendo una gran inventiva, busca cosas muy sencillas y digeridas para entretenerse mientras acompaña a mi madre. Ya sabes, algo que no le haga pensar, sino que lo ayude a vegetar con dignidad.

— ¿Cómo está tu madre?

Tita llevaba muchos años ingresada en Santa Rita, una residencia geriátrica donde le aportaban la ayuda necesaria para subsistir hasta que su cuerpo aguantase. Cuando le detectaron la enfermedad neurodegenerativa, estando embarazada de Ale, nadie imaginó que duraría tantos años. El padre de Ale y de Ivana, quien había transmitido (genéticamente) a su hija menor la habilidad para generar inventivos y armónicos juegos mentales, era el único eslabón de engranaje de Tita con la realidad. Ivana no solía ir a visitarla. Ale, sencillamente, nunca iba. "La alemana" se llevó a Susana a la biblioteca, para poder hablar lejos de los agudos oídos de Julieta.

- Verás, Susana, no me hablo con mi madre desde mi adolescencia. Supongo que nunca le he perdonado que no pudiera ayudarme a resolver algunos conflictos surgidos en mi pubertad.
- Pero, con su enfermedad, poco podía hacer. No lo entiendo. ¿Por qué no acudiste a Ivana en esa etapa de tu vida?
- Mi hermana tenía un control enfermizo sobre mí. Me trataba y me protegía como a una niña. Así fue hasta los diecisiete años. Hablar con ella era como hablar con la pared. Si me veía con un chico, se ponía como una fiera y lo espantaba. Si le preguntaba algo sobre mi desarrollo o sobre los deseos que reventaban de mis hormonas, me decía que ya lo entendería de mayor.







- Entonces es con ella con quien tendrías que haberte enfadado —dedujo Susana.
- Sí, pero realmente la necesitaba para que me cuidara. Mi padre solo estaba pendiente de mamá. No es que no quiera a mi madre, entiéndeme, lo que ocurre es que, a diferencia de Ivana, nunca la conocí. Nací al mismo tiempo que su enfermedad, y su decrepitud se aceleró al poco tiempo de nacer yo. Así que crecí con un padre, una hermana y un vegetal. ¿Por qué tendría que ir yo a visitar a un vegetal, a alguien que no conozco?

Las palabras sonaban muy crueles en los oídos de Susana. Realmente, la pequeña Ale estaba exponiendo un punto de vista frío, lógico y quizá valiente, pero totalmente desprovisto de corazón. Igual que su mundo, igual que los crucigramas. ¿De qué servía adivinar que en la "tres horizontal" encaja la palabra "emoción" si no entiendes su significado? La cabeza de Ale podría ser matemáticamente perfecta, racional, pero, también, extremadamente egoísta.

- ¿Nunca has ido a verla a la residencia?
- Nunca —sentenció.

Como ambas estaban incómodas por la conversación, Ale señaló con la cabeza la taza de café que Susana tenía delante.

— Bebe. Se te va a enfriar.

Julieta entró en la biblioteca, muy contenta, como si le acabase de tocar la lotería.

- ¡Ya lo tengo, Ale! —gritó, alborozada.
- ¿A ver? ¡Perfecto!
- ¿De qué se trata? —preguntó Susana, intrigada.





- Julieta no solo se conforma con que le haga compañía, sino que le doy una especie de clases particulares explicó Ale.
 - De todo un poco, supongo.
- No me refiero a las actividades del colegio, eso lo tiene muy controlado. Enséñale a Susana lo que has escrito.

Orgullosa de su frase, la niña le tendió el papel y Susana pudo leer "Su parte prepara perpetra pus".

- ¿Qué significa? —le preguntó, sonriéndole.
- No estoy segura. ¿Qué es perpetrar, Ale? ¿Cometer un crimen?
- Algo así. Verás, Susana, Julieta es una niña muy inteligente, mucho más que yo a su edad. Tiene habilidad para las palabras y para descifrar todo tipo de enigmas; yo intento encauzarla. Eso que estás leyendo es un palíndromo.
- ¿Enseñas a la gente a construirlos? ¿Es que acaso hay una técnica para hacerlo? —preguntó, algo incómoda.
- Hay unos principios, sí, pero ya te he dicho que se trata de una habilidad. Te tiene que salir de dentro.
- Ale me pidió que elaborara uno con cinco palabras, como mínimo, y que contuviera las palabras "pus" y "parte" interrumpió Julieta.

Susana no quería contrariar a la niña, pero tampoco tenía interés en profundizar en esa extraña habilidad, que no conducía a nada práctico, aunque reconocía que la pequeña la había asombrado. Poder retorcer la mente a esa edad le parecía toda una proeza. Esperó a que Julieta se fuera para seguir hablando con Ale.



- Anoche te hablé de Isaac, y no sé si eludiste el tema a propósito para no sufrir o para olvidarlo.
- No lo eludí a propósito. Estaba colocada y me salió un palíndromo genial. Casi se me escapa, pero tú pronunciaste la palabra *flor* y todo cambió.
- ¿Para qué te vale eso? —preguntó Susana, sin estar segura de querer oír la respuesta, ya que el tema no la entusiasmaba.
- Pues... proporciona satisfacción a mi alma. Fíjate en su sonrisa —dijo, señalando hacia la puerta por donde Julieta había salido—. Si empiezo un palíndromo, tengo que terminarlo como sea. Es como un puzle o un rompecabezas. El secreto consiste en convencerte de que siempre existe una solución, por lo que, si no te rindes, la encontrarás. A veces existe una solución "tramposa", como la de ayer, antes de añadir las palabras *rol y flor*. Tu personalidad se demuestra si no caes en la tentación; como te conformes con la solución "trampa", el palíndromo no será bueno.
 - De verdad, Ale, no entiendo lo que dices.
 - Pues...
 - ¡No! No hace falta que me lo expliques, de verdad.

Pero Ale estaba emocionada y no parecía dispuesta a soltar el tema.

— Mira, cuando elaboras un palíndromo, tienes que mantener, por encima de todo, la pureza constructiva. No debes permitirte hacer trampas ortográficas. Me refiero a juegos de palabras incoherentes, eliminar y/o añadir letras, o cambiar una "b" por una "v"; debes apartar a tu mente de la tendencia a caer en estos tramposos artificios. Dicho *palindrómicamente*, "Apártale







de la '*trapa*", ésa es mi principal máxima contradictoria, el palíndromo incompleto del que te hablé anoche.

- ¿Máxima contradictoria? —preguntó Susana, estupefacta ante tanta sandez.
- ¡Claro! Es el palíndromo paradójico pero perfecto, el que guía mi obra y me recuerda que nunca debo construir uno como él. Es la frase a la que debo y no debo hacer caso.

Palíndromo:

O mordí la porca letra "n", o con arte lacro "palídromo"





Ivana entró en el "Aula Veranos" con una bolsa que portaba dos fiambreras de PVC y un refresco de naranja.

- Hola, Su —pronunció con afectada exageración, como queriendo imitar y burlarse de las formas cariñosamente cursis de Raúl.
 - Hola, Ivana. No esperaba verte aquí un domingo.
- Vengo a traerle comida a mi hermanita. Si la dejas, se quedará toda la tarde inventando acertijos y se olvidará de comer.

Ale se levantó, rodeó el cuello de Ivana y le dio un beso.

- ¡Eres un sol, hermana! Julieta ya almorzó, pero yo no.
- Oye, he hablado con papá. Quiere que vaya a la residencia la próxima semana, porque le van a celebrar el cumpleaños a mamá. Él ni siquiera me ha pedido que te invite, porque está seguro de que dirás que no, pero sabes que, si apareces por allí, a papá le darás la mayor alegría de su vida.
- Él no es el que cumple años, y a mamá le da igual si vamos o no, porque no se va a enterar de nada.
 - Vale, tú misma.

A Susana no le sorprendió la actitud conformista de Ivana, aunque no sabía si esta se debía a que estaba de acuerdo con el razonamiento que le hacía Ale o a que, simplemente, "se la traía floja" que su hermana quisiese o no endulzarle un poco la vida a su padre. Ante la falta de sangre de ambas, intervino en la inexistente discusión.







- Ella tiene razón, Ale. La idea es que lo hagas por tu padre, no por tu madre. Él es quien más sufre con la enfermedad y, seguramente, necesita que sus hijas lo arropen.
- Pues...; Que me invite a su cumpleaños! ¿Cuándo es, Ivana? Puedes comprarle una corbata muy hortera y nos reímos un rato. Yo le guardaré estas sopas de letras.

Las hermanas se echaron a reír ante la mirada atónita de Susana, que dio el asunto por imposible. Ahora le tocaba enfrentarse a Ivana, aprovechando su presencia, y aquí sí tenía claro que habría discusión. El nombre de tío Jorge parecía ser lo único en el mundo capaz de descontrolarla. Aprovechó un momento en que Ale las dejó a solas porque Julieta la requería.

- Oye, Ivana. He estado hablando con tu cuñado y creo que debería reconsiderar la invitación para comer en casa de mi tío. Sabes que, desde que me contaste lo de El Ejido, le he estado dando largas y... Una de dos, o hablo con él o rompo relaciones, lo que disgustaría mucho a mi madre.
 - ¿Qué pinta Raúl en todo esto?
 - No sé cómo decírtelo sin ofenderte.
 - Inténtalo. Soy muy dura de roer, mi reina.
- Me da la impresión de que es el único interesado en averiguar de qué murió Ricky.
 - No me jodas, Susana.
 - Ya te dije que no te iba a gustar.
- Mira, nena, el pasado no existe. La asignatura que menos me gustaba en la universidad era la Historia. No acepto que lo ocurrido tenga que condicionar lo que ha de ocurrir, en eso soy







extremista. Si Ricky se envenenó él solo, ya está muerto. Si lo envenenaron, ya está muerto. ¿Quién lo va a resucitar? ¿Su hermano? ¿Jorge Nara, ese grandísimo hijoputa? Por el bien de nuestra amistad, te recomiendo que no vuelvas a hablar con ese cerdo.

- Lo siento, Ivana, pero mi decisión está tomada. Esta mañana lo he llamado y he quedado con él para almorzar un día de estos.
 - ¡Susana, por Dios!
 - Quiero estar al día en la evolución de la investigación.
- Esta no es tu guerra. Ricky era mi marido, así que te prohíbo que te metas en esto.
- Lo siento, pero no lo hago por mi amiga, sino por mi marido.
- Te tengo mucho aprecio, Susana, pero si vas a codearte con tu tío, mejor será que no volvamos a hablar.
- ¿Quieres decir que tengo que elegir entre él y tú? ¡Es absurdo y pueril! Te haré una pregunta. ¿Por qué ese odio?
- Ya te lo he contado —respondió Ivana, abriendo la puerta para marcharse.
- ¿Cómo estás tan segura? —gritó Susana cuando Ivana salía.

Ivana asomó la cabeza para responder, a su vez, con otra pregunta.

- ¿De qué?
- De que fue él quien golpeó a Kadim. ¿Dijo Kadim su nombre y tú lo reconociste? No tiene sentido.
 - Adiós.







La falta de respuesta era aún más inquietante que la supuesta paliza recibida por los inmigrantes. Había algo que Ivana ocultaba, intencionadamente, pero Susana no había sido capaz de arrancárselo. A veces le gustaría ser más hábil, tener mayor capacidad de convicción, pero, en eso, Ivana le daba vueltas.

Palíndromo:

A ti si visita











La mala PARTE trápala, mal











Julio-Octubre 2012

Centro Penitenciario Tenerife II, El Rosario

Todavía no podía creerlo. Mientras esperaba a su novio en el lado exterior de la sala de visitas, ante la ventanilla a través de la que podía comunicarse con él, Ale jugueteaba, nerviosa, con el telefonillo. La noche anterior, la zorra de Ana se había despachado a gusto en televisión, poniendo a parir a Isaac. Con tan solo veintidós años, Ana se había convertido en la estrella amarillista del programa de telesangre en que trabajaba. El espacio estaba pensado para joder a los personajes protagonistas de cualquier historia oscura (o no aclarada del todo), saltándose intencionadamente la presunción de inocencia y asegurándose de que no quedasen dudas razonables.

Si Ana echaba mano a un cuello y lo hundía, el implicado jamás volvería a salir a la superficie. En el programa de la semana en curso, Isaac se había convertido en un maltratador. Se insinuaba (nunca se afirmaba, se protegían de posibles denuncias) que Libra había muerto por ser mujer. El poni era un pretexto que utilizaba Isaac para esconder sus instintos misóginos. Además, Ana había soltado un dardo envenenado dirigido a Ale. El "asesino del hipódromo" tenía una novia que, por reducción, o bien era una mujer maltratada, o bien era idiota y no conocía a







su novio. Y eso era lo que Ale no estaba dispuesta a perdonar. El idiota era su novio, porque había hablado con la víbora y se había creído sus trápalas; que se atuviera a las consecuencias.

Ana Pérez, tinerfeña de nacimiento, había estudiado con Ale en el instituto de secundaria. Hacía apenas cuatro años, cuando ambas tenían dieciocho, Ana había iniciado la carrera de Periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información, en la Universidad Complutense de Madrid. En aquellos tiempos, Ana era gorda y estaba todo el día drogada. Alejandra y ella fueron compañeras de juerga en numerosas ocasiones, aunque no eran grandes amigas; podría decirse que no había feeling entre ambas. Por los rumores que había escuchado Ale, Ana se había sometido a un milagroso régimen con un dudoso endocrino y, a partir de ahí, desarrolló un atractivo cautivador. Aún sin terminar la carrera, llevaba unos pocos meses trabajando en televisión, y no se sabía cómo había logrado trepar hasta allí, pero lo que no se le podía negar era la habilidad (o fortuna) de haber sabido nadar y enganchar al público en un programa estiércol, un programa hecho de excrementos para fertilizar la audiencia. Y todo eso en un tiempo récord. Los miércoles, las marujas orgasmaban en los supermercados de la isla. "Esta noche es el programa de Anita Pérez".

- ¡Eres un hijo de puta! —fue la presentación de Ale a su novio.
- Lo siento. —Isaac entró y se sentó con la cabeza baja, sin atreverse a mirarla directamente. Sabía por qué había venido, ya que hacía tiempo que no lo visitaba.
- ¿Cómo se te ha ocurrido someterte a esa lagarta? ¿Se te ha ido la olla?







- Me recordó que era tu amiga, aunque eso ya lo sabía. Dijo que tú le habías pedido que me lavara la imagen como estrategia de defensa. Pero me traicionó.
- ¿Amiga? ¿Te he dicho yo que era mi amiga? Nos conocemos, eso es todo. ¿Es que nunca has visto su programa? ¡No entiendo cómo la gente puede ser tan tonta y dejarse atrapar por sus mentiras! ¡Y te incluyo a ti!
- Me deslumbró, Ale. Y luego me jodió. Creí que iba a proyectarme como un ser enternecedor y amante de los animales, pero me ha llenado de mierda. Me sacó toda la información que quiso, he sido un auténtico bocazas —se disculpó.
- ¿Cuánto te ha pagado esa zorra por el reportaje, Isaac? O quizá... ¿cuántas promesas te ha hecho a cambio? ¿Un par de polvos a plazos, tal vez?

Isaac la miró, avergonzado, sin decidirse a contestar. Su novia ya lo había sentenciado como idiota, pero ahora lo iba a catalogar en una categoría superior.

- Nada. Ni un euro. Ni una promesa. Me ha sacado la información de forma gratuita.
- ¿Nada? ¿No has cobrado nada? ¡Idiota, idiota, idiota! ¡Pero me vengaré de esa puta, la joderé viva, vaya si lo haré! ¡Y tú, no esperes que vuelva a visitarte! —Dicho esto, agredió al teléfono con el auricular y se marchó.

Palíndromo:

Ana me la sacó por bocaza, cobro pocas, alemana







Aula Veranos, Taco

- ¿De veras quieres volver al grupo? —preguntó Oso Coronel. desconcertado.
- Sí. Ahora que Ricky y Libra han muerto, me gustaría hacer las paces. A no ser que pienses que yo los maté, claro. Solo quiero que lo penséis. Por supuesto, esperaríamos a que transcurra el juicio y yo sea absuelto.

Isaac llevaba una semana en libertad a la espera de juicio y, ahora, se atrevía a dar el paso. Oso Coronel podría ser su mejor aliado, la puerta para volver a *Ajos y Soja*, pues con él era con quien mejor se llevaba de todo el grupo de raperos. Además, el Oso sabía que Isaac podía aportar mucho al grupo. Pero el problema principal era su amistad inquebrantable con Tom. Si aceptaban a Isaac, habría una pugna natural por el liderato, por lo que, seguramente, José Tomás se opondría a su reingreso. Y, en tal caso, Isaac no tenía dudas de que Oso respaldaría la opinión de su amigo. Así que su intención era difícil de materializarse, pero le dejaba a *Ajos y Soja* un amplísimo margen para que lo pensara. No tenía nada que perder.

Respecto a su presunción de inocencia, a excepción de la audiencia de Ana Pérez, cada vez eran menos los que se atrevían a cuestionarla, ya que las investigaciones policiales no habían encontrado pruebas concluyentes que probaran su culpabilidad. Habían peinado el club hípico una y otra vez, y no habían aparecido los guantes con los que Libra había sido estrangulada. Salvo que se los hubiesen comido los caballos o Isaac hubiese salido con ellos del club y luego vuelto a entrar sin ellos (si fuese así, sería idiota), cobraba fuerza la hipótesis de la presencia de una tercera persona en el lugar del crimen. Así que la policía había







vuelto a repasar con lupa la declaración de Isaac. Además, cerca de la puerta de acceso al club por donde Isaac había entrado (que, según su declaración, estaba abierta), había pisadas que no eran suyas en la hierba de una pequeña parcela ajardinada.

Los resultados periciales habían alimentado gratamente los sádicos instintos de Jorge Nara. Ahora podría volver a relacionar ambas muertes y acorralar al negro.

La estancia en prisión había destrozado a Isaac. Socialmente, Ana Pérez se había encargado de que nadie lo creyese inocente, por mucho que un juez pudiese contradecirla. Sentimentalmente, su novia lo había abandonado por haber hablado con la presentadora. Ese era su castigo, pero Ale también había prometido que castigaría a la "zorra calientabraguetas". Por lo visto, e Isaac era el único que lo sabía fuera del ámbito de *Ajos y Soja*, le estaba componiendo un rap a base de palíndromos.

A las nueve de la noche, Isaac se despidió del Oso. Le rogó que considerase su ofrecimiento y le prometió que trataría de someterse a la "disciplina del grupo", lo que equivalía a decir, sin decirlo, que aceptaría el liderazgo de Tom.

Una vez a solas, Oso Coronel volvió a retomar lo que tenía entre manos antes de llegar Isaac. Estaba poniendo al día la contabilidad de *Ajos y Soja*, porque un picajoso inspector de Hacienda los había estado acosando y exigía respuestas. Oso quería ocultar algunas trampas fiscales, pero el margen para hacerlo era escaso. La conversación con Isaac lo había distraído, pero, ahora, la cabeza iba a estallar nuevamente.

Puso la cafetera mientras daba vueltas por toda la planta baja del "Aula Veranos", buscando una solución. Aquel parecía







un callejón sin salida, así que tendría que concentrarse en la multa a la que Ajos y Soja habría de hacer frente.

Cuando el café empezó a salir, apagó la cafetera y abrió la puerta de cristal que protegía los recuerdos de su amigo Tom. Allí, junto a las cinco tinajas que contenían los tintes que había usado su padre, Tom guardaba el tazón estampado con dos aves, cuyas alas se cruzaban formando la letra "N", que cubrían parcialmente un paisaje rocoso en plena puesta de sol. Solo él, Oso Coronel, tenía permiso para beber en ese vaso. Ni siquiera Tom lo utilizaba porque, si bien era un recuerdo, evocaba a Nazaret (de ahí la letra "N"), una antigua novia a quien quiso muchísimo pero que lo abandonó por otra persona. Oso Coronel, como solía hacer cada noche, se sirvió el café en el vaso de PepeTom y bebió de él.

Palíndromo:

En ese vaso de Pepe dos aves ene

El Sauzal

Ale vivía sola en una vivienda familiar (heredada de algún antepasado a quien no conoció) a la que le hacían falta algunos buenos retoques. Lo que, de ningún modo, pensaba incorporar, por mucho que su hermana se cansase de insistir, era un timbre para la entrada. La pesada aldaba que colgaba en la tosca puerta de madera era el único llamador que estaba dispuesta a tolerar. Dentro de la casa, el aspecto de vejez atrapaba nada más entrar, sobre todo gracias a una auténtica red de cables torcidos (de







electricidad, teléfono y antena de televisión) que bordeaba desordenadamente las intersecciones entre las altas paredes y el descascarillado techo. La abundante cantidad de muebles jurásicos no lograba ocultar la urgente necesidad de pintura demandada por todas y cada una de las paredes. Pero, en contraste con el resto de la casa, "la alemana" había instalado, en una habitación, un funcional y cómodo despacho de trabajo, aunque lo usaba muy poco porque su inspiración se la proporcionaba el "Aula Veranos".

Hasta su entrada en prisión, Isaac había vivido en casa de Ale los últimos meses, pero la hermana de Ivana tenía claro que ya no lo dejaría pernoctar más allí.

Cuando Ivana llegó, Alejandra estaba concentrada, echando las cartas del tarot, con las que siempre había demostrado una encomiable soltura para ayudar a sus amistades a sobrellevar los problemas.

- ¿Estás echándote las cartas a ti misma, Ale?
- No es eso. Las estoy estudiando, porque tengo que elaborar una ficha completa con el concepto de cada arcano mayor y con las diferentes disposiciones de los arcanos menores. Ninguna carta del tarot tiene un significado único; dependerá de la posición en que cae al salir del mazo, de su ubicación en el árbol y de las cartas que la rodean.
 - ¿Por qué quieres hacer eso?
- No es que quiera, es que tengo que hacerlo porque me he comprometido. Se trata de un ideograma que voy a publicar. Ya tenía que haber salido, pero me he atrasado más de la cuenta. Puede que mi editor, cuando se lo presente, me lo eche a la cara.

153







- Y eso es... ¿Qué cojones es un ideograma? —preguntó Ivana.
- No tengo tiempo para darte explicaciones extensas, pero te diré que las cartas del tarot son, en el fondo ideogramas, es decir, son imágenes que simbolizan algo, solo eso. Lo que pasa es que, de cara a la gente, las abstracciones son más digeribles si las identificas con algún icono o pictograma.
- Ya. Por eso yo tengo razón cuando te acuso de estafadora.
 Cuando lees las cartas, estás pintando de realidad ideas abstractas.
- Si fuera una estafadora cobraría por ello. Leer el tarot es una chorrada, de acuerdo, lo que hago con la gente es aplicar un poco de "lógica psicológica". Intento entender sus preocupaciones y hablar sobre ellas tratando, si puedo, de aliviarlas. Lo que pasa es que si eso lo haces jugando con las cartas, el efecto placebo incrementa la probabilidad de éxito.

Soltó el mazo de cartas y abrió un pequeño tarro de pintauñas lila que reposaba encima de la mesa. Ale sabía que la visita de su hermana tenía una razón de ser, pues la rapada rapera no se caracterizaba, precisamente, por esforzarse en apuntalar los lazos familiares o sociales. También entendía que los rodeos que daba no eran voluntarios, ni causados por una sensación de incomodidad ante lo que quería exponer. Ivana estaba estudiando la forma de dirigirse a Ale, posiblemente para pedirle ayuda, con argumentos suficientemente sólidos para que "la pequeña" no le negase su colaboración. Pero la ansiedad le pudo, e Ivana dejó el tacto a un lado.

- Necesito tu ayuda, Ale. Confío en tu inteligencia para buscar una solución a todo este lío de los asesinatos.
- ¿Crees que a Ricky lo mataron? —preguntó Ale, sin aclarar su opinión al respecto.









- No lo sé. Pero ese tarado inspector no puede ni quiere resolver el caso. Solo pretende jodernos. A veces me da la impresión de que trata de eternizar la investigación para seguir visitándonos con sus estupideces y sus acosos. Llegará el momento en que sus superiores lo calen y lo retiren del caso, por incompetente, pero, mientras, no nos deja un respiro, ni siquiera podemos ensayar dos horas seguidas sin que él o su perrito aparezca.
- Lo siento, Ivana, pero yo no puedo hacer nada. Creí que este asunto no te importaba lo más mínimo.
- No me importaría si la policía nos dejara tranquilas. Hasta Susana parece más interesada que yo. ¡Tiene los putos genes de su tío!
- Lo hace por Raúl, Ivana. Él es más sentimental que tú y quiere que se haga justicia.
- Es un vengativo, no un sentimental —respondió Ivana—. De verdad, solo quiero que le dediques unos minutos, como si fuera un rompecabezas. Siempre encuentras la solución a los problemas, tú razonas con más lógica que Jorge Nara.

Sin dejar de pintarse las uñas de la mano izquierda, Alejandra se levantó del sillón y se puso a caminar aleatoriamente por el salón. Miraba de reojo a su hermana, y esta sabía que esas miradas significaban una negación.

— Verás, Ivana, hoy me ha llamado mi editor cinco veces. Necesita tres libracos de pasatiempos y el tarot-ideograma. Si no le entrego el material atrasado esta semana, no volverá a publicarme. Esta vez va en serio, me está presionando más que nunca. Como no podré cumplir sus plazos, voy a terminar el ideograma y entregárselo cuanto antes, porque es más impactante que los crucigramas, y así se tranquilizará un tiempo. Así que, Ivana, no puedo meterme en esto; las micropartículas de Ricky Roque no







van a salir del regazo de la Virgen de Candelaria, donde deben de estar muy a gusto.

- Creí que me echarías una mano —dijo Ivana, con los ojos muy abiertos, mientras se acariciaba los pírsines de la cara—. Solo te pido que pienses en ello.
 - No sé de dónde voy a sacar el tiempo.

Palíndromo:

Atar o repasar tarot-ideograma ya, y amargo editor atrasa perorata

Aula Veranos, Taco

Trapus no podía creerlo. Él había estado convencido de que Ricky Roque había muerto accidentalmente y de que Isaac había asesinado a Libra, tal vez no por el asunto del poni, pero estaba en el lugar de los hechos cuando llegó la policía. La desaparición de los guantes era un cabo suelto muy importante, pero estaba seguro de que aparecerían. Hasta hoy. Le costaba admitirlo pero, finalmente, le había dado la razón al inspector. Ricky Roque y Libra, posiblemente, habían sido asesinados por la misma persona. Y Oso Coronel también.

Negro José Ropy había encontrado su cadáver a primera hora de la mañana. Había declarado que, de entrada, le extrañó ver el coche del Oso (tan temprano) y luces encendidas a esas horas, cuando ya entraban los primeros rayos de sol. Oso Coronel era un maniático del ahorro energético. A ojos policiales, parecía auténticamente conmocionado, incapaz de asumir que







su amigo no le volvería a hablar, pero Jorge Nara actuaba con él de manera más implacable que nunca. Eso sí, PepeTom no le hacía caso. Se limitaba a asentir o a negar cuando era el inspector quien formulaba directamente las preguntas; con Trapus se mostraba más colaborador.

El subinspector nunca había visto tan contento a Jorge Nara. Era como un vampiro morboso. Había estado esperando pacientemente más sangre, porque un nuevo crimen le daba la razón y, según él, argumentos de peso para acorralar al negro. Pero Trapus sabía que el inspector estaba cometiendo demasiados excesos. No era nada profesional que acudiese regularmente a interrogar a José Tomás Ropy para correrse o para sufrir, según los resultados.

— Bien, bien, negro —dijo Nara en voz baja, para que solo Tom lo escuchase—. Muerto el perro se acabó la rabia. ¿Es eso lo que has pensado al asesinarlo? ¿Acaso era tu cómplice y estaba dispuesto a confesarlo todo?

Tom se limitó a dirigirle una mirada de incredulidad, como si fuese incapaz de aceptar la presencia de un extraterrestre a su lado. El inspector Jorge Nara parecía un personaje-pesadilla de una absurda película de serie B, pero, como tal, su presencia transmitía un aura de ficción, como si fuese a desintegrarse en cualquier momento, por irreal. Sin embargo, allí seguía, con su interrogatorio irracional e improductivo.

Jorge Nara lo dio por imposible, porque sabía que el negro no le iba a contestar allí, ante tanta gente. Le hubiera gustado tenerlo a solas, cara a cara, en una celda de castigo. Pero, por desgracia, ese paraíso que alimentaba sus morbosas fantasías, no existía en este espacio geográfico, en este instante temporal.







Formaba parte de un pasado que nunca volvería; por lo menos a corto plazo, así que él no lo disfrutaría. Nara observó cómo Trapus volvía a hablar con el negro y se acercó a escuchar.

- Por favor, señor Ropy. Repasemos de nuevo el momento en que encontró a su amigo. Dijo usted que las luces estaban encendidas. ¿Quién las apagó?
- Yo. Oso no hubiera querido que se despilfarrase energía inútilmente.
- Según usted, estaba muy conmocionado por su muerte y por la impresión de encontrarlo sin vida, en el suelo. ¿Pretende hacernos creer que tuvo la lucidez y la sangre fría para acordarse de apagar las luces que, supuestamente, estaban encendidas? Además, supongo que es consciente de que, de ser así, ha modificado las circunstancias del escenario del crimen. No lo entiendo.
- Es la verdad. No puedo explicar por qué apagué las luces, pero lo hice. Pregunten a un psicólogo por qué puedo haber reaccionado así. ¿Qué importancia tiene, joder? ¡Él está muerto!

Aunque estaba sentado en la biblioteca, a PepeTom le llegó el fogonazo del potente flash incorporado a la cámara con la que, en el salón contiguo, estaban fotografiando el cuerpo del Oso, antes de retirarlo. La policía científica tomaba huellas y buscaba minuciosamente cualquier pista informativa que facilitase y simplificase el trabajo posterior de análisis de datos. Jorge Nara se desplazaba por toda la planta baja del "Aula Veranos" a la espera de alguna pista forense.

Empezaron a llegar al porche exterior diferentes componentes de *Ajos y Soja*, a quienes PepeTom había telefoneado después de llamar a la policía. Ivana llegó un poco antes que su cuñado, Raúl, que venía con su mujer. Susana hizo un intento de

 \bigcirc







acercarse a su amiga para darle un beso de consuelo, pero esta, tajante, estiró la mano en señal de stop. Al parecer, no le perdonaba que se relacionase con su tío; ni siquiera en las circunstancias actuales, en las que, tal vez, Ivana debería reconocerle a Jorge su instinto policial y su empeño en seguir adelante a pesar de las apariencias. Pero estaba claro que, a diferencia del hermano, la mujer del primer rapero muerto quería pasar página, sin el más mínimo interés por averiguar qué demonios estaba sucediendo.

Para sorpresa de Susana, a una orden gestual de Ivana, los miembros del grupo que estaban por fuera del "Aula Veranos" se lanzaron a interpretar una pegadiza melodía, cuya letra proclamaba una macabra alabanza a la muerte, que luego empataría con una especie de himno de desprecio a la policía (seguramente perteneciente a otro tema).

Ale llegó tarde, mucho después de que hubieran terminado la canción, con dos acompañantes: un papel doblado, que introdujo discretamente entre la minifalda y las bragas de su hermana (al tiempo que le susurraba "luego hablamos"), y una noticia inquietante. Reunió aparte a todo el grupo, lejos de la policía, y la transmitió.

- Isaac me ha llamado desde que se enteró de la noticia.
- ¿No va a venir? —interrumpió Ivana, mirando en derredor.
- No solo no vendrá, sino que va a esconderse. Pretende huir de la policía, está loco.
- Supongo que creerá que se convertirá en el principal sospechoso. Resulta muy oportuno que maten a Oso Coronel justo estando él libre —dijo uno de los raperos.
- Hay algo más. Se trata de sus huellas. Por lo visto, anoche estuvo aquí. La policía no tardará en averiguarlo.







- ¿Aquí? —se sorprendió Ivana—. ¿Quieres decir en nuestro local de ensayo?
- Sí, estuvo hablando con Oso. Es lo que me ha dicho. Lo van a joder vivo.
- Deberías contárselo a la policía —intervino Susana—.
 Ya que se van a enterar, será mejor contarles su versión.
 - ¿Su versión? —preguntó Ivana, sin dignarse a mirarla.
- Sí, decirles que huye porque tiene miedo. Si no está mintiendo, cosa que no sabemos, Isaac cree que alguien le está tendiendo una trampa. —Susana miró directamente a Ivana, pero esta la seguía ignorando.
- Yo sé que él no lo hizo, porque lo conozco bastante bien
 terció Ale—. No tiene motivos.
 - ¿De veras lo crees?
 - ¡No me jodas, Ivana! ¿Un poni?
 - ¿De quién es ahora el poni? —se interesó Raúl.
- Pues... parece ser que su propiedad corresponde a los parientes de Libra, junto con el club. Isaac se ha quedado definitivamente sin él, pero solo un loco mataría por algo así.

Ninguno de los raperos se atrevía a apostar por la autoría de los crímenes, pero, por supuesto, nadie descartaba a Isaac, salvo Ale. Realmente era el candidato perfecto, pero sus actos delictivos, si así lo fueran, parecían deliberadamente torpes. Ale lo expuso en voz alta.

— Escuchad, si Isaac fuese el asesino, tendría que ser bipolar, una persona extremadamente inteligente para matar a Ricky, y extremadamente zopenco en los otros asesinatos. La lógica solo tiene un camino: un asesino inteligente que trata de implicarlo.

(lacktriangle)





- **(1)**
- Aun así... —apuntó tímidamente Susana—, la policía debería saber todo esto.
- Ese inspector tocagüevos no está barajando opciones.
 De nuevo Ivana regaló miradas a todos menos a la sobrina del tocagüevos—. Está cada vez más desquiciado con su obsesión.
 Su asesino no es Isaac, sino Pepe.
- Oye, Ivana —dijo un rapero—, Oso no tiene parientes cercanos y tú tienes un poder para disponer de sus restos. ¿Qué haremos con sus cenizas? ¿Otra vez a la Virgen de Candelaria?
- No, eso sería una especie de profanación, pensemos en otra alternativa.
- ¿Profanación? —preguntó Raúl, indignado—. ¿No profanasteis ya a la Virgen?
- ¿A la Virgen? ¿Qué Virgen? Sería una profanación a tu hermano.
 - ¡Hay que joderse! —susurró Susana.

En el interior del "Aula Veranos", el médico forense aventuró la causa de la muerte, a la espera de confirmación oficial. Venía acompañado de un químico de laboratorio.

- ¿Envenenado? preguntó Nara-. ¿Con qué?
- Aún es pronto, pero, por los restos, creo que el veneno estaba en ese vaso donde bebió el café.
 - ¿No puede estar en el propio café?
- Hay unos restos en el vaso que... —dejó la frase en el aire esperando que el químico la terminase, pero este era demasiado prudente—. No lo sé, inspector. Esperaremos a la autopsia y a los resultados del laboratorio.







Los camilleros se agacharon para recoger el cadáver de Oso Coronel. Negro José se acercó y lo observó por última vez, inerte, junto a los trozos rotos del vaso que solo su amigo estaba autorizado a utilizar. Nunca más aquellas aves volverían a juntar sus alas para recordar a Nazaret. Nunca más la puesta de sol teñiría las rocas de color cobrizo.

Palíndromo:

Oso Coronel posa con ese vaso de Pepe, dos aves en ocaso pleno rocoso

Santa Cruz de Tenerife

Había sido una mañana agotadora. Se había quedado sin Ricky, sin Libra y, ahora... Ivana era incapaz de comprenderlo. ¿Por qué alguien desearía matar al Oso? Lo que peor llevaba era la compañía forzada de Jorge Nara. A partir de ahora sus visitas se multiplicarían, volvería a repetir las mismas preguntas, una vez tras otra. "¿Dónde está Isaac? ¿Qué hacía el negro cuando Ricky se envenenó? ¿Quién es el líder de *Ajos y Soja*?". La presencia de Jorge supondría una auténtica tortura. Otra vez, igual que en Sevilla. Ivana sabía que estaba siendo injusta con Susana, porque, al fin y al cabo, no sabía cómo era realmente su tío, y ella no había querido contárselo. No podía culparla eternamente solo por el hecho de ser su sobrina.

Nada más entrar en su casa, se quitó los zapatos y se enfundó las pantuflas peludas con forma de champiñones color pistacho. Luego entró en el cuarto de baño y se recompensó el rostro









con abundante agua. Le chocó verse en el espejo, calva como siempre, con los pírsines de siempre, pero, con aquellas gotas chorreando y su mirada perdida, no se reconoció. ¿Estaba preocupada? Era ese un concepto que no formaba parte de su personalidad. Ni siquiera al quedarse sin Ricky se había hundido, ella era tan fuerte que se había repuesto con las mismas agallas con las que ahora fustigaba (sin razón alguna) a Susana. Pero Ivana era muy dura y nada sentimental. Le daba igual si su amiga sufría por su actitud hacia ella o no, era problema suyo. Tal vez mañana la llamaría y la sorprendería con un brusco "boquinazo" con lengua. Así harían las paces o Susana se mosquearía, cualquiera de las situaciones le traía sin cuidado.

Totalmente fatigada, entró en su habitación para cambiarse y ponerse ropa cómoda. "¿Estoy realmente preocupada?". Después de tantos meses, empezaba a pensar en Ricky con inquietud. "¿Y si lo asesinaron?".

— ¡Que les den a todos! ¡Ricky está a gusto en la basílica!
 —murmuró.

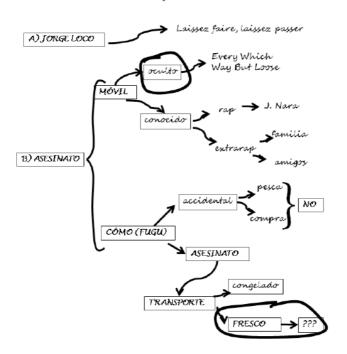
Al sacarse la falda, un papel doblado cayó al suelo. Tras unos segundos de desconcierto recordó que lo había depositado allí su hermana. Algo le había dicho al oído, pero no se acordaba. Ivana se agachó, cogió el papel, lo desdobló y reconoció los trazos de la letra de Alejandra. Enseguida comprendió todo: su hermana, finalmente, había accedido a ayudarla a descifrar aquel enigma. Lo que había allí era un esquema, un esbozo de ideas relacionadas con los crímenes. Por lo menos, eso es lo que parecía. Al intentar descifrarlo (sin éxito), Ivana leyó un nombre y su corazón se vio alterado.





— ¿Qué haces aquí, Jorge Nara? ¿Acaso mi hermana te considera sospechoso?

MUERTE DE RICKY ROQUE: OPCIONES



Ivana confiaba ciegamente en la inteligencia extraordinaria de Ale, así que el croquis que tenía delante recogía una reconstrucción de la realidad bastante aproximada; por lo menos mucho más que cualquier bosquejo que pudiese idear Nara o el patoso de Trapus. El problema radicaba en que necesitaba a Ale para traducir lo que había detrás de aquellos garabatos. Por eso, sin terminar de vestirse, cogió el teléfono y la llamó.







A unos dos kilómetros de allí, Jorge Nara se sacó el delantal para ir a abrir la puerta de su casa. Su sobrina, finalmente, había accedido a almorzar con él. Sabía que la culpable de los continuos pretextos y negativas era la perra de su amiga, pero él la conocía muy bien y estaba seguro de que jamás contaría sus experiencias íntimas a Susana. Ivana tenía mucho más que perder que él. Por eso tenía que ser muy hábil manipulando a su sobrina, haciéndole creer que su amiga era la auténtica manipuladora. Lo tenía fácil, pues bastaba con confundirla con los pormenores de la investigación: Ivana era una sospechosa más, a pesar de ir en el coche; tal vez quería suicidarse. También era posible que tratase de encubrir al negro, o a Isaac, o a su hermana, o a Raúl... Tal vez Oso Coronel mató a Ricky, Ivana lo descubrió y se lo cargó.

Sea como fuere, la rapera estaría muy interesada en presionar al tío de su amiga para que no la acosase más. Dada la influencia autoritaria que siempre había logrado ejercer sobre Susana, no tenía dudas de que la convencería para tenerla de su parte.

- Hola, cariño. —Nara le dio un beso de bienvenida, en la puerta de entrada.
 - Hola, tío. Hace un calor horrible, ¿tienes algo frío?

Susana sintió un extraño e intenso escalofrío en todo el cuerpo al entrar en la vivienda. Desde niña no había vuelto a pisar la casa de su tío. Al marcharse a trabajar a la península, Jorge conservó su propiedad, en el centro de Santa Cruz, que permaneció cerrada hasta su vuelta (salvo durante las pocas veces que









el inspector pasaba unos días de vacaciones en Tenerife). Estuvieron varios minutos sin decirse nada, salvo frases intrascendentes. Jorge levantó la barrera.

- Escucha, hija, sé que la investigación sobre los asesinatos de esos raperos ha generado mucha tensión por la implicación de tu amiga. Pero, a veces, la profesionalidad tiene que imponerse al corazón, y tienes que tomar decisiones importantes aunque te duelan o aunque puedan afectar a personas que te importan mucho. Entiendo perfectamente que me hayas estado evitando, no te lo tengo en cuenta. También entendería que, hasta que acabe todo esto, nos mantengamos prudentemente distanciados. No quiero que, por mi culpa, rompas tu amistad con Ivana.
- Verás, tío, ella y yo éramos las mejores amigas, pero eso fue hace muchos años. La distancia ha hecho que nos hayamos convertido en dos desconocidas, aunque creo que seguimos teniéndonos el mismo aprecio. Ivana está muy dolida con todo esto y se ha enfadado conmigo, es una actitud muy infantil. Eso me demuestra que aún le importo mucho.
- ¿Crees que tiene razones para hacerlo? Quiero decir, ¿para enfadarse contigo?
- Pues... Lo hace porque yo siempre defiendo tu trabajo. Creo que te excedes más de la cuenta, a veces no te reconozco, pero no tengo por qué pedirte explicaciones. Tú sabrás por qué actúas así. A pesar de eso, te defiendo, e Ivana no lo entiende.

Jorge expuso su punto de vista. Le hizo ver a Susana que su amiga podría estar implicada en un asesinato, y la cara de preocupación de su sobrina le confirmó que su estrategia daba resultado.



166





- ¡Tío!¡Hablas de Ivana! ¿Crees que sería capaz de matar a alguien? ¿Te has vuelto loco? Eso que dices es imposible.
- No, no lo creo. Estoy seguro de que no tiene nada que ver con todo esto.
 - ¿Entonces...?
- Entonces yo no sería un buen profesional si solo hiciera caso a mi opinión. Objetivamente es tan sospechosa como Isaac; bueno, un poco menos, pero no puedo descartarla, aunque me duela.

Almorzaron en silencio, mientras Susana digería el punto de vista profesional de su tío. El razonamiento era inapelable. Ella tenía que elegir, no tenía alternativa. O rompía la relación con él por puro capricho (de Ivana), o seguiría sin hablarse con la trastornada de su amiga. La elección era obvia, bastaba con seguir la lógica del mundo lógico, no la incongruencia aberrante del extravagante mundo de *Ajos y Soja*. Empezaba a estar harta de Ivana y de sus atípicos amiguetes.

Después de recoger la loza, Jorge invitó a Susana a tomar una copa en la antigua biblioteca. De nuevo, una extraña sensación de opresión se apoderó de ella. Eran recuerdos intensos de su niñez, como un viaje al pasado, pero con un punto de incomodidad derivado, quizá, de la confirmación implacable de que aquella niña que había sido ya no existía, ni volvería a serlo nunca.

La entrada en la enorme estancia fue aún más punzante. Susana no se acordaba de ella, hasta que la vio colgada, como una gárgola, y se quedó petrificada. La cabeza de jirafa. Poco a poco, fue evolucionando del estupor a la sonrisa, paulatinamente,







convirtiendo el dolor del tiempo enterrado en el recuerdo imposible. Hacía años que no lo experimentaba, pero era la sensación perfecta, la mejor experiencia de su vida, a pesar de que la realidad asociada se había ido difuminando lentamente. Solo quedaban sensaciones mágicas e indescriptibles.

Su tío la miraba detenidamente, orgulloso, satisfecho por regalarle la fantasía. Pasó su brazo izquierdo por los hombros de Susana y ella se estremeció.

— ¿Te acuerdas?

Susana asintió compulsivamente, por triplicado, con la cabeza, mientras sus lágrimas enfilaban el camino correcto de descenso. Era una niña muy pequeña cuando Jorge la había llevado al safari. Se lo había prometido muchas veces, pero Susana nunca lo creyó; estaba segura de que tío Jorge la engañaba para hacerla sentir bien por la pérdida de sus pájaros. ¿Cómo iba un cazador a llevar a una chiquilla a un safari?

¡Pero cumplió su palabra! Después de haber encontrado los dos periquitos muertos en la jaula, víctimas de algún virus mortal, la niña se había enfrentado a la crueldad de la vida. Sus pájaros robaron su inocencia, pero tío Jorge le había prometido que, algún día, la llevaría con él a cazar jirafas y le pondría una gorra verde de explorador. La recordaba perfectamente, con una visera enorme que la protegía del dañino sol. La gorra le quedaba bailando, pero no importaba, ella era feliz.

Habían pasado muchos años, Susana ya no era esa niña. Se había olvidado de por qué admiraba tanto a Jorge Nara, pero la cabeza de jirafa estaba allí arriba, colgando, escondiendo bajo ella el pasado de Susana. Su tío logró que se olvidase de sus pajaritos y, desde entonces, fue la niña más feliz de su colegio.







Pero, ahora, una nueva señal de alerta le susurraba a Susana. "¿Por qué era bueno para ti enterrar a tus periquitos? ¿Por qué no recordarlos, si los querías tanto?". Sin dejar de mirar la jirafa, Susana dio un beso en la mejilla de tío Jorge.

**

- Gracias por venir tan rápido, Ale —dijo Ivana, mostrándole el dibujo —. Sé que estás muy liada con el anagrama del tarot. Te debo un favor.
- Supongo que necesitas que te lo traduzca. ¿No lo entiendes o qué? —respondió Ale con cierta incomodidad. Le repateaban las personas que no tenían una mínima claridad de interpretación de algo esquematizado. En general, le repateaba casi todo el mundo. Además, lo del tarot era un ideograma, no un anagrama.

Ivana hizo café y sirvió dos tazas, pasándole una a su hermana junto con la hoja. Ale aceptó el café pero rechazó la hoja, molesta. La había escrito ella, la conocía de memoria. ¿Por qué su hermana la trataba como si fuese una necia? Ella sí que se comportaba como tal.

- ¿Quieres más azúcar?
- No. Te explico. Para empezar, me he centrado exclusivamente en la muerte de Ricky.
 - ¿Exclusivamente? ¿Por qué? Hay más muertes.

Ale se limitó a interpretar lo esbozado de una forma casi textual, siguiendo un razonamiento "pobresilábico" y esquemático. Las caras que iba poniendo su hermana (además de sus





169



interrupciones) le marcaban la velocidad: si la veía dudar, rebobinaba un poco y repetía con una marcha corta.

- La muerte más importante siempre es la primera, porque es la originalmente planificada. Las posteriores suelen ser derivadas de ella, bien sea para eliminar testigos o porque te ves más poderoso y le coges gusto al crimen. O, incluso, para disimular.
- No te entiendo, Ale. Dices cosas que suenan a macabras. Pero, en cualquier caso, todas son muertes. Juntas aportarán más pistas que una sola.
- ¡Joder, Ivana! ¡Estás pensando como la policía! Ese suele ser su gran error. Para seguir la pista a un crimen hay que averiguar el motivo, esa es la clave auténtica. Una vez que lo descubras, el resto será coser y cantar. Y de una cosa puedes estar segura: detrás del primer asesinato siempre hay un motivo. Detrás de los posteriores, si los hay, son motivos derivados, secundarios. Tenemos que investigar el motivo de la muerte de Ricky. ¿Me sigues?
 - Ahora sí. Continúa.
- Mira el esquema y síguelo, te será más fácil. Para empezar, tenemos dos opciones: o Jorge Nara está loco o, realmente, Ricky fue asesinado. Las muertes posteriores de Libra y Oso nos hacen inclinar hacia la última posibilidad. Sobre todo la de Oso. Cuando hice el esquema, no sabía nada de su muerte. Si llego a saberlo hubiera descartado el punto "A". Pero lo mantuve porque cabía la posibilidad de que Ricky hubiese muerto accidentalmente y Libra no. Así que seguiré con la opción "B".
- Espera, espera. ¿Qué quiere decir eso del *laissez faire*, *laissez passer*?
- Ahora no tiene importancia, Ivana, eso está descartado, sigamos.







Ale se levantó y soltó la taza de café, dispuesta a arrancarle la carta y destruirla, pero luego lo pensó mejor. Odiaba que le hicieran perder el tiempo, pero se contuvo y volvió a sentarse.

- "Dejar hacer, dejar pasar". Lo que quise decir es que si Jorge estuviese dando pasos absurdos, las cosas caerían por su propio peso, tarde o temprano. No nos quedaría otra que esperar. Seguimos. Si Ricky fue asesinado, tenemos que analizar dos aspectos diferentes: el móvil y la forma en que lo mataron. Empecemos por el móvil. Este puede ser obvio, o sea, un móvil fácil de rastrear, conocido por el entorno de Ricky. Ahí podemos bifurcarnos en dos direcciones: dentro o fuera del grupo de rap.
 - Espera, Ale. ¿A dónde quieres ir exactamente?
- Solo estoy esquematizando, Ivana. Si el asesinato tiene que ver con el grupo de rap, puedo seguir investigando, porque es un entorno que conozco y controlo. Aquí podría aportar alguna luz. Pero ese sendero del esquema no me interesa, así que no lo surcaré.
- ¿Cómo que no te interesa? ¿Tienes miedo de descubrir que alguien de *Ajos y Soja* asesinó a Ricky? ¿Qué pinta Jorge Nara al final de esa ruta?
- Jorge Nara es, precisamente, la razón de que yo no investigue en *Ajos y Soja*. ¿Es que no lo ves? Esa es la única ruta que está siguiendo la policía, pero después de tantos meses no han llegado a ningún sitio. Si ellos, con todos los medios y todo el tiempo del mundo, no avanzan, será porque es un camino equivocado.
 - ¿Estás segura, Ale?





171



- ¡Por supuesto que no! Solo es una hipótesis. Puede ser que la policía sea bastante inepta y esté estancada.
 - Entonces creo que debes investigar Ajos y Soja.
- Me has pedido ayuda porque crees que el inspector Nara lleva un rumbo equivocado. Si investigo *Ajos y Soja*, que es lo que debería porque es el único entorno de Ricky que conozco, paradójicamente seguiría los pasos de Nara, y me toparía con el mismo muro que él. En cualquier caso, tal vez piense en ello, pero desde otra perspectiva y por otro trayecto.
- Vale, continúa. ¿Qué es esto? —preguntó, mientras señalaba la parte que estaba debajo de Jorge Nara.
- Fuera del entorno del rap; puede haber un posible móvil en el entorno de familiares y amigos. Ahí tendrías que echarme una mano, sobre todo con posibles amigos y conocidos, porque no lo controlo.
 - ¿Y la familia?
- No creo que sus padres o Raúl, su hermano, fuesen capaces de matarlo, tendrían que tener una razón de mucho peso o estar perturbados. No conozco a tus suegros. En cuanto a Raúl, tiene unas ideas un poco raritas por la secta esa en que está metido, pero no está loco.
 - ¿Y su mujer, Susana? ¿Y yo?
- ¡Vamos, Ivana! Piensa con más agilidad, te considero más lista. Susana no era aún la novia de Raúl y ni siquiera llegó a conocer a Ricky. Y tú... ¡Por Dios, ibas en el coche y casi te matas! ¿Acaso querrías suicidarte y te salió mal? Lo habrías hecho posteriormente si así fuere. Pero volvamos al grupo de rap. Sabemos cómo piensa Jorge Nara, así que tratemos de seguir su







razonamiento. Pepe. ¿Cuál sería su móvil? Recuerda que tenemos que centrarnos en el móvil, Ivana. ¿El liderazgo de Ajos y Soja? Entramos en un bucle contradictorio.

- ¿Eso qué es?
- Considerar eso como móvil de asesinato es demencial, lo que me lleva al punto "A".

Ivana miró rápidamente el papel para seguir el razonamiento de su hermana.

- O sea, que Jorge está loco.
- Sí, Jorge está loco por seguir este camino y no querer salir de él. Y digo que es una contradicción porque, al principio, habíamos rechazado la opción "A", pero una rama de la opción "B" nos vuelve a llevar a ella.
 - Y eso es... lo que tú llamas... un bucle contradictorio.
- Es que dedujimos que era asesinato, no que Jorge estaba chiflado. Pero, dentro de la lógica del asesinato, tiene un comportamiento irracional.
- ¡A la mierda con Jorge! ¡No nos desviemos con ese tarado!
- Tienes razón, Ivana. Estás aprendiendo a pensar como yo —se congratuló la pequeña Alejandra—. Consideremos, pues, que Jorge es un "colateral". Nos habíamos quedado con Pepe. En cuanto al Oso o a otros raperos, no se me ocurren motivos aparentes, por lo que los descarto.
 - A Oso ya nos lo ha descartado el asesino.







- Siempre existe la posibilidad de que los asesinatos posteriores sean obra de algún imitador, o que alguien se cargue al primer asesino por un motivo relacionado con el crimen. Yo no lo creo, pero es una posibilidad. De todas formas, descarto a Oso, no porque esté muerto, sino porque no tiene motivos.
 - ¿Isaac?
- Objetivamente improbable, pero posible. La policía tiene contrastado que estaba en La Caldera, pero recuerda que el veneno lo ingirió Ricky; podría habérselo hecho llegar de alguna manera. Subjetivamente lo creo incapaz y lo descarto. Lo conozco mejor que nadie y sé que él no fue.

Ivana dirigió una extraña mirada a Ale. La pequeña la leyó e interpretó a la primera, gracias a su inteligencia; además, conocía muy bien a Ivana.

- ¡Venga, Ivana! ¡Pregúntalo ya!
- Pues... ¿Y tú?
- Es la única rama que tendrías que atravesar tú sola si quieres que resolvamos esto. No pienso ayudarte. A lo mejor tu marido me follaba como a una perra y no me gustaba porque la tenía pequeña. Por eso me lo cargué.

Ivana soltó la primera carcajada. Ale intentó mantener la seriedad pero, finalmente, sucumbió a la complicidad y acabaron descojonadas de risa, dejando fluir las contenidas lágrimas que pretendían aparentar alegría pero que, en el fondo, ocultaban una íntima y profunda tensión que ninguna de las dos era capaz de aceptar. Ambas querían vivir, y no estaban dispuestas a permitir que las piezas que se estaban desmoronando a su alrededor







les destrozase el bienestar o, peor aún, les hiciese perder la cordura. Por eso se burlaban de la propia muerte que, amenazante, había acampado en sus vidas; como si no fuese con ellas.

Hicieron una pequeña pausa no pactada, porque ambas lo necesitaban. Ale entró en el cuarto de baño y su hermana aprovechó para lavar las tazas de café. Más relajadas, continuaron con el esbozo.

- ¿Por qué marcas el móvil oculto?
- Es importante. Lo que tengo rodeado es la parte sustancial, o sea, los pasos que tengo que seguir para ayudarte. Lo de "Every Which Way But Loose" es el título original de una película protagonizada por Clint Eastwood, "Duro de pelar". Eso quiere decir que no va a ser fácil, porque no se trata de seguir los típicos pasos policiales: posible móvil, consecuente sospechoso. En esta rama hay que descubrir el móvil, porque es desconocido para nosotras.
- Pero es una rama más, de las muchas que tiene tu árbol. ¿Por qué es tan importante?
- La rama gorda que está debajo, con todas sus pequeñas arterias, no nos lleva a ningún sitio.
 - Entonces... ¿tu instinto te dice que sigas este camino?
- ¿Mi instinto? ¿De qué cojones hablas, hermana? Me lo dice mi lógica, no mi instinto. Pero vamos al segundo aspecto —dijo Ale, mientras señalaba la zona inferior del esquema que había diseñado—. Dando por hecho que tu marido fue asesinado, ¿cómo lo hicieron?







- Según el idiota, lo envenenaron con pez globo.
- Sí, eso ya lo sabemos y es indiscutible. Está respaldado por el laboratorio, no por el inspector. Pero yo me refiero a cómo llegó el pescado a su estómago.
- ¿Vale por vía oral? —se atrevió a bromear, sin suerte, Ivana. La fulminante mirada de su hermana la hizo callar.
- Aún no he pensado mucho en este punto, no he tenido tiempo. Tendré que dedicarle unos minutos, pero seguro que la solución es fácil de averiguar. El problema, como en todo el asunto, es que solo contamos con la información que ha filtrado Trapus, pero lo más probable es que ellos sepan más de lo que cuentan, o sea, más que nosotras. Así que estamos en desventaja.
- Y aquí, tú vuelves a remarcar un camino a seguir —interpretó Ivana, con los ojos clavados en el papel.
- Sí, el envenenamiento accidental está descartado por dos razones. La primera, porque tu marido confundía la caña de pescar con la batuta de una orquesta. Y tampoco me lo veo comprando pescado en el muelle. No olvides que la clave del asesinato es que, quien lo hizo, trató de que pareciera accidental. Y fue tan inteligente que utilizó fugu fresco en vez de traerlo congelado.
- Pues en los crímenes posteriores no tomó tantas precauciones —razonó.
- Ya, pero, suponiendo que los cometiera la misma persona, mi teoría es que solo quería asesinar a Ricky.
 - ¿Hablas de testigos o cómplices? —se escandalizó Ivana.







- Tal vez. Aunque también puede ser que, harto de que Nara no abandonase nunca y temiendo por su inmunidad, intentase implicar a otra persona como sospechosa. Hay que reconocerle una cosa al inspector. Su constancia, el no abandonar nunca la improbable tesis de asesinato (cuando parecía una muerte accidental), habría puesto nervioso (o nerviosa) al asesino.
 - Es una buena teoría, hermanita, me gusta. Sigue.
- Ya está. Solo nos queda un camino, Ricky fue envenenado por alguien. ¿Cómo? Con fugu fresco. ¿Cómo lo consumió? Eso no importa, el asesino se lo ofreció. Lo conocía. Pero la pista a seguir, la que debe llevarnos al origen de esta increíble trama, está en la respuesta a la pregunta ¿cómo llegó el pescado, vivo, a Canarias?
 - -;Y...?
- Ya te he dicho que aún no lo he pensado, pero será algo evidente.

Ale se levantó y paseó por el salón de su hermana. Hasta ahora no se había fijado en la diferencia con su vivienda. La casa de Ivana no tenía cables, o los tenía escondidos. ¿Cómo podía habitarse una casa sin cables? ¿Y la tele? Nunca la había visto encendida, quizá no funcionara. Pero las luces sí que funcionaban, así que los cables eléctricos estarían ocultos tras la pared. ¿Ocurría lo mismo en el "Aula Veranos"? Jamás se le había ocurrido mirar hacia arriba; y eso que ella era una experta analítica de perspectivas. Tomó nota mental de que, por mucho que







descubriese una nueva, siempre existiría otra dimensión posterior que ampliaría su visión de las cosas.

- ¡Ya sé cómo lo hicieron! gritó.
- ¿Lo hicieron? ¿Más de uno?
- Me refiero al transporte. ¡Es evidente! Supongo que la policía estará trabajando en ello. Lo siento, Ivana, pero tengo que hacer algunas investigaciones. Ahora no te lo voy a explicar, porque no estoy muy segura. ¡Adiós, hermana!

La dejó con la palabra en la boca, pero no le importó. Ivana no sentía ansiedad por averiguar quién se había cargado a Ricky. Su único interés en esto era que Jorge, el grano en el culo, volviera a desaparecer de su vida.

Palíndromo:

Ale ver. Ale trázale árbol, obra el azar, te la revela

Madrid

El psiquiatra estaba aburrido de escuchar las palabras del tedioso conferenciante. Le habían hecho creer que el ciclo de conferencias sobre tratamientos y psicoterapias le aportaría un punto de vista diferente y enriquecería sus arcaicos procedimientos, pero, nada más iniciarse la primera sesión, se arrepintió de haber volado desde Canarias. Recién jubilado, se había embarcado en una pérdida de tiempo, ya que él no iba a ejercer profesionalmente la psiquiatría, así que todo aquel ambiente no







le interesaba. En el fondo, había acudido como pretexto para salir de su casa un par de días, su cuerpo se lo estaba pidiendo. El psiquiatra recordó que el hotel donde se encontraba estaba relativamente cerca del Palacio Real, y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Habían pasado nada menos que veintitrés años y, por eso, estaba orgulloso de su intelecto. Logró poner en jaque a toda la policía del país y, todavía hoy, la prensa hablaba de su hazaña. Su reputación estaba intacta, tanto la de psiquiatra como la de astuto. A la vuelta, tenía que hacer escala en Las Palmas, así que se pasaría por el almacén para deleitarse con el último cuadro que le quedaba, antes de desprenderse de él y poder dormir tranquilo del todo. Decidió levantarse de su asiento, sin importarle la falta de educación aparejada al acto, y se dirigió al bar del hotel para brindar por aquellos tiempos.

Palíndromo:

Honor dale de ladrón, joh!

El Sauzal

Su conclusión era inapelable. Mientras se cocinaba la pasta, Ale revisó mentalmente toda la información y se dio cuenta de que había un solo camino, por lo menos a simple vista. Podría pensar en algo más rebuscado, pero al asesino no le interesaba un transporte de fugu rebuscado, sino efectivo. Solo pretendía despistar a las autoridades y, seguramente, jamás hubiera imaginado que la hipótesis de asesinato se llegase a barajar.





Así que, si el fugu que ingirió Ricky era fresco, sería porque llegó fresco. Y si no lo pescó, ni lo compró, ni lo compartió con alguien por invitación (en tal caso habrían más afectados; además, según Ivana, almorzó solo), se lo tuvieron que ofrecer premeditadamente, de forma planificada; no cabía el escenario de que alguien lo pescara y, sobre la marcha, se le ocurriese: "¿Qué tal si asesino a Ricky Roque con este pescadito?". Tuvo que llegar en un barco, probablemente desde Japón o sus alrededores. Si el asesino lo encargó, habría que pensar en Japón como el origen más probable. Y si no vino congelado se debía a que el barco albergaba una piscifactoría, seguramente un pequeño estanque oculto bajo el casco, donde el pez globo viviese sus últimos días escondido a ojos de curiosos e inspectores sanitarios. ¿Por qué vivo, si el veneno no se destruye por congelación? La respuesta era de una sencillez palmaria: para que Nara o Trapus jamás siguiesen la pista del barco. Era un encargo, alguien había pagado por ello y el barco no tenía por qué implicarse. Ellos no eran asesinos, sino contrabandistas, no les interesaba saber qué harían con el pez globo.

— Una piscifactoría en un barco. ¿Es posible?

Apagó el fuego, retiró la pasta y buscó información en internet. Era posible, pero Ale daba más credibilidad a algo pequeño y oculto, tipo estanque. Recordó un detalle que les había confesado Trapus a espaldas de Nara. El veneno del pez globo no era generado por su propio metabolismo; procedía de un alga, la "jania nosequé", a la que seguramente el pececito de marras era adicto. Así que, para asegurarse de que el fugu siguiese siendo efectivo al desembarcar en Tenerife, en el estanque también tendría que haber veneno. O eso, o tendrían la seguridad de que el pez mantendría, al llegar a Canarias, la dosis de veneno necesaria para matar.







Ale tendría que ponerse inmediatamente a buscar el barco y ponerle nombre. Estaba segura de que, ahora, le llevaba una buena ventaja al inepto de Nara.

Palíndromo:

A ti veneno ponen, evita











Saja, ni toc ni cloc, a la col CINCO tinajas

Santa Cruz de Tenerife

Sabía que era un camino sin salida, pero había que intentarlo. La página web de la Autoridad Portuaria recogía datos sobre actividades de tráfico portuario con todo tipo de estadísticas, un auténtico dossier sobre Líneas Marítimas Regulares, datos financieros, obras proyectadas en todos los puertos de la provincia... Pero allí no podía acceder a un listado de los barcos que habían atracado en Tenerife, en enero.

El plan B las había llevado a una sala de fiestas privada de la capital tinerfeña, cuya actividad consistía en organizar bailes de salón para personas mayores (desde cuarentones en adelante), quienes bailaban durante horas las baladas secuestradas y retenidas allí dentro, contra su voluntad (de los "puretas", no de las baladas), mientras, en el exterior, la tecnología y el progreso los excluía (a ellos y a sus baladas). Salvo a los que se adaptasen al ambiente juvenil, claro.









La primera barrera que tuvieron que salvar fue sencilla porque, casualmente, el portero de la sala había sido novio de Ale cuando ella apenas tenía dieciséis años. La joven nunca le permitió llegar más allá de unos besos y unos magreos a través de la ropa, por lo que estaba segura de que el muchacho arrastraba una frustración de machito insatisfecho, al no haber podido desarrollar libremente su calentura sexual aquellos días. Ale se le había resistido, y eso suponía una mancha en su expediente. Gracias a eso, no habían tenido excesivos problemas para entrar, aunque, en el regateo correspondiente, Ale le debía ahora una felación al portero.

Pero el acceso a la zona de bar, bordeando lateralmente la pista de baile, incomodó un poco a Ivana por las mal disimuladas miradas de asombro que ambas jóvenes generaban, sobre todo ella, no tanto por su edad, que también, sino por el propio aspecto físico. Lo habían hablado antes y le habían dado muchas vueltas. Finalmente habían decidido no "disfrazarse", mejor ser ellas mismas. Ivana había sugerido que no era buena idea, porque llamarían mucho la atención y podrían echarlas del local. Pero Ale dedujo que era mejor arriesgarse porque, precisamente, su objetivo era llamar la atención. No de todo el mundo, solo de Federico.

En cuanto al tercer problema, había costado mucho más dilucidarlo. Decidir cuál de las dos le echaría el polvo a Federico había supuesto una discusión entre las hermanas, tan dura que estuvieron a punto de llegar a las manos. Nerviosa por la situación, mientras habían estado discutiendo en la cocina de Ivana, Ale había cogido la piedra caliza y la había estado lamiendo compulsivamente, aunque esta vez había sido como un acto reflejo, porque no le había proporcionado el placer de otras ocasiones.









"La alemana" pretendía atrincherarse en el hecho de que aquella no era su guerra, bastante hacía con ayudar a Ivana. Ivana le había dicho que, dado el perfil de Federico, elaborado por la propia psicología de Ale, al cincuentón se le caería la baba tirándose a una chica de veintidós años, mucho más que a una cantante de rap, calva, tatuada y llena de pírsines. Ale no lo tenía tan claro. Ivana parecía mucho más joven de lo que era, e intuía que al viejo le ponían las rarezas. No es que considerase el aspecto de su hermana una rareza, pero, seguramente, Federico sí. Además, bastante tenía Ale con camelarse al portero como para tener que trabajarse también al alto directivo de la Autoridad Portuaria.

Finalmente, la solución al problema se había dejado en manos de la providencia. Habían pactado un acuerdo, prometiendo respetarlo, según el cual, las dos coquetearían con Federico, y sería él quien eligiese a su presa (sin saber que la presa era él).

- ¿Y si quiere follarnos a las dos? —bromeó Ivana, a medida que avanzaban hacia la barra.
- ¡Joder, tía, qué morbosa eres! Tendríamos que montarnos un trío —respondió Ale, inquieta, porque esa era una posibilidad real, y no estaban las cosas como para tomárselas a broma.

El andar intencionadamente provocativo de Ivana suscitó todo tipo de murmullos en la pista central. Los rostros de repulsión de las señoras mayores (grado de repulsión directamente proporcional a la edad) contrastaban con los fingidos gestos de desaprobación de sus acompañantes varones quienes, en el fondo, se comían a las atrevidas y atractivas jóvenes con la mirada. Casualmente, Federico estaba en la barra, solo, mirando a izquierda y derecha, como ansioso por ligar con alguna vieja







libidinosa. Al ver a las dos jóvenes que se dirigían grácilmente a pedir algo, les clavó los ojos para no despegarlos más.

Ale sabía que el viejo no se atrevería jamás a acercarse, ellas eran una fruta prohibida para su edad, de esas frutas que solo podía saborear con la vista y con la calenturienta imaginación, así que la iniciativa la tendrían que forzar Ivana y ella.

"La alemana" había planificado este encuentro en poco más de una semana. Primero había "patrullado" los muelles (con un coche de alquiler, porque ella no tenía uno propio), había averiguado (a través de internet) los nombres de todos los altos cargos, y luego los había analizado y seguido, uno a uno, averiguando sus costumbres y rutinas. Por último, había reducido el grupo a dos candidatos, pero Federico Montero era el que, a su juicio, cumplía mejor el perfil de sujeto sobornable. El otro candidato parecía más propenso a colaborar a cambio de dinero, pero ellas no podían ofrecer esa contraprestación. Sí, en cambio, un favor sexual.

Ivana le había dicho que fuera a la Autoridad Portuaria y, simplemente, solicitase un listado de atraques porque, según ella, era una información pública y no deberían negársela. Ale no estaba segura y, además, si iniciaba ese camino, era muy probable que la toreasen y le fuesen dando largas; encontrar a un funcionario dispuesto a generar e imprimir el listado, tal vez no fuese tan sencillo. Pero la razón primordial para no acudir en persona era la de no levantar sospechas. ¿Para qué podía querer una chica de veintidós años una lista de los barcos atracados en enero en Santa Cruz de Tenerife? Por un lado, Jorge Nara lo sabría, ya que todos ellos estaban siendo vigilados, y eso era lo último que deseaba. Por otra parte, podría llamar la atención







de una supuesta trama de contrabando, poniendo en peligro su propia vida. Por más que le asqueara, la única alternativa había sido comprar un boleto, donde tenía un cincuenta por ciento de probabilidad de que le tocara "el viejo".

Ivana no entendía el interés de Ale en el listado de barcos, pero se había dejado convencer de que era una pista decisiva. Ale consideraba a Ivana muy corta, porque era incapaz de relacionar las palabras "barco" y "pez". Para ella, por lo visto, el pez globo solo pudo haber emergido del fondo del mar.

Ale había averiguado que Federico estaba casado y tenía tres hijos que no vivían en Canarias. Su matrimonio era una unión resquebrajada por la rutina y el aburrimiento, aunque este no era un dato objetivo, sino una interpretación suya. Por lo minuciosa que era, se esforzaba en diferenciar los datos objetivos de los subjetivos, pero, eso sí, a estos últimos les asignaba un grado de ponderación basado en las pautas conductuales del ser humano. Cuando había hecho de detective privado (el fin de semana), estudió las reacciones gestuales de su presa, en el centro comercial, donde se desenvolvía incómodo junto a su alegre mujer, quien, seguramente, disfrutaba hasta el éxtasis haciendo la compra semanal. Para compensar el malestar generado por la putada de tener que ir de tiendas, Federico miraba disimulada e indiscriminadamente a todo lo que se movía a su alrededor que tuviera falda, o pantalón y melena. Suficiente. Federico era el elegido.

En la zona de bar de la sala de fiestas, Ale decidió improvisar, adoptando una estrategia de impacto, sorprendiendo a Federico con un ataque inesperado.

— ¿Tú qué miras? —le gritó con agresividad, propiciando que todo el mundo mirase hacia él y que nadie osase volverse







de nuevo hacia las jóvenes. Ivana también se sorprendió por la brusquedad de su hermana.

- ¿Yo? —dijo, sorprendido, tocándose el pecho con el dedo índice para reafirmar su duda.
 - No nos quitabas los ojos de encima, tío.
- Lo siento... Yo... miraba en esa dirección y... me llamó la atención ver a gente tan joven en este lugar.
- Perdona, la he pagado contigo. Venía calentita porque toda la pista de baile nos acaba de acosar con la mirada. Me llamo Ale, y ella es Ivana.
 - Yo... me llamo Federico.

El hombre estaba tenso, sin saber cómo comportarse ante una situación así, nueva para él, porque nunca se le habían acercado dos criaturas como aquellas, radiantes y rebosando amabilidad hacia él. Los "inocentes" besos que ambas le dieron lo desconcertaron aún más, sobre todo cuando sus labios rozaron el pirsin que Ivana llevaba engarzado muy cerca de su cavidad bucal, y que ella, con toda la intención y disimulo, se esforzó (con éxito) en acercar a la boca de Federico.

— ¿Me dejáis que os invite a una copa?

Federico se arrepintió al momento, porque una cosa eran las fantasías sexuales y otra jugar con fuego; aunque estaba seguro de que, si aceptaban, se marcharían al terminar la copa, y él tendría una ficha masturbatoria registrada en el lado guarro de su cerebro. Pero el ofrecimiento no solo fue aceptado, sino que las jóvenes llevaron el juego al límite, cruzando las fronteras lascivas y haciéndolo caer en una perversa trampa de la que le iba a costar salir. Necesitaría mucha voluntad, pero los olores de aquellas ninfas, que se pegaban cada vez más a su cuerpo, controlaban







dicha voluntad a su antojo. Federico sabía que la fidelidad a su mujer, que tantos años y esfuerzo le había costado mantener, dependía de la intención de las jóvenes, ya que él estaba dispuesto a dejarse llevar por los encantos femeninos.

Antes de que su hermana se adelantase, Ale la dejó a solas con él, y se puso a hablar y a coquetear con otros clientes. La muy traicionera, ni siquiera había respetado el pacto: esperar a que fuese Federico el que eligiera. Ivana sabía que el resto era cosa suya: dejarse follar y pedirle el listado, a cambio. No tenía dudas de que él se lo daría, porque la "ficha" elaborada por Ale sentenciaba que Federico evitaría a toda costa que su mujer descubriese los cuernos que le aplastaban el cráneo.

En un tiempo récord, Federico había caído en la red que las dos hermanas habían cocinado a fuego lento.

Palíndromo:

Yo haré mi Federico, cocí red efímera hoy

El Sauzal

Con la desconfianza que le caracterizaba, entró en casa de Alejandra aquella tarde de viernes, a finales de agosto. Su amiga le había cursado una invitación inesperada. Ella había utilizado a su ex novio, Isaac Parra, para armar un programa cuyo éxito estaba garantizado antes, incluso, de entrevistarse con él en la cárcel. El supuesto maltratador de mujeres se había ensañado con una antigua compañera de un grupo musical al que ambos habían pertenecido, una tal Libra. Todo parecía estar relacionado con







una disputa por la propiedad de un poni, pero llegar a cometer un crimen implicaba que estábamos ante un ser deleznable, capaz de anteponer cualquier excusa, incluso un poni, para dar rienda suelta a sus instintos misóginos y sanguinarios. Por otro lado, Ana Pérez era consciente de que había infligido un daño intencionado a su amiga (tal vez porque nunca le había caído bien), no ya por destrozar a su novio, sino porque había sembrado la duda de que Ale podría ser la víctima más castigada por el maltratador. Y esa duda dibujaba a una Alejandra sumisa, controlada y débil. En el fondo, Ana no lo creía así, pero como el panorama era televisivamente vendible, no se arrepentía de lo que había hecho ni pensaba rectificar. Al fin y al cabo, siempre se había jactado de carecer de escrúpulos, condición que no estaba dispuesta a perder. Por tanto, Ana Pérez, que estaba pasando unos días de vacaciones en la isla, acudió a casa de Ale, prevenida. Si se trataba de una recriminación, no le daría mayor importancia, "*¡que te den, Ale!*", pero si se trataba de una trampa, venía preparada para todo, con los cinco sentidos más el instinto periodístico alerta.

Ale creía que tenía todo controlado, pero enseguida se dio cuenta de que Ana no se lo iba a poner fácil. Al principio, ni los mini-bocadillos de nocilla que había preparado, con pan caliente (recordaba que, de joven, Ana era adicta a la nocilla), surtieron el efecto deseado. Llevaba las uñas más afiladas de lo que se podría esperar cuando se está en una casa ajena, como invitada. Tendría que ser muy lista para engañarla, por lo que decidió añadir un poco de alcohol al plan.

— Si tu invitación está relacionada con Isaac Parra, pierdes el tiempo, querida. Aunque esté en libertad, creo que es el responsable







de la muerte de la chica. Y si no lo es, ya no tiene importancia, el programa de televisión es el pasado, la tele es así.

- Verás, Ana, mi llamada sí que tiene que ver con Isaac. Desde que pasaron el programa, he tenido sentimientos encontrados hacia ti. Al principio, te odié, y le dije a mis amigos que algún día te jodería viva. Luego me di cuenta de que mi odio estaba justificado, pero no así el destinatario del mismo. Aproveché que "pasabas por allí" para "cagarme en tus muertos", y ahora te pido disculpas por ello.
- No te entiendo —dijo Ana, apurando el vaso de whisky y cogiendo de la mesa un bocadito (aún caliente) de nocilla, una mezcla increíble que, en el pasado, había caracterizado a Ana en el ambiente nocturno.

Mientras le servía más whisky, Ale recordó, por un instante, que a Ana la llamaban "la gorda de la nocilla".

- Al principio me negué a creer lo evidente, Ana. Todos mis amigos querían abrirme los ojos, pero yo los mantuve cerrados. Era la única que defendía a Isaac, estaba segura de su inocencia. ¡Estúpida de mí! Ivana decía que estaba perdiendo el rumbo, y me recriminó mi actitud agresiva hacia tu programa. Decía que tú sí eras una buena amiga, aparte de una gran profesional. Yo no lo creía, deseaba que no existieras.
 - ¿Por qué cambiaste de idea, Ale?
- Me metí en un centro de desintoxicación. Lo tenía fácil, ese centro estaba en mi cabeza. No sé si sabes que me dedico a los pasatiempos de lógica. Pues apliqué mi filosofía e intenté objetivar. ¡Joder, qué tonta he sido! ¡Hasta un niño puede ver la culpabilidad de ese hijoputa!
 - Pero está en la calle —dijo, y siguió bebiendo.







- Es cuestión de tiempo, no lo dudes. Las pruebas policiales tienen que estar bien armadas y, por lo visto, hay algún fleco suelto en el caso de Libra, no lo sé. Pero con la muerte de Oso Coronel ya no hay dudas, el muy cerdo ha huido. Y yo me siento estafada.
 - No me esperaba esto, Ale.
- ¡No te creas que te vas a ir de rositas! Hay algo de lo que dijiste en el programa que no es verdad, y eso sí que no te lo perdono —confesó, con supuesto aire de condescendencia—. ¡Tú me conoces, Ana, por Dios! ¿Crees que ese cabrón me ha puesto la mano encima? Si piensas así, me ofendes.
- Lo siento, pero a veces las apariencias engañan. Me he topado con muchas mujeres maltratadas que, cualquiera lo diría, tienen más pinta de ser ellas las castigadoras.

Ale se levantó, se agachó frente al sillón que ocupaba Ana y le dio un súbito abrazo. Además, logró fingir un par de lágrimas. Ana, perpleja, le dio un par de golpecitos en la espalda.

— Tengo una sorpresa para ti, Ana. Espera.

Entró en su dormitorio, abrió el cajón de la mesilla de noche y volvió con dos pequeñas papeletas en la mano.

- Son entradas para el concierto de esta noche.
- ¿El de *Ajos y Soja*, en La Laguna? —se sorprendió la periodista.
- ¡Claro! ¡Venga, vamos ya o llegamos tarde! Quiero que disfrutes viendo a mi hermana en acción.
- ¡Espera! —gritó Ana, mientras cogía de la mesa el último bocadillo.







Palíndromo:

Asir pan asado allí con nocilla o das Ana prisa

Plaza del Cristo, La Laguna

Alejandra había rebuscado entre la mierda hasta obtener toda la información posible sobre Ana Pérez, y lo había hecho con precisión quirúrgica, asegurándose de no llamar la atención. Gracias, sobre todo, a una amiga común (de Las Palmas), compañera de estudios de Ana, que ahora vivía en Madrid y que odiaba a la periodista por algún conflicto de liderazgo estudiantil, se había enterado de que su imparable ascenso hasta el trono no era solo fruto del azar y de sus aptitudes. Al parecer, se había follado a varios directivos de la cadena. Claro que esto podría ser una exageración o un rumor venenoso en la boca adecuada, pero Ale lo consideró como muy probable. Llegar hasta donde lo había hecho, a su edad, no era fácil. Además, encontró en prensa amarillista algunos escándalos sexuales, denunciados y ocultados, de ciertos directivos de la cadena donde trabajaba Ana que nunca pudieron corroborarse judicialmente.

La joven había pasado de estar bastante obesa y enganchada a drogas de diseño, a los dieciocho años, a convertirse en una atractiva seductora tras un extraño régimen del que se negaba a dar detalles a los curiosos de su entorno. En televisión, había







tenido un comienzo incompatible con su cometido actual. Curiosamente, se inició presentando un programa de dibujos animados, y pronto se convirtió en la cara más conocida entre el público infantil, y eso que solo estuvo dos meses. A pesar de su éxito (o quizá gracias a él), enseguida la ubicaron en el programa de telebasura, lo que para Ana significaba subir como la espuma, y allí seguía, desenvolviéndose con una soltura digna de elogio. Parecía que ella había nacido para el programa y el programa para ella. En una entrevista hecha para un espacio de la propia cadena, no había tenido ningún reparo en admitir que estaba orgullosa de ser una estrella, y que los dibujos animados "eran cosa de niños", no de personas serias.

El concierto de esa noche no estaba previsto inicialmente en la programación anual del grupo de rap. Se había improvisado a última hora, tras negociar y firmar un desventajoso acuerdo con el ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna. La razón no era otra que homenajear a Oso Coronel, así que el poco margen de regateo con la corporación municipal les generaría (a buen seguro) pérdidas. Un operario de sonido de *Ajos y Soja* se les acercó y les ofreció el porro que se estaba fumando.

- ¡Hola, Ale! Casi no llegas.
- Hola, te presento a Ana. —Ale cogió el porro que le tendían y, mientras ellos se saludaban, le dio una profunda calada. Luego se lo ofreció a Ana.
- No, gracias. He bebido mucho whisky en tu casa y mañana tengo que coger el avión para Madrid. Tengo que controlar un poco.

Susana y Raúl estaban a escasos metros. Ale los vio, agarró a Ana del brazo y corrió hacia ellos. No se esperaba la noticia, pero







sí que los había notado excesivamente acaramelados y alegres. Tras las oportunas presentaciones, Susana lo confirmó.

- ¡Creo que estoy embarazada!
- ¿De Raúl? preguntó Ale, señalando al hermano de Ricky Roque.
 - ¿De quién si no? contestó Susana, riéndose.
 - Me alegro un montón, de verdad.
- Oye... —se arriesgó a comentar tímidamente Raúl, dirigiéndose a Ana Pérez—. ¿No eres tú la que desenmascaró a Isaac Parra?
- Sí, ya sabes de lo que es capaz de hacer la tele, sacarle las vísceras a cualquier cabrón —se adelantó Ale, ante la cara de sorpresa de Susana, pues ninguno de los dos, ni Raúl ni ella, había sido informado de que la venganza iba a materializarse en breve.

El concierto comenzó. El ritmo pegadizo de las melodías recitadas y los inagotables bailes break, arrancaron del letargo a los impacientes espectadores, quienes acompañaban con sus palmas las letras que, tras la muerte del Maestro de Ceremonias (Ricky Roque), entonaban, básicamente, Tom e Ivana. A Ana se le veía disfrutar, no solo por el espectáculo, sino cuando alguien del público la reconocía y se acercaba para felicitarla por el programa. Ale la abrazaba continuamente, la cogía de la mano y la invitaba a danzar con ella, dejándose envolver por el beat. Las rimas y poesías no tenían desperdicio, y Ana sabía que la principal responsable de aquellos sonidos hablados era su amiga. Fue al finalizar el tercer tema cuando Ale le dio la sorpresa.







- Tengo algo para ti que te va a gustar. No te he traído hasta aquí solo para invitarte a ver un concierto, sino para agradecerte públicamente que me hayas abierto los ojos respecto a Isaac.
- ¿Qué quieres decir? Ya te he dicho que solo he hecho mi trabajo. Isaac Parra es un cabrón y me he limitado a desenmascararlo.
 - Sabes lo que es un palíndromo, ¿verdad?
- Sí, claro, esas frasecitas que se leen igual al revés que al derecho.
- He compuesto una melodía especial para ti, hecha estrictamente con versos palindrómicos. ¡Espera!

La dejó con la palabra en la boca y subió al escenario.

— ¡Amantes del hip hop! —gritaba Ivana, acompañada por aportaciones rítmicas del "DJ" —. ¡Os presento a nuestra letrista!

Ale se acercó a su hermana (que estaba enfundada bajo una gorra de punto amarilla) y le dio un abrazo. Luego saludó al enfervorizado público, que no paraba de aplaudir, silbar y gritar. Ivana le cedió el micrófono y se dirigió a la audiencia.

— El siguiente tema lo he compuesto especialmente para una amiga que estudió conmigo en el instituto, y que esta noche nos acompaña.

Muchos rostros cercanos a Ana se giraron hacia ella, seguros de que era la destinataria de la canción. La presentadora se infló de orgullo, sonriendo a quienes la miraban. Ale siguió hablando.

— Mi amiga ha subido como la espuma desde entonces. Antes nos colocábamos juntas, pero ahora me jura que se ha







sometido a una limpieza total de toxinas en sangre. ¡No la culpen! Su trabajo es el responsable de eso.

Mucha gente empezó a reír por la ocurrente broma, pero a Ana no le hizo gracia. Aun así y dada su altivez, le estaba agradecida a Ale, pues la había convertido, sin esperarlo, en una de las estrellas de la noche. Aunque aún ignoraba qué punto alcanzaría su estrellato.

— Los versos que va a recitar Ajos y Soja están construidos de una forma especial, porque mi amiga así lo merece. Son palíndromos. Quien no sepa qué es eso, que mañana lo busque en el diccionario.

Abandonó el escenario, entre aplausos, y fue a dar con Ana. Esta le dio las gracias con un fuerte abrazo. "La alemana" no dejaba de sonreír.

Los impulsos musicales de base comenzaron. A partir de ese instante, Ale no volvió a mirar el escenario. Clavó la vista y la sonrisa en la víbora que la había humillado en televisión, quería disfrutar con todo el proceso de evolución gestual hacia el averno. No lo hacía por Isaac Parra, sino por ella misma. Entonces Ivana empezó a cantar, con el micro en la derecha; la izquierda, exageradamente doblada, dando un golpe suave en el aire por cada sílaba métrica; los pies desplazándose en un errático paseo por el escenario. Y mirando fijamente a Ana Pérez.

> A la puta, túpala A la zorra, "rrózala" A la porra, arrópala A la perra, arre pala







Ata Parra, garrapata

A tu padre, cerda puta

A evadir dopada, gorda drogada podrida vea

La tele, ¡uf!, no "dibus", ese subidón fue letal

Sí, alevosía dais o veláis

A cachoo mocosa, por pesada, se propasó como... ¡oh, caca!

Tenía los ojos inyectados de odio, pero era incapaz de retener la mirada acosadora (y acusadora) de Ale. Escuchaba risas a su alrededor y notaba que cada vez la miraban con mayor desconfianza. Su hermoso cutis empezó a enrojecer, y abrió la boca para escupir cualquier veneno sobre Ale. Pero, como no le salían las palabras, el escupitajo fue textual, encharcando de saliva los ojos de "la alemana", quien seguía sonriendo. La letrista de aquel despropósito le guiñó el ojo sucio.

Se dio cuenta de que su reacción había sido ridícula, porque implicaba reconocerle a Ale que la había derrotado. Lo más humillante para Ana era el hecho de que no era su amiga quien la ridiculizaba directamente, sino Ivana; ella había ido allí con Ale, no con Ivana. Si hubiese sido en privado, se habría podido defender. Pero Ale había construido un escenario en el que implicaba a otra gente, convirtiendo la venganza en escarnio público. Incapaz de soportar por más tiempo la afrenta, huyó de la Plaza del Cristo a la carrera.





Palíndromo:

¿Ana vino con Ivana?

Aula Veranos, Taco

Sabía que el negro estaba solo esa noche. Los últimos visitantes del C.O.L. (dos hermanos pre-adolescentes, que solían leer y jugar en el centro lúdico mientras esperaban a que su madre saliera del trabajo y los recogiera) se habían ido hacía escasos minutos. Eran los primeros días de septiembre y apenas faltaban unos días para el comienzo del curso escolar, momento a partir del cual cambiarían las rutinas y los hábitos veraniegos por los propios de la época otoñal. Los críos acudirían a los colegios y a las actividades extraescolares y deportivas. Entonces comenzarían los diferentes talleres en el "C.O.L. Aula Veranos", y José Tomás contrataría a tres o cuatro monitores por horas sueltas para impartirlos: música folclórica, baile de salón, diferentes actividades de ocio para la tercera edad... Él se encargaría de enseñar breakdance, y Alejandra sería la responsable de la sección de guardería. El Oso ya no podría participar.

No tuvo ningún problema para forzar la cerradura, era todo un experto. Entró en la zona inferior y comprobó que el negro no estaba allí. Se le oía cantar una pegadiza melodía en la parte alta, por lo que, sigilosamente, subió las escaleras. Su guante derecho sujetaba firmemente la enorme piedra que había cogido en un solar cercano al Aula, así que entreabrió un poco la puerta de la que procedía la voz y observó al negro, que estaba pasando una escoba. Esperó a tenerlo de espaldas para no ser descubierto.







Negro José Ropy se movía muy deprisa con la escoba mientras entonaba la canción, pues acompañaba su canto con violentos movimientos corporales, como interpretando una especie de danza febril e impulsiva. Hasta que el negro no espació los epilépticos espasmos, no se atrevió a encarar los tres pasos que los separaban. Llegó el momento esperado. El negro resoplaba por el esfuerzo de las convulsiones, aunque seguía barriendo, así que esperó a que le diera la espalda. El inspector Jorge Nara no hizo ruido, había elegido un calzado deportivo muy sigiloso. Levantó la piedra con gesto de rabia y, antes de que el negro se girase, la descargó sobre su cabeza.

Ya en la planta baja, la segunda parte del plan tenía como finalidad proporcionarle el placer más palatable desde que había regresado a Tenerife. Golpear al negro no era suficiente porque no se había dado cuenta y, por consiguiente, no lo había sufrido. El gusto residía en el daño que le causaría asestándole una puñalada en el corazón.

Jorge abrió la puerta de cristal, protectora del mueble de mampostería, protectora de las cinco tinajas de esencia, protectora del corazón del negro. Entró al sajazo, sin sutilezas. Agarró el primer recipiente y lo estampó con furia sobre la mesa del cuarto destinado a oficina, causando un enorme estruendo cuando la tinaja se hizo añicos, y desparramándose todo el tinte sobre una generosa colección de facturas, partituras, folios, libros, discos, unas gafas de vista, material de oficina, cuadernos de apuntes manuscritos...

La segunda tinaja reventó en la sala de lectura, y la tinta inutilizó un buen número de ejemplares que jamás se recuperarían del impacto. Las otras tres las reservó para la planta alta, dos de ellas tiñendo varios instrumentos de *Ajos y Soja*, en el cuarto de

 \bigcirc







ensayos, y la última la estrelló en el suelo, junto al negro, para rendirle homenaje. Un enorme charco de tinta se fue deslizando bajo su cuerpo inerte.

Lo prioritario estaba hecho, pero Nara tenía tiempo para más, así que estuvo varios minutos destrozando todo lo que pudo, sobre todo instrumentos musicales y partituras de canciones. Se le ocurrió generar un incendio, pero lo consideró demasiado arriesgado. No paró hasta que el cansancio lo obligó. Se había anotado el juego y el set.

Orgulloso de su obra, el inspector decidió que ahora podía sonreír. Había aguantado pacientemente las burlas del negro asqueroso para alimentar y redoblar el odio hacia él, así saboreaba mejor la venganza. Al salir del "C.O.L. Aula Veranos" decidió que su labor había concluido.

Palíndromo:

Set, ni toc ni cloc, a la COL, cinco tintes

Artenara, Gran Canaria

El psiquiatra observaba el último cuadro con fascinación. La "Dama desconocida", de Velázquez, era, sin duda, el más valioso de los cuatro. Junto a un cuadro de Bayeau y otro de Carreño de Miranda, las dos obras de Velázquez habían sido sustraídas del Palacio Real hacía ya veintitrés años y un mes. Él había sido el cerebro de la operación, traía de cabeza a la Brigada de Patrimonio Histórico de la Policía Nacional, en cuyo "Archivo Dulcinea", los cuatro cuadros tenían un papel protagonista.





La venta de "Dama desconocida" estaba apalabrada, pero tardaría un tiempo en materializarse, ya que el proceso de transporte por parte del comprador requería una planificación milimétrica. No sabía cómo se lo iban a llevar de Canarias, rumbo a la India, pero ese no era su problema. Tras muchos años escondiéndolos, parecía milagroso que, en pocos meses, hubiese colocado las dos obras de arte que había conservado más tiempo.

Lo más complicado había sido el contacto. El psiquiatra sabía que la única manera de que la policía no llegase a él era mediante un profundo estudio de sus posibles clientes e intermediarios. Después del riesgo que corrió con la venta del primer Velázquez, "Mano" (por la ansiedad de asegurarse un dinero que le permitiría burlarse de la vida), se volvió muy precavido y había dedicado años enteros a elaborar un listado de peristas, anticuarios, marchantes y coleccionistas, así como a investigar cómo pensaba cada uno, con quién se acostaba, cuál era su grado de discreción... Posteriormente, había contactado con todos y cada uno de los elegidos, de forma engañosamente casual, hasta trabar una gran amistad. Su profesión había avalado sus conclusiones a la hora de hacer la selección final de "posibles clientes". Solo cuando estuvo seguro de que el secreto sería inviolable, lo confesó a los dos mecenas que, finalmente, se convirtieron en sus compradores. Una fisura en la cadena lo llevaría a la cárcel. Si así fuere, se haría famoso, lo cual no estaría mal del todo. Ya era famoso (más bien lo había sido en el pasado porque, ahora, la prensa apenas lo recordaba), pero un famoso anónimo. Quizá, en el fondo, no le importaba darse a conocer; a su edad ¿qué tenía que perder?

Antes de salir del almacén recordó a Jairo, quien había fallecido en un accidente de tráfico al embestir a un autobús con







su coche. Por suerte. O, tal vez, gracias a las agresivas sesiones de hipnosis.

Todo había comenzado por otro golpe de suerte. Cuando se fue a vivir a Madrid, el psiquiatra alquiló un piso al lado del vigilante. No lo conocía de nada, pero una noche coincidieron en el ascensor y se fijó en el uniforme. Jairo, orgulloso por el interés con que lo observaba el desconocido, le dijo, sin venir a cuento, que era un empleado del Palacio Real. El psiquiatra catalogó inmediatamente a un personaje acomplejado, presumido y fácilmente manipulable. Deformación profesional. Al salir del ascensor, en la misma planta, descubrieron que sus pisos colindaban.

Aparcando por un instante el sabor del pasado, volvió a deleitarse con el cuadro, por última vez. Tenía que irse ya al aeropuerto. No era capaz de recordar cómo y en qué momento se le había ocurrido planificar el robo. Al principio lo había planteado como un juego, un pasatiempo profesional. Tuvo que haber algún punto concreto en que se dio cuenta de que podía hacerse. Era arriesgado, pero, si lo conseguía, no tendría que preocuparse jamás por el dinero.

Empezó a trabajar con Jairo, vigilándolo y aprendiendo cómo pensaba. Una noche llamó a su puerta y le pidió azúcar para hacer un bizcochón del que, al día siguiente, le regalaría la mitad. Después lo invitó a cenar a uno de los restaurantes más caros de Madrid. Luego le regaló una colección de novelas del oeste "que le habían regalado a él, pero no eran su género de lectura favorito"; en cambio (como el psiquiatra ya sabía), Jairo era adicto a ellas.







Cuando Jairo comía de su mano, el psiquiatra fue construyendo el escenario para que colaborase con él, a base de cebarlo de ambición ("¡Te harás millonario!") y grandeza ("¡Pasarás a la historia!").

La segunda parte del plan era la más sencilla: anular a Jairo. Obviamente, no estaba dispuesto a que un ansioso memo y descerebrado echase por tierra sus planes, así que tenía que manejarlo a su voluntad para ejercer el control absoluto. Convenció a Jairo de que la única forma de hacer funcionar el robo implicaba que él hiciese su papel a la perfección. Ese exceso de responsabilidad debilitó al vigilante, pues enseguida asumió que no podía mostrarse nervioso en ningún momento, ni antes ni después del golpe. Iban a medias, ese era el plan (al menos eso creía); el psiquiatra ponía el cerebro, él se arriesgaba, era lo justo. En esta tesitura, Jairo no se opuso nunca a someterse a hipnosis, pues el psiquiatra le había asegurado que, con ello, mantendría la calma en los interrogatorios, y sería capaz de superar, incluso, un detector de mentiras.

El verdadero plan no coincidía con la fantasía que había convencido a Jairo. La idea era "reprogramar" su cerebro para que pudiese cometer el robo con relajada sangre fría (insertada por hipnosis) y luego se olvidase de todo. El acondicionamiento de una serie de salas del Palacio Real facilitó el trabajo de campo. Así que, una vez que los cuadros estaban a buen recaudo (escondidos en una nave industrial imposible de relacionar con alguno de los dos ladrones), Jairo no solo experimentaba una extraña y progresiva amnesia sobre el robo, sino que contestaba a los interrogatorios policiales con una creíble versión paralela que el psiquiatra había serigrafiado en su memoria, estafando a esta. Como todo el personal del Palacio Real estaría vigilado y







tendría los teléfonos pinchados, el psiquiatra había programado a Jairo para que, de madrugada, noche tras noche, se deslizase hasta su vivienda y, una vez allí, se sometiese a las abusivas "dosis de refuerzo" de la vacuna mental que le seguía inoculando. Eran sesiones a oscuras, destinadas a profundizar el olvido.

La hipnosis surtió doble efecto. Por un lado, la policía creía su coartada, porque jamás lo pillaron en una contradicción, y porque su tranquilidad y afán de cooperación lo avalaban. Por otra parte, Jairo "sabía" que habían robado y tenía un sospechoso (implantado por su psiquiatra). Así que al empleado no se le podía pagar. Su auténtica coartada pasaba por no empezar a gastar grandes sumas de dinero, cuya procedencia no podría justificar. En el fondo, el psiquiatra le estaba haciendo un favor negándole su parte.

Cuando Jairo falleció, no quedaban cabos sueltos en cuanto al robo. Únicamente un error de planificación en la venta de los cuadros podría llevarlo a la cárcel. Por eso había tenido tanta paciencia.

Abandonó el almacén y se dirigió al aeropuerto.

Palíndromo:

Ataba "Jairo memo" memoria jabata







Si es oca saco SEIS

El Sauzal

— No sabes cuánto te lo agradezco, Susana. Sé que no lo haces solo por el dinero, sino para echarme una mano.

La noticia de la falsa alarma de embarazo, que había recibido dos días antes, había sumido a Susana en una pequeña depresión, pero Alejandra ya se lo había advertido varias veces. "No te hagas ilusiones hasta que no esté confirmado". "La alemana" suponía que, ahora, la mujer de Raúl necesitaba imperiosamente pasar página y, para ello, nada mejor que buscarse una distracción. Ayudarle a cuidar a Julieta cuando ella no pudiese (o no le apeteciese) podría convertirse en la terapia perfecta.

- Ya te he dicho que no tengo ningún problema. Supongo que los padres de esta señorita lo saben —contestó, mirando de reojo a Julieta.
- Sí, claro. Dicen que si yo confío en ti, ellos también. La niña no te dará la lata, se entretendrá con un lápiz y un papel, elaborando pasatiempos. Le he puesto tarea.









- ¿Tarea? ¿Llevas las "clases particulares" a esos extremos?- bromeó —. Adiós.
 - ¡Espera! Creo que el café sale por fin.
 - No, mejor será que me vaya ya. Otro día lo tomamos.

A Alejandra le sabía mal que no hubiesen podido disfrutar de unos minutos ante el café. La causa se debía a que la goma de la cafetera era nueva, pues la anterior había agotado su ciclo de vida alargándolo hasta la agonía. Pero Ale sabía que la agonía consecuente era peor. Una goma nueva era una puñetera tortura. Había tenido que poner, sacar, enfriar y vuelto a poner la cafetera, hasta un total de cuatro veces, ante los ojos desesperados (y disimulados) de Susana, quien se moría de ganas de meterse un chute de cafeína.

- Adiós, Susana. Y gracias por venir tú a recogerla, sabes que no tengo coche.
- ¡Bah! De Tacoronte hasta aquí solo hay un par de kilómetros. La traeré a las ocho, ¿verdad?

La canguro de Julieta quería la tarde libre para terminar de dar forma a la última versión del ocagrama. Estaba muy animada, porque su editor le había adelantado una noticia que, si se confirmaba, le podría generar unos ingresos extra con los que jamás había soñado. Una plataforma multinacional, especializada en el sector de videojuegos, estaba interesada en diseñar una versión virtual del ocagrama, pasatiempo cuyos derechos de autor eran de su propiedad. No sabía cuánto podía cambiar su vida, tal vez se haría millonaria, tal vez no; su editor no lo sabía o no había querido decírselo. De momento, solo era un proyecto en el aire.







Físicamente, el ocagrama era el típico tablero del juego de la oca pero con las modificaciones necesarias para adecuarlo a la idea de Ale. Se le ocurrió en un viaje que había hecho a Berlín, ciudad en la que había nacido "por error" (o "por horror", pues su madre estaba allí, cuando parió, buscando un milagro a su incurable enfermedad) y que, por curiosidad, quería conocer. El tablero se vendía con un grueso libro de pasatiempos que interactuaba con los dados y con el propio tablero en doble dirección, pues algunas casillas remitían al jugador a la resolución de algún anagrama, jeroglífico u otro rompecabezas del libro, y, a su vez, la confección de pasatiempos podía determinar la ubicación de la ficha en alguna casilla concreta del recorrido.

Las reglas del juego no eran sencillas, pero el primer libro de pasatiempos contaba con una amplia sección donde "la alemana", con su indiscutible capacidad de síntesis, esquematizaba perfectamente todo el proceso de una forma muy sencilla de digerir. Para que al usuario le resultase más intuitivo, el juego respetaba una de las ideas básicas de la oca: sacar un seis o caer en una oca suponía los mayores avances en la partida.

La principal pega del ocagrama para el jugador, era la principal ventaja para Ale y su editor: el libraco de pasatiempos (asociado al tablero) tenía que renovarse periódicamente. Eso suponía más trabajo y más ingresos. Los incondicionales llevaban unos meses esperando la última versión, así que Ale quería darle el empujón definitivo. La novedad estelar que se le había ocurrido introducir para la próxima entrega era el llamado "atlas": un conjunto de planos de ubicación de pistas asociadas a diferentes casillas-clave del tablero. No eran mapas abiertos e instantáneos, sino crípticos; había que descifrarlos, ya que su interpretación estaba cubierta de una capa de opacidad, lo que dotaba al juego







de un grado de dificultad hasta ahora no contemplado. Alejandra tenía serias dudas de que a su editor le gustase la idea, pero pelearía por vendérsela. Seguramente él intentaría hacerle ver que la excesiva complicación excluiría y cabrearía a un considerable porcentaje de adictos al ocagrama, pero, eso, a Ale no le importaba, y pensaba salirse con la suya. Contraatacaría exponiendo que, posiblemente, esta nueva versión entusiasmaría (y alentaría definitivamente a negociar) a la multinacional del videojuego. Paradójicamente, el tiempo (escaso) jugaría a su favor en el pulso que pensaba mantener con su editor.

Antes de ponerse a ello, mientras paladeaba el café requemado, quería dedicarle unos minutos de reflexión al ejercicio mental que le había propuesto su hermana, y que suponía un tipo de reto diferente a los habituales. Precisamente por eso pensaba disfrutar resolviéndolo, y no tenía ninguna duda de que lo haría. Dar con un asesino quizá no fuese tan complicado. Entraba en acción "Alejandra Verne", como la llamaba la maestra del Opus Dei. Tal vez la policía de todo el mundo cometía un error al no contar con la ayuda de expertos en resolver rompecabezas, como ella.

El planteamiento de Ale era inapelable, y ella lo sabía. Si hubo asesinato, hay asesino. Si hay asesino, este ha seguido un proceso y un razonamiento. Si tienes pistas del razonamiento o del proceso (o de ambas cosas), todavía mejor. Coge un bote de cola, pega todas las piezas y tendrás su rostro. Si, aún así, sigues sin distinguirlo, ponte "las gafas de cerca". Como en cualquier crucigrama, la solución existe, y solo es cuestión de tiempo dar con ella. "Tiembla, criminal. Alejandra ha decidido implicarse en tu identificación".







El razonamiento de Ale le había permitido elaborar una composición mental del recorrido que tuvo que hacer el pez-globo-asesino que había matado a Ricky. Había algunas lagunas, desde luego, pero, como casi todas eran secundarias, su conocimiento (o desconocimiento) no era imprescindible para deducir el desenlace. Embarcado en Japón, se habrían cuidado mucho de transportarlo con vida en algún compartimento del carguero que habría sido preparado a tal efecto. En este aspecto albergaba dudas. De entrada, supuso que el estanque o piscifactoría contendría la *jania Rubens*, pero su investigación parecía rechazar esa posibilidad, pues, al parecer, la alguicultura utilizaba habitualmente microalgas; el cultivo de macroalgas (como la jania) era más complicado.

Ese cabo suelto no le preocupaba. Según ella, era el típico detalle al que la policía solía dar vueltas tratando de explicar algo que, si lo conseguían, no iba a aportar nada significativo a la resolución del asesinato. El asesino estaba en tierra, el transporte se hacía por encargo. Para Ale, cabían muchas respuestas posibles, pero no estaba dispuesta a perder tiempo investigando esa línea porque no le interesaba. Tal vez sí que se podía llevar jania en el estanque; tal vez el pez globo portaba suficiente veneno en su organismo como para asegurar que sería letal al tomar tierra en Tenerife; tal vez lo estaban alimentando con otro veneno, quizá otro tipo de alga con efectos similares. Sea como fuere, daba igual. Lo único importante era que él iba vivo en el carguero.

Paradójicamente, ese "cabo" (cabo suelto en el caso del transporte del pez), había resultado un condicionante casi probatorio para identificar el barco. Dando por hecho que mantener el pez globo en una piscifactoría era muy complicado, amén







de arriesgado, el asesino tuvo que haberlo utilizado nada más recibirlo. Aunque fuese un experto en acuicultura, aunque contase con una piscifactoría en Tenerife, sería arriesgar demasiado el mantener al pez globo vivo en la isla. Frente a complicación y riesgo, Ale creía en la simplicidad. Y lo más simple era descargar el bicho, prepararlo (con todo su veneno) y hacérselo tragar a Ricky. El esquema secuencial era inapelable: uno, el fugu llegó justo para matar; dos, el fugu llegó en enero; tres, hay que revisar el listado (proporcionado por Federico el baboso) de barcos que entraron justo antes de morir Ricky; cuatro, el barco ya tiene nombre, es un carguero llamado *Lyaksandra*.

Y eso era todo. Hasta el momento. Ale quería profundizar en el *Lyaksandra*, averiguar a qué se dedicaba y a quién conocía (su tripulación) en Tenerife. Si lograba encontrar una relación entre algún oficial del carguero y alguien cercano a Ricky, las piezas habrían encajado, y ella daría el noventa por ciento del puzle a los torpes policías para que remataran el resto y se cubrieran de gloria.

Por el momento, el *Lyaksandra* tenía que esperar. Lavó la cafetera, la taza y la cucharilla, y se sentó delante del ocagrama.

Palíndromo:

Salta la oca por allí para pillar opaco al atlas

Dependencias del C.N.P. Santa Cruz de Tenerife

Trapus se había asegurado personalmente de que la denuncia presentada por José Tomás Ropy fuera cursada con celeridad.







El incidente ocurrido en el "Aula Veranos" no parecía tener sentido. Desde luego, había alguien relacionado con *Ajos y Soja*, posiblemente Isaac, empeñado en cargarse a todos los integrantes del grupo. El motivo no estaba claro. Parecía que Isaac se vengaba por su ruptura con ellos a causa del poni, pero Trapus se negaba a creer en un móvil tan burdo. Tenía que reconocer que la experiencia le había enseñado que casi todos los móviles de asesinato eran ridículos, propios de personas inestables y desequilibradas. Visto así, el poni podría tener un papel estelar, pero, normalmente, ese tipo de móviles y de individuos solían protagonizar crímenes muy torpes y generosos, regalando pistas. Alguien que elaboraba un asesinato con pez globo no lo hacía por un poni. Si Isaac era el criminal, tendría otro motivo, y utilizaba al poni para que la policía sospechase de él y luego lo descartase como sospechoso. Una vez descartado, difícilmente volverían a fijarse en él.

Los asesinatos de Libra y Oso Coronel no podían explicarse en la misma línea que el de Ricky, parecían cometidos por diferentes personas. A menos que el asesino buscase implicar a Isaac. En tal caso, habría que descartar a Isaac. Si así fuere, ¿por qué se había escondido después de la muerte de Oso Coronel? ¿Por temor? Estuvo allí, tenían sus huellas.

Trapus le había dado muchas vueltas durante la tarde anterior, mientras tomaba su baño semanal en un balneario al sur de la isla. El subinspector era un adicto a los balnearios, y no había semana que fallara. Todo apuntaba a que Isaac se había cargado a Libra y al Oso, dejando sus huellas. Pero un tipo así no pudo haber cometido un crimen perfecto que, si no llega a ser por la perseverancia de Nara, haría tiempo que se habría escabullido con la etiqueta de "accidente, caso cerrado".







Un asesino planificador y astuto bien podría estar sacrificando a Isaac para que pagase por él. Desde su punto de vista, Trapus pensaba que al asesino le fallaba una virtud fundamental y, por eso, tal vez lo cogerían. La paciencia. Tuvo la mala suerte de toparse con Nara y su psicótica obsesión con el señor Ropy. Como el inspector no parecía dispuesto a cerrar el caso, el criminal había perdido la paciencia y se había lanzado a por el plan B. Si hubiese esperado, Jorge se habría cansado (o sus superiores lo hubieran detenido) y ya no habría caso. Pero volvió a matar, y ese fue su error.

Ahora, con lo claro que veía las cosas, todo se volvía a complicar con nuevas incoherencias. El señor Ropy había sido atacado, y habían destrozado el "Aula Veranos". ¿Por qué no lo mataron? ¿Qué tenía de diferente a las tres víctimas? Además, se habían ensañado con sus recuerdos, sus pertenencias más preciadas. Y eso, Trapus era incapaz de comprenderlo. Salvo que...

- ¿Qué tenemos, Trapus? —preguntó el inspector.
- El señor Ropy ha presentado la denuncia. Pero todo esto es muy extraño, inspector. Nada cuadra.
- Creo que tenemos un problema, Trapus. Ya no tengo tan claro que Isaac sea el asesino.
 - ¿Qué quiere decir?
 - ¿Por qué no mató al negro?
 - Eso mismo me estaba preguntando.
- Yo te lo diré. Puede ser que el negro haya simulado su intento de asesinato para dejar de ser sospechoso definitivamente.
- Con todos mis respetos, inspector, ¿podría hacer un esfuerzo por dejar de llamarlo "el negro"? —se quejó con dureza.







Nara miró a Trapus, amenazante. Hasta ahora se había cuidado de esconder su odio visceral ante otros policías, sobre todo altos cargos, pero pensaba que a Trapus no le molestaban sus formas o, por lo menos, las aceptaba. Pero la situación era extremadamente peligrosa porque, lejos de haberlo estado apoyando, Trapus había estado reprimiendo su incomodidad. Hasta ahora. El subinspector se había convertido en un problema serio, así que tenía que llevar esto con cabeza para no meterse en líos.

- Tienes razón, aquí sobra esa actitud. Lo que ocurre es que, desde el principio, estoy convencido de su implicación, y he intentado acorralarlo. Ahora parece más evidente que tengo razón.
- ¿Cree usted que ha destrozado sus recuerdos para dejar de ser sospechoso? Él no es sospechoso, nunca lo ha sido. —La actitud de Trapus era contundente y provocativa, rozando la insubordinación.
- ¿Qué te pasa, Trapus? ¿Quieres descartar del todo al... al señor Ropy? ¡No puedo creerlo! ¿Crees que Isaac fue hasta allí solo para asustarlo y destrozar el local? ¿Por qué no matarlo? ¡No tiene sentido, piensa!
- No. No lo tiene. Pero si el señor Ropy hubiese planificado y cometido el primer crimen, estaríamos hablando de una persona de inteligencia extraordinaria, y jamás se le ocurriría traicionarla simulando una pantomima que no convence a nadie por su falta de lógica. Solo conseguiría que pongamos sus ojos en él.
 - ¿Qué crees tú?
 - Algo me huele mal. Muy mal.







Trapus salió del despacho del inspector, dejando a este estupefacto. ¿Por qué no seguía hablando con él? ¿Qué se creía aquel francés engreído, enfrentándose abiertamente a un superior?

— ¡Mierda! —gritó Nara, dando un fuerte puñetazo en la mesa.

La repentina actitud hostil de Trapus se debía a una idea imposible que se estaba moldeando en su cabeza. No debería considerarla en serio, pero, como policía, tampoco estaba dispuesto a descartarla. Igual que el primer crimen respecto a los demás, el incidente del "Aula Veranos" tenía toda la pinta de ser un hecho colateral e independiente de los asesinatos. Parecía como si alguien, parapetándose tras los crímenes y aprovechándose de ellos, hubiese dado rienda suelta a algún asunto pendiente. En tal caso, habían dos opciones: que fuese un ataque al propio "Aula Veranos" (o al grupo de rap) o a José Tomás Ropy.

La saña con que habían acabado con los tintes reforzaba la segunda posibilidad. Trapus recordaba las palabras del inspector durante una de sus últimas visitas al local de *Ajos y Soja*: "La próxima vez que venga, el negro no volverá a bailar ante mis narices". Una cosa estaba clara, "Negro José Ropy" era el fondo de pantalla que Nara había insertado en su computadora cerebral. Le aterraba pensarlo, quizá sería más inteligente si olvidaba esa idea tan absurda. Jorge era un prestigioso inspector de policía, no un racista retorcido. ¿O se equivocaba y era ambas cosas? El subinspector se sentía protagonizando una película con un amplio reparto de embusteros. Con todo el dolor del mundo, aquella puerta no podía cerrarla. Aún no.







Palíndromo:

Otra persona trápala total, apártanos reparto

Hogar Santa Rita, Puerto de la Cruz

La estrecha carretera serpenteaba bordeando unas sorprendentes fincas de plátanos que Susana nunca hubiera imaginado en aquel lugar. En pleno casco urbano del municipio, se había adentrado, en cuestión de pocos metros, en un acceso repentinamente rural, al que parecía haber llegado mediante teletransporte. Después de varios metros recorridos, volvió a encontrarse en una zona ilógica, un barrio de extrarradio, la típica intersección o enlace que suele separar un núcleo urbano de su periferia rural. Era como si hubiese hecho un recorrido imposible, al revés.

En el fondo, para Susana, aquella visita tenía algo de teletransporte, era una visita al pasado. Aparcó frente a un pequeño supermercado y preguntó a una empleada dónde se encontraba el Hogar Santa Rita. Esta le señaló la gigantesca construcción que se alzaba, majestuosa, en la parte trasera del establecimiento, pero a un nivel superior. Parecía que Dios la había colocado entre las nubes. No había sido Dios, pero sí un religioso de la zona el artífice del purgatorio.

Susana no entendía la actitud de Alejandra, y había estado a punto de discutir con ella por renunciar a su madre, aunque Ale no lo veía así. La señora que vegetaba en una cama era una desconocida. Ir a verla era una pérdida de tiempo, porque ella, a Tita, no le iba a reportar nada. Tenía entendido que no reconocía a nadie, ni siquiera a su propio marido; por lo menos, eso le había







dicho Ivana. En cuanto a sí misma, si el hecho de visitar a su madre le pudiese generar algún sentimiento, sería un sentimiento de tristeza y de dolor. Visto así, era absurdo cruzar esa línea.

Pero todas esas elucubraciones de "la alemana" no eran asunto de Susana, así que, al no poder convencerla para que la acompañara, había decidido ir sola a ver a la madre de su amiga Ivana.

La publicidad del centro geriátrico era bastante esperanzadora. No hablaban de apartamentos ni de habitaciones. Allí se vendían y se alquilaban pedacitos de cielo. Tras preguntar en recepción, fue conducida a una habitación situada en mitad de un pasillo infinito, del que era imposible distinguir qué extremo era el comienzo del mismo y cuál el final. Parecía hecho para recordar que toda la vida de Tita quedaba reducida a una claustrofóbica estancia sin escape posible. Entró y la vio, acostada e inmóvil, casi como un vegetal. Su gesto parecía el de una fotografía que se toma a alguien en el instante álgido de un tremendo susto, plasmando un rostro de terror contenido y una tensión muscular extrema.

- Hola, Waldo. —Susana se acercó y besó al padre de Ale e Ivana. Hacía poco más de un año lo había visto en un supermercado, bastante desgastado, pero ahora parecía ser un producto cruel de una decrepitud exponencial.
- Hola, mi niña. Gracias por venir, seguro que Tita se pondrá contenta. ¡Fíjate, su expresión ha cambiado, parece que quiere sonreír!

Con independencia de que los años que llevaba cuidando a Tita lo habían descentrado, Susana no podía asegurar si las palabras de Waldo eran un paliativo de auto-consuelo o si, realmente,







tenía razón (aunque solo él pudiera ser capaz de captar las sutiles reacciones de su mujer). En cualquier caso, la joven estaba allí por él, no por Tita ni por sí misma. En eso le daba la razón a Ale, pero "la alemana" creía que acercarse a su padre consistía en ir a verlo a su casa. No entendía que no era allí donde lo haría feliz.

Susana aguantó con mucha paciencia todas las subjetivas explicaciones de la "evolución" de la enfermedad de Tita, de cómo los milagrosos cuidados del personal de Santa Rita le estaban alargando la vida e, incluso, de sus esperanzas en el sentido de que algún día volvería a su casa. Este último aspecto evidenciaba que Waldo había enloquecido y llevaba mucho tiempo medicándose ilusiones delirantes.

- Ven, Waldo. Vamos a tomar un café.
- No, tengo que quedarme con ella hasta que cierre los ojos. Dentro de una hora se dormirá, siempre lo hace.
- Volverás en quince minutos, te lo prometo. Yo te acompañaré a la vuelta.

Susana lo cogió de la mano, transmitiéndole un calor y un cariño que sabía que necesitaba, porque ninguna de sus dos atípicas hijas era capaz de proporcionárselo. Él se dejó llevar, sin protestar ni insistir en quedarse. Susana se imaginaba a Ivana invitándolo a un café y rindiéndose a la primera si su padre le ponía una excusa absurda. A Alejandra, ni siquiera la imaginaba allí dentro.

En la cafetería del Hogar Santa Rita, Waldo parecía mucho más entero y relajado. "*Bienvenido a la realidad*".

— ¿Cómo llevas todo esto, Waldo?







- Pues... Mira, Susana, soy consciente de que me comporto de un modo irracional. Tengo una venda en los ojos, lo sé. Además, delante de Tita siempre trato de mantener una actitud optimista, por si acaso ella me escucha. De hecho, creo que me escucha y me sonríe. Cada vez que traspaso su habitación me transformo, soy otro diferente al de aquí fuera y, aunque quisiera, ya no lo podría remediar.
 - ¿Jekyll y Hyde? —bromeó Susana.
- Responderé a tu pregunta. A la primera, no a mi desdoble. Desde aquel día, hace más de veinte años, cuando le detectaron la demencia senil y el progresivo deterioro, mi vida se ha convertido en una pirámide.
 - ¿Has dicho "pirámide"? ¿Qué significa?
- Es una metáfora, Susana. ¿Recuerdas que, de pequeñas, siempre os planteaba problemas de lógica y juegos de palabras?
- Sí, anagramas y pasatiempos de todo tipo. Ale lo ha heredado de ti.

Susana se arrepintió de haberle nombrado a su hija, "la jodida hija" que no quería saber nada de sus padres, pero Waldo no se sintió afectado y continuó.

— Yo veo mi vida como una pirámide que tengo que escalar para rebasarla. Es una pirámide sin puntos de apoyo, tengo que subirla sin ayuda, con mis propias manos.

Susana supo que Waldo se estaba refiriendo a sus dos hijas. Ellas tendrían que ser ese apoyo, pero sus personalidades tan peculiares lo impedían.

— Lo que me impulsa a seguir adelante es la fantasía de que algún día llegaré a la cúspide de la pirámide y todo se iluminará.







Entonces, Susana, me dejaré deslizar por el otro lado, rebasándola. Pero soy consciente de que solo es una fantasía, una válvula de escape, porque la pirámide es como un palíndromo: es reversible. Podría escalarla y rebasarla al revés, desde el otro lado. Sin embargo, la enfermedad de Tita es irreversible. ¡Ojalá la vida fuese un palíndromo!

Susana se fue del Hogar Santa Rita con una visión diferente de "el mundo visto por Ale". Las palabras de su padre le habían hecho entender lo que "la alemana" le repetía sin saber hacerse entender. La importancia del palíndromo. "¿Para qué te sirve eso, Ale? Me reporta satisfacción personal". Ahora lo entendía, el palíndromo no existe, es pura magia, una forma de escapismo. Ale era de esas personas que tienen secuestradas en su interior muchas lágrimas que debería derramar.

Palíndromo:

Ale, mamá llore, pero llámamela

El Sauzal

En toda su vida no había experimentado un sentimiento de culpa como aquel. Susana había sido capaz de rascarle la primera de las capas protectoras que le hacían la vida menos complicada. Hasta ahora, Ale se había considerado una persona muy sensible, capaz de captar acontecimientos futuros en forma de premonición, e incluso capaz de "leer" y desnudar el pensamiento de los demás, como había demostrado con Federico. Pero esa sensibilidad era diferente a la que estaba experimentando en



221



estos momentos: una sensibilidad tangible, química. Entendía que las premoniciones tendrían una explicación lógica, aunque los parámetros manejados por la ciencia actual no fuesen capaces de interpretarlas. En cuanto a Federico, pertenecía a la categoría de tipos "libro abierto", y solo se necesitaba una chispa psicológica para interpretarlo, pues sus actos estaban tipificados bajo algún patrón convencional.

Así que la sensibilidad con que Susana la había acribillado era esa a la que llamaban sensibilidad del alma. Tal vez Alejandra estaba especialmente predispuesta para la lágrima fácil, pues le había dolido más que a nadie (excepto a Tom) el expolio que habían organizado en el "Aula Veranos". La policía había precintado el local para poder recopilar todas las pruebas, por lo que no podía estar allí, inspirándose en sus crucigramas y olvidando estas tonterías (que ahora la asaltaban) de visitar a su madre.

Julieta, que estaba con ella, más que la intersección, constituía la unión de los dos sentimientos, el suyo y el de Susana, el tecnológico y el afectivo. La niña no era fácil de llevar, pues su cabeza funcionaba a un ritmo mucho más elevado que la de otras niñas de su edad, lo que suponía serios conflictos familiares (pues era muy crítica con sus padres), dificultades para las relaciones sociales (con sus amigos) y disonancia con los adultos, quienes tendían a tratarla como una niña de diez años (que es lo que era), sin respetar su avanzada edad mental. Sin embargo, sintonizaba muy bien con Alejandra y con Susana. El día que esta se la había llevado a su casa, Ale había quedado muy sorprendida por lo contenta que Julieta había regresado, por la noche. Hasta ese momento había creído que ella, solo ella, comprendía a la menor, sabía cómo funcionaba su críptica cabeza. Igual que la suya. Pero, ahora, Ale identificaba en Julieta esa parte emotiva y







enternecedora que compartía con Susana. No es que antes no la tuviese, sino que ella no había sido capaz de captarla.

Respecto al destrozo en el "Aula Veranos", Alejandra era la más perjudicada a nivel material, pues tenía entendido que se había perdido, por las manchas de tinte, una buena parte de los borradores originales (previos a la publicación) de todos sus pasatiempos. Por suerte, sus últimos trabajos se desplazaban siempre con ella, en su mochila. También *Ajos y Soja* había sufrido pérdidas, sobre todo en forma de partituras, pero, al parecer, algunos miembros de lo que quedaba de grupo conservaban copias de todo.

Lo más doloroso tendría que cargarlo Tom, pero cuando se recuperase del todo. En su situación actual, debido al fuerte golpe que le habían dado en la cabeza (que, según los médicos, no era preocupante), era incapaz aún de hacerse una idea completa de la pérdida. Ale estaba convencida de que, cuando pudiese entrar en el local y encarar in situ la desaparición de las tinajas, nunca volvería a ser la misma persona. Bajo su perspicaz punto de vista, la gota que rebosaba las tinajas suponía el principio de la paulatina desaparición del grupo de rap. Si sus miembros fuesen veinteañeros, podrían recuperarse e, incluso, rentabilizar la tragedia, pero todos superaban la treintena, y Ale no creía que tuvieran fuerzas suficientes para darse un impulso. De hecho, tras el allanamiento, algunos raperos tenían un rostro que mezclaba cansancio y descanso, como si hubiesen encontrado la excusa perfecta para hacer caso a una parte de su cabeza. "Retirate, es el momento, no esperes a convertirte en un patético-rapero-pureta que se arrastra por los escenarios". Incluía a su hermana en este grupo. Y si Ivana lo dejaba, era el fin. Ale no volvería a componer las letras de Ajos y Soja. Ese vacío tendría que compensarlo de otra forma, pero no estaba segura de que visitar a Tita fuese la solución.







Susana había insistido mucho. "No lo hagas por ella, sino por tu padre". ¿Por qué podría ser importante para él dicha visita? Ya le había dado muchas vueltas, no aportaría nada positivo a nadie, ella quedaría indiferente (en el mejor de los casos), Tita quedaría indiferente (sí o sí) y su padre lloraría. Aunque Susana se empeñase en que serían lágrimas teñidas de esperanza y alegría, ella estaba convencida de que algo teñido era algo artificial. "Las lágrimas, al fin y al cabo, siempre reflejan tristeza, querida Susana". Lo que Ale no sabía era que existían los tintes naturales. Que se lo preguntaran a PepeTom, quien sí entendía que la tinción natural era espejo del alma.

Temblaba porque estaba madurando o, por lo menos, evolucionando, aunque seguía sin tener claro si compensaba el desequilibrio que dicha evolución generaría. La haría más "limpia" pero, a su vez, más vulnerable. Tal vez el equilibrio que había regido su vida fuese un artificio, un palíndromo, pero le daba estabilidad, inocencia, y aún no estaba preparada para perderla.

Su padre. Sin saber por qué, sus pensamientos decidieron apresarlo. Recordó aquella joya que conservaba con celo extremo, de cuya posesión se sentía muy orgulloso porque, según decía, era una herencia familiar. Al parecer, tal preciosidad se la habían dado (a Waldo) directamente sus abuelos paternos, sin pasar por las manos de su padre, y ese hecho acrecentaba su valor sentimental, más allá del económico.

Papá. En su lucha interna, Ale perdió otra batalla: se atrevió a abrir el cuaderno de tapas gastadas y hojas amarillentas que conservaba desde niña. Era un regalo de su padre, un librillo de poesías y de jeroglíficos (curiosa mezcla para una niña) que le había dedicado, y que había generado un antes y un después. Supuso el impulso a heredar voluntariamente la pasión por el







rompecabezas. La melancolía la invadió y se planteó que, tal vez, sería bueno visitar a su madre. Ansiosa, hojeó velozmente la libreta hasta detenerla en la página mágica, su favorita, que tenía marcada con una enorme mariposa amarilla dibujada por su propio padre. Ella era la mariposa. La "mariposa berlinesa", la llamaba él, recordando el lugar de nacimiento de la pequeña. Berlín. Una tarde nevada. El poema plasmado en la hoja la había fascinado cuando era una niña, porque podía leer cada verso al derecho y al revés. Eran versos simples, pero misteriosos. Su padre decía que se los había enseñado un hechicero. Recordando que, ahora, ella también era capaz de hacer esa magia (incluso magia negra, como la dedicada a Ana "la zorra" Pérez), recitó en voz alta el palíndromo poético de su padre.

Aromé de mora

А сора роса

Amarte trama

Airam y María

Ama, cala la cama

Aire solo sería

Aula Veranos, Taco

El agente Juan Barrios no salía de su asombro. Tenía que reconocer que, a pesar de su repugnante aspecto seboso y desaliñado, aquel machista subinspector francés, Marcelo Girard, alias Trapus, tenía un sexto sentido o bien la fortuna le había sonreído, porque se negaba a creer que fuesen sus dotes deductivas









las responsables de aquella visita insólita. Pero no cabían dudas razonables, aquel que entraba en el "Aula Veranos" a las cinco de la madrugada era Isaac, "el asesino del rap". Así lo había bautizado la prensa, y la propia policía utilizaba tal sobrenombre para referirse a él.

- ¡No me lo puedo creer, me cago en la puta!

Aún no habían pasado dos meses desde el último de los asesinatos, precisamente el cometido en el "Aula Veranos". ¿Sería posible semejante torpeza? ¿Regresar al lugar del crimen, como en las películas americanas? Trapus estaba plenamente convencido de ello, y el inspector Nara se burlaba de él. "¿Crees que se va a dejar coger?".

Lo que Jorge Nara ignoraba (porque solamente él, Juan Barrios, y Ana Silva, su suplente, conocían el secreto que Trapus les había confiado), era el razonamiento que había llevado al subinspector a mantener a dos agentes ocupados en una labor de vigilancia que solo él pensaba que daría sus frutos. De saberlo, posiblemente el inspector no se tomase el tema a la ligera, limitándose a reírse de Trapus (a pesar de lo cómico de dicha teoría), sino que su cabreo le llevaría a tomar represalias ante la frivolidad en la licencia adoptada por el subinspector.

Por eso, Juan alucinaba. El más idiota de los asesinos volvía al lugar de los hechos. "Chicos, estoy aquí, deténganme, por favor". Isaac había entrado con sigilo, mirando a todos los alrededores. El coche de Juan Barrios parecía uno más entre el par de decenas que había aparcados por la zona. El policía llevaba tres semanas haciendo el turno de noche; le quedaban solo dos días para cambiar y hacer las guardias durante el día, intercambiándose con Ana Silva. En el fondo, había tenido suerte, porque él no creía

(lacktriangle)



en su misión y solía pasar buena parte de la velada echando cabezadas. Eso sí, con la radio encendida, para que los cambios de registro en las ondas sonoras le inyectasen continuas descargas nerviosas que le obligasen a abrir los ojos y dirigirlos a la vieja casona. Esta noche no había dormido casi nada. Por primera vez en mucho tiempo, había logrado enlazar cuatro horas seguidas de sueño profundo durante la tarde, antes de comenzar el turno de vigilancia, lo que le había proporcionado el bendito insomnio que le había permitido registrar la entrada de Isaac, linterna en mano, en el "Aula Veranos".

Con los reflejos atrofiados por la inactividad, Barrios cogió torpemente el teléfono del bolsillo interior de su chaqueta y marcó el número personal del móvil de Marcelo Girard. Tras seis emisiones, contestó la somnolienta voz afrancesada del subinspector.

- ¿Diga? Aquí Girard.
- Señor, soy el agente Barrios.
- Un momento.

Trapus miró el reloj-despertador de su mesilla de noche. Las cinco y siete minutos. Soltó el móvil durante unos instantes y se lavó la cara y los ojos con agua invisible, pasándose ambas manos por el rostro con el fin de desvelarse un poco y captar el mensaje con la suficiente claridad como para no dudar (luego) de si se trataba de un mal sueño. Mientras volvía a colocarse el auricular en el oído, se le pasaron muchas cosas por la cabeza, pero la más probable era que una llamada de Barrios a esas horas tenía que significar buenas noticias. ¡Lo sabía! Había apostado con el propio Barrios a que Isaac metería la pata, era cuestión de lógica, de mal funcionamiento del sistema nervioso central.



Palíndromo 1.indd 227





- ¿Barrios?
- ¡No se lo va a creer, señor!
- Tú eres el que no lo creías. Supongo que me llamas para darme la buena noticia de que me debes treinta euros.

Aquella perspectiva del asunto incomodó a Barrios, quien siempre había confiado en que la apuesta monetaria, en el fondo, no era seria en términos textuales, sino que solo pretendía dar énfasis y fuerza a la convicción que cada uno tenía en su teoría. Por lo menos, él nunca se había hecho ilusiones en cobrarla, ya que nunca la ganaría. Si Isaac no aparecía hoy, siempre habría un mañana en que podría hacerlo; y si lo detenían, Trapus podría escudarse en que nunca sabrían si, alguna vez, se habría dado una vuelta por la casona. Pero el engreído y achaparrado subinspector le estaba exigiendo los treinta euros antes, incluso, de que Barrios le aseverase su triunfo.

- Sí, señor, acaba de entrar. ¿Qué hago? ¿Lo detengo?
- Llama a Ana. Espérala, a menos que Isaac salga antes y tengas que actuar. Quiero que esta captura la realicéis vosotros dos, os la merecéis.

Las palabras de agradecimiento hicieron que Juan Barrios olvidase el asunto de la apuesta. Tenía que reconocer que el subinspector, después de todo, respetaba y valoraba su trabajo (el de Ana y el suyo); y, sobre todo, su discreción. Esa era la mejor cualidad de Trapus, la recompensa al esfuerzo y al trabajo bien hecho. Lo otro, la deducción que los había llevado hasta allí, era más que discutible.

- Muchas gracias, señor.







 No hay de qué. Cuando hayáis encerrado al individuo, dile a esa culona de Ana que me debe un polvazo este fin de semana.

Barrios prefirió no contestar. Los excesos verbales del subinspector con el personal femenino de la DGP eran tan caóticos y ridículos que, seguramente, nadie se había atrevido a denunciarlos como acoso, por vergüenza ajena. En el ámbito laboral, todos entendían que los trasnochados piropos pretendían ser, por parte del subinspector, halagadores hacia sus compañeras, quienes deberían estar agradecidas por recibir tales muestras de admiración. Así es como creían que pensaba Trapus. De hecho, con las señoras desconocidas mostraba una distancia y un respeto perfectamente nivelados a los dispensados a los señores.

Sentado en la cama, con un pijama de listas verticales abotonado hasta el pecho, Trapus sonrió por su agudeza. Sabía que Barrios estaría negando la evidencia; creería que era una casualidad la visita de Isaac. Pero Trapus no era subinspector porque sí. Tenía dotes que, aunque pudiesen parecer visionarios, normalmente le daban buenos resultados. Y sabía por qué. Por su discreción. La experiencia le había enseñado que, cuando alguien exponía una teoría algo estrafalaria, el rechazo era tan contundente que dicha teoría acababa en el olvido. Pero un policía nunca tenía que descartar ninguna opción, por muy desconcertante o improbable que pareciese. Una vez le pasó a él. Expuso una teoría bien argumentada, pero los argumentos no convencieron a sus superiores, por lo que lo obligaron a abandonar esa línea de investigación. Resultó que acabó teniendo razón. A partir de ese momento, cada vez que creía en algo y sabía que no tendría apoyos a nivel superior, en vez de mirar hacia arriba miraba







hacia sus subordinados, coordinando con ellos (en secreto) un plan de acción.

Ni Barrios ni Ana Silva aceptarían nunca que un simple análisis de sangre hubiese llevado al sagaz subinspector a confiar en la torpeza del asesino del rap. Estando Isaac encarcelado, Trapus, como buen profesional, quería que lo mantuvieran informado de todo lo acontecido con el sospechoso. Al parecer, el prisionero se encontraba bastante mareado y cansado. Solía pasar buena parte de la tarde durmiendo, incluso en el patio de prisión. El médico había dado órdenes de que le hicieran una analítica completa, y la causa de su malestar "cantó" en la misma. En el apartado correspondiente a la bioquímica de proteínas, el nivel de ferritina marcaba un valor de "8.7 ng/mL", cifra que replicaba la queja de su cuerpo, ansioso por alcanzar el intervalo de normalidad, "entre 24 y 336 ng/mL". Los resultados del análisis coincidieron con el día en que Isaac salió de prisión, por lo que no se le puso tratamiento alguno a su déficit.

Por otra parte, Trapus se había entrevistado con compañeros de patio y de celda del sospechoso para recabar toda la información posible sobre su perfil. Todos ellos coincidieron en que Isaac tenía un comportamiento cada vez más extraño, como si se estuviese volviendo loco y estuviese abstraído. Incluso apuntaban a serios problemas para mantener el equilibro, como si padeciese de un vértigo crónico.

Con estos síntomas, Trapus consultó a un patólogo, y le sugirieron una seria posibilidad de que el paciente tuviese algún problema relacionado con el ácido fólico o con la vitamina "B12". En tal caso, si no era tratado correctamente, su sistema nervioso central se resentiría. Así que el subinspector confiaba







en que, salvo que se decidiese a ir a un médico, cosa improbable en un fugitivo, Isaac se volvería cada vez más torpe. Y había apostado a que volvería al lugar del crimen. No sabía si Jorge Nara se pondría contento por la detención o si se sentiría herido por haberle "tapado" el razonamiento seguido para su consecución, pero eso, al renovado Trapus, le daba lo mismo.

Palíndromo:

Diré honor a patólogo, lo taparon o herid







